Una pareja explosiva

Barbara Boswell

Desde el momento en que el atractivo periodista Connor McKay se metió en su despacho, Courtney supo que tendría problemas, pero nunca sospechó que se vería fingiendo ser la madre adoptiva de una niña de tres días.

Él estaba decidido a acabar con una organización clandestina de adopción de niños, y necesitaba la colaboración de Courtney, pero jamás esperó sentirse atraído por aquella mujer tan insolente.

Barbara Boswell

Una pareja explosiva

Colección: Tentación - 389

Serie: Saraceni-Carey - 2

ePub r1.0
jala 11.07.16

Título original: *The Baby Trak*
Barbara Boswell, 1991
Traducción: Alicia Fernández
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 651, en: Silhouette Desire (SD) - 651

Editor digital: jala
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

—¡Vuelva aquí! —La airada secretaria perseguía a Connor McKay a través del estrecho pasillo—. La señorita Carey está en una reunión —la voz de la mujer rayaba en la indignación—. ¡No se le debe molestar bajo ninguna circunstancia!

Connor se limitó a hacer caso omiso de ella y avanzó por el corredor hasta que llegó a una puerta en la que estaba una placa con el nombre de Courtney Carey. Se detuvo delante.

—Señor, no se puede ver a la señorita Carey sin cita previa —dijo molesta la secretaria cuando él puso la mano en el tirador de la puerta. La mujer llegó hasta él y alargó el brazo, como si así pudiera impedirle actuar—. No puede entrar allí —repitió severa la mujer.

—Ponga atención —giró el pomo, empujó la puerta y entró en el despacho.

Courtney Carey estaba sentada a su mesa, desenvolviendo un gran emparedado de carne. Levantó la cabeza al abrirse la puerta, y dio un respingo al ver que un hombre alto y musculoso, de unos treinta y tantos años, en vaqueros y cazadora de cuero, entraba a grandes pasos en su despacho. Ella se apresuró a cerrar la sorprendida boca, pero continuó contemplando al hombre que cruzaba la habitación hasta situarse frente a su mesa. No era de la clase de visitas que ella solía recibir en las oficinas de la National Public Brodeasting Network.

Aquel hombre no era tan fácil de clasificar. Fornido y bronceado, llevaba el pelo castaño claro demasiado largo para ser

un hombre de negocios y demasiado corto para ser un artista. Su atuendo —los vaqueros, la camisa de punto azul y los deportivos de lona— era una mezcla de lo tradicional y lo poco convencional. Era alto, bastante más de un metro ochenta, y sobresalía sobre su secretaria, Mimi Ditmar, que, airada y roja de rabia, entró corriendo detrás de él.

—Courtney, lo siento —dijo Mimi, lanzando una mirada furiosa hacia el intruso—. Traté de impedir que este… señor… entrara, pero se metió a la fuerza.

—Conque la señorita Carey está en una reunión, ¿no? —interrumpió Connor, lanzando una significativa mirada en tomo. Miró directo a Courtney, quien todavía sostenía el bocadillo. Ella en seguida lo volvió a meter en la bolsa de papel.

—Evidentemente la señorita Carey no está en una reunión —dijo Mimi—. Hace una pausa para almorzar, como bien puede ver.

Connor encogió los hombros.

—Había oído hablar de lo creativos que eran aquí en la NPB. Pensé que tal vez tuviese una reunión con el bocadillo en vez de comérselo. Un eufemismo original para una actividad prosaica, ¿quizá?

Courtney se mordió los labios para no soltar lo que le vino a la mente. No sabía quién era ese hombre; no debía insultarlo… no todavía.

—Las personas creativas también tenemos que comer —dijo, controlando el tono de voz.

—Pero encuentra poco digno de su posición reconocer necesidades tan primarias y hace que su perro guardián diga que se encuentra en una reunión en vez de comiendo —la sonrisa de Connor era tan provocadora como sus palabras, tan hostigadora como su tono.

Mimi dio un salto de ofendida desaprobación.

—La señora Ditmar no es el perro guardián de nadie. —Courtney se puso en pie—. Le debe una disculpa y ahora quiero que abandone mi despacho de inmediato —era hora de hablar claro fuese quien fuese.

—¿Está usted echándome? —Connor caminó hacia la ventana, luego se volvió de frente a ambas mujeres. Era evidente que el castigo no le alteraba lo más mínimo, ni parecía sentirse ofendido

—. No sabe quién soy yo. ¿Y si soy un excéntrico multimillonario que ha venido de incógnito para decidir si dona a la National Public Broadeasting una suma tan enorme que saque a su tambaleante nueva emisora de los números rojos y la lance al embriagador espacio de las utilidades?

Courtney cruzó los brazos al pecho.

—Permítame dudarlo. Su aspecto y su conducta lo sitúan del lado de los zafios. Tenga la bondad de abandonar el despacho o me veré forzada a llamar a los de Seguridad para que lo saquen.

—Un discurso muy manido. —Connor enarcó las oscuras cejas —. A lo mejor no es usted tan creativa después de todo, señorita Carey.

—Voy a llamar a Seguridad en seguida —dijo Mimi tomando el teléfono del escritorio de Courtney.

—Si Seguridad es ese tipo septuagenario que dormita en la silla junto al ascensor, le recomiendo que no se moleste —dijo Connor—. El no va a sacarme de aquí a menos que yo acceda. Y eso no será hasta que haya hablado con la señorita Carey. A solas. —Añadió tajante lanzando una mirada de desprecio a Mimi Ditmar.

—Está bien, Mimi. Hablaré con él —intervino Courtney antes que su secretaria pudiese objetar algo—. Vuelve a tu mesa.

No se daba por vencida, se dijo Courtney a sí misma, sólo se enfrentaba a los hechos. Él nombre no tenía intención de marcharse, y cuanto más pronto hablase con él, más pronto se iría.

—Una forma de actuar muy sensata, señorita Carey —dijo Connor—. Le prometo que no le quitaré mucho de su precioso tiempo. Pronto volverá a reunirse con su emparedado.

Ella apretó los labios en gesto de desaprobación, Mimi salió del despacho dando un portazo.

—¿Dije perro guardián? —sonrió Connor—. Permíteme corregirme, es más bien una dragona.

—Mimi es muy celosa con mi tiempo —dijo Courtney breve. Se sentó de nuevo en su sillón, un gesto estratégico para imponer su dominio en aquella entrevista que se vio obligada a aceptar. Era importante recuperar la iniciativa perdida—. ¿Qué es lo que quiere, señor…? —hizo una pausa en espera de que él dijese su nombre.

—McKay. Connor McKay —él, que también sabía algo de gestos estratégicos, se apoyó en la esquina de la mesa y colocó el muslo

derecho encima. Se quedó mirando a la joven mujer sentada en su sillón a unos centímetros de él.

No era lo que esperaba encontrar. Aunque nunca antes había puesto un pie en las oficinas de NPB, estaba convencido de que cualquiera que trabajase para la nueva emisora de televisión, con su orgullosa máxima: «Una programación profunda, innovadora y reflexiva», tenía que ser el estereotipo de la marisabidilla intelectual. Cerebral y oficiosa, emanando un inconfundible aire de superioridad, con un absurdo corte de pelo frailero, los pies enfundados en prácticos zapatos Oxford. Falta de atractivo y orgullosa de sí misma. Mimi Ditmar encajaba a la perfección en dicho perfil.

Courtney Carey no. En cualquier marco, ella atraería una segunda… tercera, cuarta y quinta… mirada. Cuando se puso en pie, él había calibrado su estatura como ligeramente superior a la media, alrededor del metro sesenta y ocho, y su figura estaba muy por encima de la media. Aunque llevaba una poco reveladora blusa blanca almidonada de cuello alto y mangas largas, no podía disimular las exuberantes curvas de los pechos que había debajo. La estrecha falda verde oscuro era tan sencilla como la blusa, pero mostraba hábilmente la breve cintura, el vientre plano y la suave y sensual redondez de sus caderas.

El pelo oscuro y abundante le caía sobre los hombros, en una cascada suave y brillante. El rostro era igualmente cautivador. Los ojos enormes eran despiertos e inteligentes y tan oscuros y suaves como el terciopelo. De pómulos altos y barbilla menuda y firme. Y la boca… Una súbita e inesperada oleada de calor se le extendió a Connor por todo el Cuerpo. Era una boca tentadora, fascinante, un hermoso trazo de labios anchos y bien contorneados. Connor se encontró tragando en seco.

Courtney era, desde luego, muy consciente del escrutinio masculino. Vio cómo la mirada verde oscura de él resbalaba sobre ella obligándola a permanecer inmóvil en su sillón mientras mantenía una expresión facial impasible, Para su sorpresa le costaba hacerlo. Se sentía… extraña.

Por lo general le repugnaban los hombres tan descarados a simple vista. Si estuviese de especial buen humor y el mirón fuese ridículamente indisimulado, ella podría encontrarlo divertido. No

podía entender por qué la mirada detenida, lasciva, con intención de inspeccionarla, evaluarla y tasarla, no producía en ella la respuesta hostil o condescendiente de costumbre.

Pero no era así. Se sentía distinta, una sensación peculiar que ella no conocía y no podía identificar.

Una oleada de rabia protectora y defensiva se abrió paso en su interior. Courtney negó con la cabeza, como si desechara pensamientos indomables, y colocó en sus labios una tensa sonrisa.

—Bien, señor McKay, puesto que ha sido usted el que ha insistido en esta entrevista, sugiero que exponga el asunto que le interesa.

Se sintió complacida por el tono de su voz, firme y frío y estrictamente práctico. Sin embargo, echó el sillón hacia atrás, alejándose de él. Todavía estaba demasiado cerca.

—El asunto que me interesa…

Connor habló con voz lenta, inclinándose a propósito hacia delante. Se le había pasado la momentánea y desconcertante pérdida de serenidad y recuperaba el dominio de sí mismo. Y disfrutaba ver que su proximidad inquietaba lo bastante a la señorita Carey como para que se balanceara sobre dos patas de su sillón.

—Supongo que iba a decirle que el asunto que me interesa eres tú, Courtney. —Sonrió al ver que ella torcía la boca en desaprobación ante la no solicitada familiaridad conque él la trataba.

Se levantó y se alejó de él.

—¿Eso es un chiste? —Los enormes ojos echaban chispas—. ¿Alguien le ha pagado para que… que…? —Ella se calló, esperando que él le diese una respuesta.

El no lo hizo.

—¿Pagarme para hacer qué? —preguntó con interés.

Un tinte carmesí se le subió a las mejillas.

—Para venir aquí y…

—¿Y? —insistió Connor—. No me tengas en suspenso, Courtney.

El brillo de su mirada era a la vez burlón y tentador. Courtney sintió que se le aceleraba el pulso. Nunca antes vio unos ojos de semejante color, un verde marino oscuro.

—Lo sabe muy bien —dijo ella brusca, empeñada en recuperar

la calma—. Se le ha pagado para que venga a mi despacho y… y me trastorne —avergonzada, bajó la voz y desvió la mirada.

—¿Quiere decir que se hacen esas cosas? —preguntó Connor incrédulo.

Se estaba riendo. De ella, Courtney estaba segura y apretó la mandíbula.

—¿No bromeas? —insistió Connor—. ¿De veras que le pagan a la gente para que vaya a las oficinas y…?

—Lea poesía o telegramas pornográficos —lo interrumpió Courtney—, o ponga música y se desnude o algo igualmente desagradable. No tiene por qué parecer tan sorprendido e inocente, señor McKay. No va a decirme que no había oído hablar de esa clase de… novedoso servicio.

—¿Es así como lo llaman hoy en día? —Connor estaba a punto de echarse a reír—. Los intelectuales creativos son realmente imaginativos. Lo siento, no he traído poemas eróticos. ¿Quieres que improvise? Aquí va… Una vez una chica llamada Fay, que era… —hizo una pausa—. No, me saltaré la poesía y en cambio me quitaré la ropa. ¿Puedes tararear la música apropiada, por favor?

Se quitó la cazadora y la lanzó sobre una silla. Courtney contempló, con los ojos desorbitados como se llevaba los dedos al botón superior de la camisa.

—¡Basta! —exclamó.

Afortunadamente se detuvo.

—¿Así que crees que me pagaron para que me metiera en tu despacho? —dijo él muy despacio.

Courtney se agitó.

—¿Significa algo para usted el nombre de Jarrell Harcourt?

—No. ¿Debería?

—Sea justo, señor McKay. Si Jarrell le pagó, al menos debería ser sincero y confesarlo. —Courtney frunció el entrecejo—. Ella es la única persona que se me ocurre que quiera… —Inhaló profundo y no siguió.

—¿Avergonzarte? —sugirió, solícito, Connor.

Desgraciadamente dio en el blanco, pero Courtney no iba a reconocerlo delante de él. Se quedó mirando inexpresiva al vacío, sin decir nada.

Connor no se arredró por el mutismo de ella.

—¿Así que crees que una de tus amigas pagaría a alguien para que irrumpiera en tu despacho con el único objeto de humillarte? ¡Vaya amigas! Sabía que los pedantes ricos y pretenciosos tienen sus rarezas, pera…

—No soy ninguna pedante rica y pretenciosa —dijo Courtney malhumorada.

—Pero apostaría a que Jarrell Harcourt sí. El nombre es toda una revelación. —Connor se levantó y se acercó un paso a Courtney, quien automáticamente dio un paso atrás—. ¿Entonces cómo llegó esa malvada de Harcourt a tenerla tomada contigo?

—No debe llamarla así —protestó Courtney.

Con demasiada debilidad, se dio cuenta, pues Connor volvió a la carga de inmediato.

—¿Por qué no? ¿Cómo llamar a quien paga a un profesional para que acose, avergüence o altere a sus supuestas amigas?

—En cualquier caso, ¿cómo hemos llegado a esta ridícula conversación? —Courtney suspiró impaciente—. Todo esto ha llegado demasiado lejos, señor McKay. Le exijo que…

—¿Sabe Mimi quién es Jarrell Harcourt? Tal vez vaya a preguntárselo si no me lo dices —Connor se encaminó hacia la puerta.

—¡Por el amor de Dios! —Rechinó Courtney—. Jarrell Harcourt es la hermana de un hombre con el que salgo. Ahora, por favor, le importaría…

—Y a ella no le gusta el hecho de que salgas con su hermano —conjeturó Connor—. ¿Por qué?

Courtney sabía que no debía responderle. No debía hacerle ningún caso, no fuera a pasar que él tomase cualquier respuesta por una forma de aliento. Lo último que necesitaba aquel insolente era que alguien lo animara. Después de llegar a esa conclusión, se sintió perpleja al oírse decir:

—Puesto que comprende tan rápido, me sorprende que no lo haya descubierto usted mismo.

—Ajá. Déjame ver hasta dónde llego —lanzó una mirada hacia la bolsa de papel y la lata de refresco que estaba sobre la mesa—. Por ejemplo, ¿se comería una pedante a ultranza algo tan insoportable? ¿Algo como paté y berro sobre una tostada indicada que procede de algún lugar caro y de moda? Y, por supuesto, la

bebida elegida no sería una tradicional cola norteamericana como la que tienes aquí, tendría que ser lo último en aguas de manantial exclusivas o algo por el estilo.

Tomó la pringosa bolsa y leyó el nombre impreso en ella.

—Hermans Deli. Conozco el sitio. Es un tugurio en una zona de la ciudad ni cara ni de moda, pero que reparte a domicilio. Incluso llega aquí, al parecer.

Connor frunció el ceño pensativo.

—Así que me voy a arriesgar a suponer que la razón por la que a la tal Harcourt no le gusta que salgas con su hermano, es que no te aprueba. Tu adhesión a Hermans Deli y esos enormes ojos gitanos te descartan, Courtney Carey. Puede que seas una de las eminencias de la NPB, pero no eres una rica de clase cuya partida de nacimiento la acredita a moverse en los nobles círculos de los Harcourt —enarcó las oscuras y espesas cejas y sonrió con sorna—. Aunque a ti te encantaría serlo.

Había acertado en la razón por la que Jarrell Harcourt la desaprobaba, pero estaba equivocado en lo otro.

—No quiero ser una rica pedante y me siento tan resentida por tu acusación como resiento las sospechas de Jarrell Harcourt de que estoy decidida a atrapar a su indefenso hermano. —Courtney le lanzó una mirada de absoluto disgusto—. Ya te he seguido el juego lo suficiente, Connor —despectiva hizo énfasis en el nombre de pila para subrayar su desprecio por la injustificada familiaridad con que él la trataba—. Sal de mi despacho. En seguida.

En vez de irse, él se dejó caer en el sillón de ella.

—Me has herido en lo más vivo, cariño. No me importa que me eches de tu despacho, pero abandonar el respetuoso «señor McKay» ha sido un golpe bajo —movió la cabeza de un lado a otro—. Me va a costar mucho recuperarme de eso.

Courtney se ruborizó. Se sentía humillada, furiosa y frustrada. No iba a llegar a ninguna parte con aquel listillo irreverente, mientras se la pasaba en grande burlándose de ella. Lo peor incluso era la incómoda sensación de que estaba colaborando a que él se riera de ella.

—¿Quién eres? —dijo ella mascando las palabras y apretando los puños. Le picaban las manos de ganas de abofetearle la atractiva cara, de borrarle la sonrisa burlona. Era un impulso impropio de

ella, puesto que aborrecía toda clase de violencia.

Su obligación era resolver las discusiones con palabras, pero en aquel momento, lo que más deseaba, era borrar de una sonora bofetada la sarcástica sonrisa de la cara de Connor McKay.

—Mejor dicho, ¿qué es?

—Soy una especie de investigador privado —replicó él, impertérrito.

Courtney se quedó mirándolo un momento con expresión ansiosa.

—¿Quiere decir algo así como un policía?

—No, gitana. Nada parecido a un policía.

—Deje de ser tan evasivo. Y no me llame gitana.

—Pareces una gitana. Voluptuosa, sensual. Mirada apasionada…

—El único apasionado aquí es usted —lo interrumpió brusca—. No crea que no me he dado cuenta de cómo me miraba, desnudándome con la mirada —de pronto se quedó sin habla, aterrorizada por lo que acababa de admitir.

—Me declaro culpable de haberte desnudado con la mirada —reconoció Connor con sonrisa calmada—. Aunque tampoco me importaría hacerlo con las manos, gitana. Pero imagino que te darías cuenta y lo que dirías. Creo que empiezo a comprender por qué Jarrell no te aprueba como aspirante a un Harcourt.

Courtney, famosa entre los que la conocían por no perder nunca la calma, terminó perdiéndola. Tomó lo primero que encontró para utilizarlo como proyectil, un enorme y grueso libro de leyendas celtas que era la base de un programa de la NPB emitido el otoño anterior y muy aclamado por la crítica. Desgraciadamente, siguió el curso de popularidad descendente característico de los programas de la NBP. Echó el brazo hacia atrás decidida a lanzarlo.

—Lo que he dicho, ojos apasionados, temperamento apasionado —a Connor le brillaron los ojos—. Adelante, nena, lánzalo. Eso me dará una excusa para correr detrás de ti. Así —se levantó de un salto con la agilidad de un felino.

Courtney apenas tuvo tiempo de parpadear cuando ya lo tenía ante ella.

—Y entonces me vengaría. Así —la asió por los hombros y tiró de ella hacia él con un hábil movimiento.

La chica estaba tan impresionada que el libro se le escapó de los

dedos inertes. Cayó a la alfombra con un sonoro golpe. Tan rápido como la había atrapado, Connor la soltó. Se agachó y recogió el libro y lo colocó con cuidado sobre la mesa.

—Pero ya que no me has tirado el libro, no hay razón para que yo me vengue, ¿verdad, Courtney? Habló con voz baja y ronca.

Permanecían de pie, uno junto al otro, y él sintió en la ingle un calor concentrado mientras la miraba, haciendo inventario de ella, de los enormes ojos oscuros, la magnífica boca, los rotundos pechos, las esbeltas y bien torneadas piernas enfundadas en medias color marfil. Sus zapatos de piel color verde oscuro eran tan exquisitos y sugerentes como el pequeño y delgado pie que contenían. Inhaló la suave fragancia que emanaba de su pelo y tuvo que contenerse para no acariciárselo.

Aquel pequeño juego empezaba a escapársele de las manos, se dio cuenta con sobresalto. Jugar con la engañosamente remilgada señorita Carey era demasiado excitante y comprometedor. Su eficaz alarma de soltero se disparó. Una mujer excitante y comprometedora conducía a una relación y una relación inevitablemente significaba exigencias y promesas que pronto se convertían en compromisos. No quería nada de eso.

Tuvo que soltarla, sorprendido de lo mucho que deseaba tenerla entre sus brazos, pero no pareció capaz de apartar los ojos de ella. Otra señal de peligro.

A Courtney empezó a latirle el corazón con fuerza. La mirada de él la abrasaba, y se alejó. Todavía podía sentir la mella de sus manos cálidas y fuertes en sus hombros, podía sentir sus senos despiertos por el momentáneo contacto con la sólida y musculosa superficie del pecho varonil.

—Señor McKay… —empezó con voz tensa.

—Estás trastornada, ¿verdad? —Connor compuso la expresión de su cara en una máscara impasible y burlona.

Sintió gran alivio de que ella no supiese lo poco controlado que estaba. —Si esa diosa de la venganza que es Jarrell Harcourt realmente me hubiese pagado, no me habría ganado ese dinero— esbozó una sonrisa de autocomplacencia que a ella le puso los pelos de punta.

En realidad no le gustaba aquel hombre.

—Ya me ha quitado bastante tiempo —gruñó Courtney—. Si no

se marcha de inmediato, me veré obligada a…

—¿Te verás obligada a que? Llamar a Seguridad y lanzarme un libro, quedan descartados. ¿Cuáles son tus otras opciones, gitana? —Tenía que detenerse allí, se reprendió Connor. Unas cuantas provocaciones más, y la carga eléctrica entre ellos explotaría. Pero no podía dejar de incitarla.

—¡No me llame gitana! Y ésta es mi otra opción —añadió con gesto ampuloso, saliendo del despacho dando un portazo. Le temblaban las rodillas y los latidos del corazón le retumbaban en las sienes.

Había llegado hasta la mitad del pasillo cuando reconoció la verdadera razón por la que se marchó del despacho. Si no se hubiese ido, habría terminado agrediéndolo. Las ganas de embestirlo como un ariete eran incontrolables. Y si lo hubiese hecho…

No hacía falta tener mucha imaginación para verse arremetiendo contra él y Courtney siempre hizo gala de una imaginación desbordada. Avanzó mentalmente en lo que habría sucedido. El la habría atrapado, rodeándola con sus brazos para impedir el ataque furioso. Y luego la miraría con aquellos ojos verdes ávidos y apasionados que tenía. Y ella…

—¿Courtney, que pasa? ¿En dónde has dejado a la plaga aquélla?

Courtney se sobresaltó con violencia al verse frente a frente con Mimi Ditmar.

—Yo… pues… he salido del despacho —dijo débil.

—¿Qué quería? —preguntó Mime—. ¿Vender algo?

Courtney se percató de que no tenía la menor idea de lo que realmente quería Connor McKay ni a qué fue a verla. Se olvidaron de tocar aquel pequeño asunto.

—Salí para buscar… —Courtney se quedó mirando el escritorio de Mimi, vio una pila de papeles e improvisó sobre la marcha—… un ejemplar de nuestro programa sobre los primeros tiempos del cine norteamericano —tomó el ejemplar de encima de la pila.

—¿Está interesado en los primeros tiempos del cine norteamericano? —Mimi parecía estupefacta—. ¿Qué es, un director de cine? ¿Uno de esos rebeldes de Hollywood?

Nunca se vio a uno de esos rebeldes de Hollywood en las

oficinas de la NPB de la ciudad de Washington, pero Courtney supuso que Mimi tendría su propia idea de cómo podían ser. Casi sonrió.

Capítulo 2

El estaba sentado tras su escritorio, comiéndose su emparedado.

—Está estupendo. —Connor le tendió la otra mitad intacta—. Come un poco.

Courtney llegó a una irrevocable conclusión.

—Quien quiera y lo que quiera que sea, definitivamente no es un excéntrico millonario con intención de hacer una generosa donación a la emisora.

El se rió.

Ella llegó hasta su mesa y cogió la mitad del bocadillo.

—No recuerdo haberlo invitado a que ingiriera mi comida.

—No irás a comértelo tú sola. Es un emparedado muy grande para una niña tan pequeña.

Courtney levantó la mirada al cielo.

—Tengo veinticinco años, me gano mi dinero y pago mis impuestos. Lo que no soy es una niña pequeña.

—Veinticinco años. ¡Caray!, pareces más joven.

—Si es un cumplido, gracias. Si lo que pretende es molestarme, delo por no oído —se sentó en la otra silla de su pequeño despacho, que estaba situada al otro lado de su mesa—. Y la razón por la que he pedido un enorme bocadillo, es precisamente porque puedo comérmelo completo yo sólita. Tengo hambre. No he desayunado y cené muy poco anoche —dio un buen mordisco.

—Seguro que Harcourt es demasiado tacaño para gastar en cenas, se fueron a la cama y encima evadió el desayuno, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y se encontró con la mirada de él. Para su

consternación, se ruborizaba.

—Eso no es de su incumbencia, señor McKay.

—Ese chico Harcourt parece no dar más que complicaciones, gitana. Es tacaño, tiene una hermana a la que no le gustas. ¿Crees que vale la pena?

—Me niego a hablar de Emery Harcourt con…

—¿Emery? Debes de estar bromeando. ¿Se llama Emery Harcourt? Cariño, debe de ser un amante maravilloso para compensar ese defecto.

Courtney tiró el emparedado y se puso en pie de un salto.

—No es maravilloso. Y yo…

—Lamento oírte decir eso —interrumpió Connor con expresión divertida—. Pero no lo lamento más que tú, estoy seguro. ¿Entonces estás con él solo por su dinero?

—Usted está tergiversando a propósito todo lo que digo —dijo Courtney acusadora. Una parte de ella reconoció que reaccionaba desproporcionadamente a las bromas del hombre, pero en seguida se auto disculpó. El acababa con su paciencia.

Connor terminó su mitad del bocadillo y dio un largo sorbo al refresco de la lata.

—¿Que es lo que estoy tergiversando, Courtney? Yo lo veo con toda claridad. Eres una chica que está dispuesta a aguantar al tacaño e impotente de Emery Harcourt porque…

—¡No es impotente! Quiero decir, que si lo es, yo no lo sé, porque nunca me he acostado con él —echaba chispas por los ojos, tratando de disimular el insidioso rubor que le encendía las mejillas. No recordaba haberse sentido nunca tan mortificada—. Hace muchos años que lo conozco.

—¿Años? —A Connor la voz se le convirtió en un alarido de incredulidad—. ¿Has estado saliendo durante años con ese tipo y no te has acostado con el?

Por primera vez desde que entró en el despacho parecía desconcertado. Lo que demostraba que, aparte de sus demás defectos, Connor McKay era uno de esos conquistadores que esperaban que las mujeres se fueran a la cama con él en cuanto se los pidiera.

También llegaba a conclusiones… equivocadas. Estuvo a punto de explicarle que su relación con Emery siempre fue platónica,

desde que se conocieron allí en las oficinas de la NPB, adonde fue a reunirse con los miembros de la junta directiva. Últimamente había estado viento a Emery muy a menudo. La mujer con la que pensaba casarse lo dejó por otro y le estaba costando superarlo. Jarrell creía que la relación iba por otros derroteros. Como lo creía Connor McKay.

Courtney decidió que no le debía ningún tipo de explicaciones, aun más, no merecía ninguna.

—Nunca esperaría que pudiese entender la sensibilidad y el tacto de un caballero como Emery.

—Ese tipo debe de tener alguna deficiencia hormonal si no ha intentado hacerlo contigo —dijo Connor categórico—. Eres muy atractiva, gitana. Una mujer tan sensual como tú hace que a los hombres les hierva la sangre con sólo mirarte.

Courtney abrió la boca como si fuese a decir algo, luego la cerró de pronto. No supo qué decir. ¿Sensual ella? ¿Atractiva? Nunca le habían hecho un cumplido tan exagerado.

—Bien. —Courtney se quedó mirando al suelo. Intimidada, se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso que hizo que él sonriese—. No debe hablarme de esa forma.

—Tienes razón, no debo. Podemos vernos los dos en un gran problema. Tú estás decidida a continuar una estéril pero indudablemente comprometida relación con el pusilánime de Emery Harcourt, y yo estoy decidido a evitar todo lo que se acerque a una relación comprometida. Hablemos de otra cosa. Wilson Nollier, por ejemplo.

Courtney se quedó callada un buen rato.

—¿Wilson Nollier? —repitió despacio—. ¿El abogado?

—Hay quienes dicen que es algo más. Como un intermediario de niños. —Connor se encogió de hombros—. Los que ponen en contacto a compradores y vendedores y se llevan su parte. Al parecer eso es lo que hace Wilson Nollier, dirigir un lucrativo negocio en el que se trafica con niños como si de mercancía se tratase.

Courtney abrió los ojos desmesuradamente.

—He investigado el tema de la adopción para un programa que espero emita la NPB. He hablado con muchas parejas que han recurrido a Wilson Nollier para que se ocupe de los trámites

legales…

—Lo sé —intervino Connor—. Fueron ellos los que me dieron tu nombre. Y estoy aquí para pedirte que dejes de intervenir. Estás invadiendo mi territorio. Se hacen demasiadas preguntas, y la gente se pone nerviosa y no habla. Estás arruinando mi investigación, gitana.

—¿Investigación? —repitió ella, mirándolo pensativa. Ya había dicho que no era un policía—. ¿Es periodista?

—No exactamente. Me gano la vida recopilando información, pero no escribo artículos con ella.

Era el trabajo perfecto para el estilo de vida sin ataduras que había escogido. Constatar los hechos y entregarlos a otro, luego dedicarse a otro caso. Elaborar un artículo, un reportaje, quitaba mucho tiempo, lo obligaba a uno a pensar demasiado tiempo con un tema. No quería ataduras… de ninguna clase.

Courtney frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de trabajo es ése? —quiso saber. Como persona que se entregaba en cuerpo y alma a un proyecto, lo catalogó de gandul—. ¿Investiga artículos pero no los elabora? ¿Es una especie de pistolero a sueldo? ¿De los que siguen a las esposas infieles a los hoteluchos y sacan fotos? —No se molestó en disimular su desaprobación.

Connor se rió.

—Eso es trabajo de detectives, cariño. No es lo mío. Los resultados de lo que investigo se utilizan para escribir reportajes, no para presentarlos en los tribunales de divorcio. Me gusta investigar, la emoción de la persecución, reunir las piezas del rompecabezas. Así que recopilo los hechos y los chupatintas de la redacción los ensamblan para la revista y el programa.

—¿Qué revista y qué programa?

—La revista Insight. Y la agencia de prensa para televisión Inside Copy. Trabajo para las dos. De hecho, prácticamente he creado el oficio de investigador de noticias de tiempo completo —reconoció desenfadado—. Pero es un campo muy lucrativo. También trabajo eventualmente para programas documentales de otras emisoras. ¿Alguna ocasión los ves?

—No —dijo con franqueza Courtney—. Tampoco leo Insight, a menos que tenga que esperar mucho rato en la sala del dentista.

Insight era una oportunista revista de chismorreo, caracterizada por sus reportajes fotográficos sobre gente famosa, o sobre desconocidos cuya vida se convertía en noticia.

En su logotipo a tres colores, Insight se describía a sí misma como «informtenimiento», palabra compuesta de información y entretenimiento que Courtney consideraba de una sutileza vulgar. Inside Copy, el programa equivalente de televisión, también era «informtenimiento».

—Déjame adivinar… consideras el informtenimiento según los nobles valores de la televisión pública —se mofó Connor.

Courtney hizo una mueca.

—Insight está apenas por encima de los periódicos sensacionalistas —admitió—. Inside Copy es un programa sensacionalista. Ya he dicho bastante.

—¿Por qué tienes animadversión hacia ella, gitanilla? El público de Insight e Inside Copy no detesta las ofertas de tu NPB para intelectuales. Hay espacio para todos en el mercado.

—Desgraciadamente no hay espacio para todos —dijo Courtney categórica—. La revista cultural de la NPB tuvo que dejar de producirse debido a la cada vez menor demanda. Y los malabarismos económicos que tiene que hacer la emisora con presupuesto escaso mientras trata de ofrecer programas de televisión culturales y aleccionadores, mientras que espectáculos como Inside Copy ganan dinero a carretadas…

—Guárdate el rollo para el siguiente inversionista, Courtney. Lo cierto es que Insight e Inside Copy son divertidas, ligeras. Tus sesudos documentales sobre temas como granjas colectivas en Albania y estudios sobre oscuros animales, son realmente aburridos.

—Eso es discutible, ¿no le parece? —replicó ella—. Pero lo que no es discutible es que abandone mi investigación sobre la adopción. Empecé como reportera aquí en la emisora, pero durante el último año he hecho montaje, producción y programación, un poco de todo, realmente. Éste es un tema que me interesa, y me han dado luz verde. Y seguiré adelante con él, a pesar de su investigación o como quiera que se llame lo que hace para Insight e Inside Copy.

Connor exhaló un suspiro de impaciencia.

—¿Podemos al menos llegar a algún tipo de acuerdo? Tú haces

tu programa sobre adopciones en el extranjero y a través de organismos gubernamentales. Insight hace el artículo sobre las adopciones privadas, incluido el negocio de Wilson Nollier, por supuesto.

Ella negó con la cabeza.

—Puesto que Nollier parece haber traspasado el límite de la legalidad, queda dentro del campo del documental de la NPB.

—Courtney, si los dos vamos detrás de Nollier, sospechará algo. Ya te he dicho que he entrevistado a los mismos padres adoptivos que tú. Mencionaron tu nombre y el programa que estabas preparando para la NPB. Ya empezaban a pensarse mejor lo de hablar con alguno de los dos, pero en ningún caso con los dos.

—Y cree que debe ser con usted, no conmigo —dijo fríamente Courtney.

—Eso es. Enfrentémonos a los hechos, cariño. Serán muchas más las personas que lean Insight o vean Inside Copy que las que pongan tu bien intencionado documental en la NPB. Y quiero alertar al público sobre el negocio de Nollier.

Decididamente tenía razón en aquello, sobre todo teniendo en cuenta los últimos índices de audiencia. ¿Pero abandonar una historia? Courtney negó con la cabeza.

—La NPB cuenta con gran cantidad de mecenas —esgrimió—. Pueden utilizar sus influencias y su prestigio para detener a Nollier si ven el programa… cosa que sucederá si se emite por la NPB.

Aquello era un empate. Se quedaron mirándose fijamente, esperando que el otro hiciera el siguiente movimiento.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte —gruñó Connor—. No me gusta que me pongan obstáculos, nena.

—No me llames nena —dijo bruscamente ella—. No soy un ligue. Y tampoco te estoy poniendo obstáculos —instintivamente se daba cuenta de que él no estaba acostumbrado a que una mujer no accediera a sus deseos, fuesen cuales fuesen. Aquello la molestó más de lo debido.

El silencio se hizo largo. Al fin, Connor metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó un paquete, que lanzó sobre la mesa.

—Ése es mi informe sobre Nollier. Léelo y verás por qué hay que impedirle cuanto antes que actúe —frunció el entrecejo. Los hechos

del informe lo obsesionaban, no podía quitárselos de la cabeza—. He entrevistado tanto a los padres adoptivos como a las madres naturales que utilizaron los servicios de Nollier para manejar la adopción. Hay conflicto de intereses, pero a Nollier sólo le preocupan los sustanciosos honorarios que se embolsa cuando entrega al niño.

—Estoy de acuerdo en que hay que acabar con el negocio de Nollier. —Courtney parecía agitada—. Pero me ha sido imposible encontrar a alguien que hable a cara descubierta con él, por lo que no puedo utilizar el material que tengo.

Connor asintió lúgubre.

—Todas las personas a las que he entrevistado se han negado a permitirme citarlas y me juraron que negarían todo si se les llega a preguntar oficialmente algo sobre Nollier o tuvieran que testificar contra él.

—¿No se dan cuenta de que su silencio los convierte en cómplices de ese tráfico de niños? —exclamó frustrada Courtney.

—Los padres adoptivos tienen miedo de las consecuencias de una investigación oficial. Saben muy bien que pagar tanto dinero por los niños, directamente a Nollier, sin nada que lo acredite, es, cuando menos, sospechoso desde el punto de vista legal.

—He hablado con algunas de las jóvenes que entregaron sus hijos y tampoco están dispuestas a declararlo en público —dijo Courtney con voz apagada—. Aunque se sintieron intimidadas, incluso amenazadas, en caso de que cambiaran de opinión respecto a entregar a los niños.

Connor frunció el ceño.

—Es como si la única forma de demostrarlo fuese tratar directamente con Nollier —miró a Courtney a los ojos—. Tal vez no tengamos que competir, quizá podamos trabajar juntos en esto, elaborar un plan y compartir la información. Tal vez Insight, Inside Copy y la NPB puedan unir fuerzas. Insight puede hacer su artículo de dos páginas de costumbre. Copy su reportaje breve de diez minutos y la NPB podía utilizar la información para un documental serio.

Era un acuerdo sensato. ¿No?

—Podría ser —dijo ella, andándose con rodeos.

—Eso significa representar algún papel, una investigación

disimulada. ¿Eres valiente, Courtney?

Un trabajo arriesgado y secreto. ¿Era su imaginación calenturienta o aquello era una propuesta seductora y sugerente? Tragó en seco.

—Wilson Nollier vende niños al mejor postor, Courtney —continuó Connor, con la mirada intensa. Aquel asunto lo inflamaba. Incluso aunque se burlase de sí mismo por su resolución, no podía desentenderse de aquello—. Se aprovechaba de parejas desesperadas que no pueden tener hijos, gente que ha perdido la esperanza por lo largos que son los procesos de adopción a través de los canales estatales. También se aprovecha de jóvenes desesperadas que se encuentran embarazadas y solas, sin dinero o demasiado jóvenes o emocionalmente incapaces de criar un hijo. Ésas son las víctimas de Nollier.

Courtney se quedó mirándolo fijamente, sorprendida.

—Te importa mucho, ¿verdad? —dijo incrédula.

Connor curvó la boca en una sonrisa.

—¿Te sorprende? —Le sorprendía a él mismo.

—Sinceramente, sí. Pareces del tipo de hombre que cree que no debe sentir dolor, ni mostrar temor ni debilidad. Ese tipo no se preocupa por nada ni por nadie.

—Has calado mi carácter, o mi falta de carácter, Courtney —reconoció alegre—. Frío, cínico, superficial, que evita la intimidad y los compromisos emocionales a toda costa. Soy así y no me disculpo por ello.

—Pero este tráfico de niños te afecta mucho —dijo ella, mirándolo fijamente, y preguntándose hasta dónde serio frío, cínico y superficial.

Connor se encogió de hombros, incómodo.

—Me parece inconcebible la venta de seres humanos. Y detesto ver que escoria como ese Nollier se pavonea como un respetable miembro de esta sociedad mientras se enriquece aprovechándose de gente indefensa en trances difíciles.

—Me pasa lo mismo —dijo ella serena.

—Podemos pararle los pies a Nollier, Courtney —la sardónica expresión habitual en Connor desapareció y fue sustituida por una de sincero entusiasmo—. Trabajando juntos podemos infiltrarnos en su círculo de adopciones, reunir las pruebas necesarias y luego

testificar en su contra. Podemos hundirlo, gitana, y de paso obtener un reportaje genial. ¿Lo harás?

¿Trabajar con Connor McKay? Courtney se amilanó al darse cuenta de que el proyecto le parecía estimulante, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que la miraba Connor, con aquellos ojos verdes que cortaban el aliento, la atractiva cara arrimada por el interés.

Se puso un freno interior.

—Hay unas cuantas cosas que quiero saber antes de comprometerme a nada —dijo ella, apagando su entusiasmo.

Era fundamental que mantuviese el control ¡de sí misma!

—Antes de nada, ¿cómo van a presentar la historia Insight e Inside Copy? Si voy a usar el tiempo y el dinero de la NPB para un documental, no quiero que Inside Copy e Insight lo conviertan en basura dando un punto de vista superficial.

—Podría decirte que Inside Copy e Insight nunca son ni basura ni superficiales —empezó a decir Connor, la mirada brillante.

Courtney cruzó los brazos, y lo miró enarcando una ceja.

—Sí, sí…

—O podría presentarte al tío que escribirá el artículo para Insight. Puedes hablar con él sobre cómo debe manejarse el asunto. Es el corresponsal aquí en la ciudad, y es uno de los mejores escritores del periodismo.

—Lo que explica por qué trabaja en Insight, ese baluarte del periodismo, vez de en una empresa poco importante como The New York Times o The Washington *Post*.

—*Touché* —sonrió Connor—. Apúntate una, Courtney.

La sonrisa de él le hizo sentir cosas extrañas en su interior.

—Deberíamos verlo cuanto antes —dijo Connor—, esta tarde de ser posible.

—No puedo tomar mis cosas y largarme. Tengo asuntos de los que ocuparme…

—Déjate de remilgos, gitana. Estamos a punto de iniciar uno de los trabajos más importantes que la National Public Broadeasting ha producido jamás. Y debe ser lo único que cuente —añadió.

Ella no debió hacerle caso y tratar con él de la misma forma con que trataba a cualquier otro colaborador… lo sabía. El trataba de provocarla, Courtney también sabía eso, pero le fue imposible no

responderle en consonancia.

—Estoy harta de tus comentarios sobre la NPB —dijo ella furiosa —. Si no dejas de hacerlos, me niego a considerar siquiera la posibilidad de trabajar contigo.

—Demasiado tarde, gitana. Ya lo has considerado… y has accedido —sonrió jactancioso y señaló la parte del bocadillo que no se había comido—. Ahora siéntate y termina tu almuerzo para que nos vayamos. Te estás poniendo quisquillosa y no me extraña, no has comido nada desde anoche, ¿recuerdas? Tienes que recuperar fuerzas.

—Ahórrate tus falsas preocupaciones —dijo Courtney—. Además, he perdido el apetito. Me lo has quitado tú.

Una mezcla de instinto y experiencia le dijo a el que el asunto no era la comida. Se leía el mensaje en los ojos de la chica. Aunque ella ni siquiera fuese consciente, el reto planteado era un reto femenino. Y la respuesta de él fue una respuesta primaria y masculina.

Le puso ambas manos alrededor de los hombros y con cuidado, pero con firmeza, la hizo sentarse.

—Hay unas cuantas reglas que debemos dejar claras ya que vamos a trabajar juntos —dijo él con una voz baja y ronca que la hechizó.

Courtney se removió en el sillón y trató de levantarse, para manifestar su voluntad, pero sobre todo, para poner distancia y seguridad entre ellos. Las manos de él, todavía en sus hombros, la mantuvieron sentada.

—La regla número uno es que cuando te diga que tienes que hacer algo, lo hagas —él habló con voz suave, aunque con un inequívoco punto de firmeza—. Me he puesto a disposición de tu investigación porque conozco el infierno donde las ratas peligrosas como Wilson Nollier actúan. Tú has estado protegida en tu torre de marfil tratando con personas importantes y realmente bienintencionadas. No estás preparada para tratar con la escoria del mundo.

—No soy ninguna ingenua a la que puedan embaucar. Ni amenazar, y mucho menos tú —añadió escueta. Trató de levantarse de nuevo, con más fuerza. Fue inútil, no tenía nada que hacer ante la fuerza de Connor.

—Relájate, gitana. No te estoy amenazando —empezó a frotarle los tensos músculos. Ella se sintió suave y delicada en sus manos. El agachó la cabeza y rozó accidentalmente el oscuro y sedoso pelo. ¿Fue un accidente? El pelo de ella era suave y olía maravilloso. A él empezó a darle vueltas la cabeza.

Al principio, Courtney se quedó quieta bajo sus manos mientras trataba de asimilar el hecho de que no iría a ninguna parte a menos que él la dejase. Era una muestra nada sutil de lo fácil que le era dominarla y una amarga lección para una mujer acostumbrada a hacer su voluntad.

Pero le costaba seguir furiosa con aquellas enormes y cálidas manos en su cuerpo. Lo que empezó siendo un masaje para aliviarle la tensión se convertía en una caricia suave y sensual. Trató de mantenerse derecha y rígida en la silla, pero le fue imposible mantener una postura erecta y tensa con aquellos dedos mágicos trabajando sobre ella, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo y el cálido aliento sobre su pelo.

Courtney dio un largo y estremecido suspiro y sintió que el corazón se le desbocaba. ¿Se había imaginado que él le rozaba el pelo con los labios? Empezó a sentir dolor del esfuerzo por rechazarlo. Quería ceder, apoyar la cabeza en el musculoso pecho. Cerrar los ojos y dejarse llevar…

Connor estaba librando una lucha similar para mantener el dominio de sí mismo. Ya había perdido dos batallas vitales: la primera cuando la miró a los oscuros ojos y sucumbió al deseo de tocarla, y la segunda al seguir acariciándola, al mantenerla presa con sus manos.

Sintió el lento y sutil comienzo de la sumisión de la joven, sus músculos dejaron de estar tensos, ella se ablandó, cedía bajo sus manos, se le aceleraba la respiración.

Una oleada de deseo se abrió paso en el interior de Connor. Podía sentir el calor, la presión, el placer…

—¡Courtney! —La voz cortante y severa de Mimi Ditmar se oyó al otro lado de la puerta, acompañada por una llamada antes de entrar.

Connor dejó caer los brazos en el mismo instante en que Courtney se levantó del sillón. Se alejaron el uno del otro, mientras Mimi llamaba de nuevo a la puerta.

—Pasa, Mimi —dijo Courtney con voz temblorosa. Tenía las mejillas teñidas de rojo, y le costó mucho no mirar hacia Connor.

Mimi entró, llevando una pila de cintas de video.

—En vista del interés del señor McKay por el cine norteamericano, pensé que le gustaría ver estas cintas de programas nuestros sobre el tema —las dejó en las manos de Connor—. Aquí las tiene, señor McKay. Lléveselas y disfrútelas.

Connor parecía desconcertado. Courtney sonrió débilmente.

—Gracias, Mimi.

Mimi correspondió con un breve asentimiento de cabeza, luego se apresuró a salir del despacho.

—Cree que eres director de cine —le explicó Courtney antes que Connor preguntase siquiera—. Uno de esos directores de Hollywood rebeldes e inconformistas. Pero al parecer considera que vale la pena tu contribución a la emisora.

Connor enarcó las cejas.

—¿Hay alguna razón por la que ella piense eso?

Courtney respondió con un silencioso encogimiento de hombros. No tenía ningún interés en contarle a Connor el episodio que dio lugar al equívoco.

Le lanzó una rápida mirada y vio que la observaba. Había tensión y pasión entre ellos.

—Si me disculpas, me gustaría terminar mi almuerzo —se apresuró a decir ella, interrumpiendo sus propias ensoñaciones sensuales.

—Me quedaré —se sentó y tomó el resumen sobre el cine norteamericano que ella había dejado sobre la mesa—. En cuanto termines, iremos a ver a Kaufman. Kieran Kaufman, de la revista Insight —añadió.

—Lo conozco de nombre. Es ese locutor de la televisión local que siempre se apasiona por las causas sórdidas. ¿Va a ser él quien escriba el reportaje sobre la adopción? —No estaba precisamente contenta por la noticia.

—Kaufman intenta cambiar esa imagen. Está decidido a acabar con los días del Globe Star Probe y empezar de nuevo.

—¿Ha trabajado para esa basura? El Globe Star Probe es el más amarillista de todos.

—Dale una oportunidad al hombre, gitana. Trata de escalar por

la ladera de la respetabilidad.

—Querrás decir reptar, ¿no? Es la forma en que suelen desplazarse las serpientes.

—Eres dura, gitana —dijo él riendo.

—Y deja de llamarme gitana.

—Me gusta. Te encaja a la perfección.

—Sí, pues lo que te encaja a ti es serpiente, pero me contengo de llamarte así.

El volvió a reír, sin sentirse ofendido en lo más mínimo. Courtney se enfrentó a la realidad. Connor McKay se iba a quedar cuanto quisiera, y cuando se fuese, ella iría con él a ver al colaborador de Insight.

Capítulo 3

Courtney permaneció junto a Connor en la pequeña y atestada oficina mientras Kieran Kaufman la sometía a uno de los escrutinios más insultantes que ella hubiera tenido que soportar. Se puso rígida de indignación y trató de no pensar en la respuesta tan distinta que despertó la evaluadora mirada de Connor en su propio despacho aquel mismo día.

—¿Tu última nena? —preguntó Kaufman a Connor.

—Ya me gustaría —dijo Connor riéndose, pero cierto brillo en su mirada hizo que ella se ruborizase—. Pero Courtney ya ha apostado por un chico rico llamado Emery Harcourt.

Kaufman puso expresión interesada.

—Harcourt. ¿De la Fundación Harcourt?

—No me digas que conoces a los Harcourt. Courtney no soportaría que los serios y gentiles Harcourt conocieran siquiera de vista a alguien que pasó por el Globe Star Probe.

—Yo conozco a todo el mundo —se jactó Kaufman—. Mi trabajó es conocer a todas las posibles fuentes de escándalo, sea quien sea.

—Ya no, Kaufman. Ahora trabajas para Insight, no para el Globe Star Probe, ¿recuerdas? —le recordó Connor irónico—. Courtney trabaja para la NPB y ha estado desenterrando hechos sobre Wilson Nollier. Hemos decidido que en vez de sabotearnos la información, vamos a unir fuerzas y sacar a Nollier para siempre del negocio del tráfico de niños.

—Ah, el asunto Nollier-Kieran Kaufman asintió. —Es la primera vez que te veo tomar un interés personal por los hechos de los que

te ocupan, McKay. ¿No crees que te estás pasando un poco? Dame lo que tengas que yo lo utilizaré para el artículo. No hay necesidad de meter en esto a ninguna pedante de la NPB.

—No puede utilizar lo que Connor tiene porque nadie está dispuesto a responsabilizarse de lo que ha dicho —intervino Courtney.

—Como si eso me hubiese detenido antes. —Kaufman ahogó la risa.

Courtney estaba escandalizada.

—Creo que la revista Insight cometió un error al sacarlo del Globe Star Probe —dijo ella en tono cortante—. Y yo cometeré uno mayor si accedo a colaborar con usted de alguna forma —se volvió hacia Connor—. Esto no va a funcionar. Continuaré mi investigación por mi cuenta —caminó a grandes pasos hacia la puerta.

—¡Caray! No te vuelvas a dejar llevar por tu temperamento, gitana —riéndose, Connor la tomó por la cintura, impidiéndole que saliera—. No vas a ninguna parte. No todavía.

Courtney dio un respingo, furiosa por el manifiesto alarde de dominio masculino de él. Y vergonzosamente excitada.

—Tenemos que encontrar la forma de sacar para siempre a Wilson Nollier del negocio —le recordó Connor.

Pero a él le fue imposible pensar en Wilson Nollier o en nada excepto en lo agradable que era tenerla asida de aquella forma. Las vibraciones que sintió desde la primera vez que la vio, aumentaban con la proximidad.

Courtney se quedó de pronto sin aliento. La sensación del cuerpo masculino a su espalda era abrumadora. No podía resistir las peligrosas y apasionadas sensaciones que bullían en su interior. Dejó escapar un gemido, y trató de zafarse del abrazo.

—Déjame ir —pidió con voz ronca, nada autoritaria y con todo el temblor que había intentado ocultar.

Pero Connor la soltó en seguida y se sentó en la silla más próxima que encontró. Era definitivamente peligrosa. En unos instantes, se le aceleró la respiración.

Sintiéndose vulnerable, tomó un ejemplar de la revista Insight y se lo puso encima de las piernas.

—Siéntate, Courtney —le ordenó—. Kaufman, trata de controlar

tus instintos del Probe y ayúdanos a trazar un plan.

La primera inclinación de Courtney fue salir corriendo. Pero entonces recordó que eso fue lo que hizo que Connor la atrapara. Además, las rodillas le temblaban. Se dejó caer en la silla metálica que estaba junto a la puerta.

—Maldita sea, ¿cómo he llegado a verme metido en tu cruzada particular? —Gruñó Kieran—. Lo único que quiero es un artículo sensacionalista. ¿Qué tengo yo que ver con esa venganza contra Nollier, McKay?

—Quiere ver que se hace justicia y se corrige un tremendo error —dijo Courtney—. Eso difícilmente cae dentro de las venganzas personales, señor Kaufman.

¿A santo de qué salía ella en defensa de Connor?, se preguntó. Aquel hombre era más que capaz de arreglárselas solo.

—Créeme, muñeca, llevo mucho tiempo en esto como para saber que no es tan sencillo como parece. —Kaufman habló con voz lenta y cansina—. Servir a la justicia y enmendar errores es secundario desde el punto de vista personal. Reconozco que tiene sus propias razones personales para interesarse en el tema de la adopción. También podría decirnos cuáles son, porque terminaré averiguándolo. Las mentes inquisitivas como la mía quieren saberlo.

Courtney suspiró con impaciencia.

—No es ningún secreto por qué me he interesado en el tema de la adopción. Mi hermano mayor, Mark, y su esposa Marianne llevan cinco años tratando de adoptar un niño y les ha sido imposible.

—¿Entonces busca la forma de ayudarlos a conseguirlo? —dijo Kaufman con expresión de «ves cómo tenía razón».

Courtney volvió a suspirar.

—Mark y Marianne están en gran cantidad de listas de espera de instituciones, e incluso hace tres años se apuntaron en un programa de madres de alquiler. Pagaron cuantiosos honorarios y escogieron una joven voluntaria —dijo ella, hizo una pausa, y frunció el entrecejo. Aquella historia todavía la trastornaba—. Inseminaron a la mujer y quedó embarazada.

Connor se echó hacia delante.

—¿Qué sucedió?

—Mark y Marianne estaban extasiados con el embarazo. Y entonces la mujer desapareció —a Courtney se le ensombreció el

rostro—. Unas semanas antes de que naciese el niño e marchó. Dejó una nota diciendo que no podía soportar la idea de renunciar a su niño y que no quería volver a oír hablar del tema. —Sablista— dijo Kieran. —¿Su hermano recuperó el dinero?

—El director del programa insistió en que sólo podían recuperar la mitad —dijo Courtney—. Era una gran perdida económica, pero el dinero no era nada en comparación con lo de perder al niño y saber que Mark tenía un hijo al que nunca reconocería.

—Es una vergüenza, Courtney —murmuró Connor.

—Sí —estuvo de acuerdo Kieran—. Si hubiesen recuperado todo el dinero, podrían utilizarlo para comprar un niño a través del negocio de Wilson Nollier.

Connor y Courtney intercambiaron miradas de exasperación.

—Kaufman, no entiendes nada —gruñó Connor—. Lo importante es que las parejas que no pueden tener hijos no deben ser explotadas por su deseo de tenerlas. Los niños no son mercancías para comprar y vender.

—¡Alto allí! —gritó—. Guarden eso para el programa sentimentaloide que emitirá la NPB, gracias a la señorita Carey, aquí presente. Y ahora, dime tus razones para meterte en esto, McKay. Pero ahórrate el sermón sobre la justicia y todo lo demás, porque viniendo de ti, no me lo creo.

Connor se levantó y comenzó a caminar por el pequeño espacio, recordándole a Courtney una fiera enjaulada.

—Tienes razón, tengo intereses personales en el asunto. A la pareja que me crió, mis padres adoptivos, si prefieres llamarlos así, aunque nunca llegaron a firmar documentos de adopción, se les pagó para que se hiciesen cargo de mí. Mi padre biológico era un hombre casado que echó una cana al aire, cuyo resultado fue el que suscribe. El no quería escándalo y les ofreció a los McKay una sustanciosa cantidad de dinero para que me criaran y guardaran silencio. Hace treinta y cuatro años las cosas eran distintas. Había un excedente de niños adoptables y los McKay estaban necesitados de dinero.

—¿Cómo supiste tú todo eso? —preguntó Courtney con calma. Era una revelación sorprendente sobre el seguro de sí mismo Connor McKay. Qué extraño, su hermano pagando para adoptar un niño, y a los padres adoptivos de Connor McKay les pagaron para

que se ocupasen de él. Desde luego, habían cambiado mucho las cosas en el mercado de las adopciones.

—Mi padre, el que me crió, no el que pagó para deshacerse de mí, me lo dijo cuando cumplí trece años —dijo Connor—. Pensó que ya era lo bastante mayor y tenía derecho a saber la verdad. Mi madre no sabe que yo lo sé —añadió—. Le prometí a papá que seguiría haciendo creer que los McKay eran mis padres naturales. Por alguna razón, mamá prefiere la ficción a la realidad.

—No entiendo por qué tuvo él tanta prisa en decirte la verdad —exclamó indignada Courtney—. Debió ser terrible, y además no pudo escoger una edad peor. Parece un hombre insensible. ¿También era cruel tu madre?

—No te pongas tan nerviosa, gitana. Mis padres no fueron crueles conmigo. Claro que hubo problemas. Mi padre era un jugador compulsivo que perdía continuamente la paga, pero nunca usamos eso en su contra. Fue un padre maravilloso. Nunca me trató de forma distinta de como trató a sus dos hijas naturales, que son dos y tres años más jóvenes que yo. Papá murió hace seis meses de un ataque cardíaco —añadió.

Muerto o vivo, el señor McKay padre no le parecía a Courtney un padre tan maravilloso.

—¿Y tu madre? —preguntó con curiosidad—. ¿Cómo era ella?

—Siempre me sentí más unido a mi padre que a mi madre —replicó Connor—. Ella no era muy divertida, siempre parecía preocupada. Su matrimonio, hasta donde yo recuerdo, siempre fue mal. Mamá es enfermera y se pasó la vida haciendo guardias y horas, extras en el hospital local. Cualquier cosa para salir de casa, creo. Había épocas en las que no la veía.

—No me extraña que no fuese muy divertida. Con un matrimonio desdichado con un irresponsable que se jugaba la paga y tres hijos a los que mantener. —Courtney no pudo callarse—. No sorprende que la pobre mujer tuviese que trabajar continuamente. ¿Qué remedio? Era el sostén de la familia.

Connor se encogió de hombros y no respondió. Ya había dicho mucho, tal vez demasiado. Raramente hablaba de su familia, no le gustaba hablar de sí mismo. Se volvió hacia Kaufman.

—Ya conoces nuestros respectivos motivos para meternos en esto, Kieran. Espero que tu mente inquisitiva esté satisfecha. Es hora

de que elaboremos un plan.

—Tengo una idea —dijo Courtney—. Iré a Wilson Nollier y le diré que espero un niño y quiero darlo, en adopción. Así sabremos de primera mano cómo trabaja. Llevaré una grabadora para registrar todo lo que diga.

—Vayamos por partes —se mofó Kaufman—. Nollier no es tonto. No va a caer en una trampa tan simple como ésa. Si quieren atraparlo, tendrán que apostar fuerte, ser tan hábiles y retorcidos como él.

—Si estás pensando en que realmente quede embarazada para ser más convincente, olvídalo —dijo Courtney.

Connor se volvió hacia ella.

—Me parece mejor que nos presentemos tú y yo como un matrimonio que quiere adoptar un niño. Para acusar a Nollier por extorsión tenemos que estar en posición de que pueda sacarnos dinero, y eso sólo es posible como padres adoptivos en potencia.

—No —dijo en seguida Courtney. No se molestó en averiguar por qué desempeñar el papel de madre soltera le parecía menos inquietante y amenazador que pasar por esposa de Connor McKay.

—Simular un embarazo es más difícil que simular un matrimonio, Courtney —intervino Connor. Necesitas algún tipo de prueba médica, y utilizar documentación falsa es un riesgo. Nollier ha triunfado en su asqueroso negocio porque es muy cauto. No podemos arriesgarnos a perder su confianza con documentos falsos. Los padres adoptivos sólo necesitan tener dinero en efectivo. Nos haremos pasar por una pareja que acude a él en busca de un hijo. Buscaremos la forma de que quede constancia de los pagos que le hagamos y grabaremos las conversaciones.

Courtney lo consideró. Por mucho que detestara reconocerlo, el plan de él era mejor que el propio, más fácil y seguro de llevar a cabo. Pero la idea de hacerse pasar por esposa de Connor… Se removió inquieta en la silla y lo miró.

Sus miradas se encontraron.

A ella le cortó la respiración. Sentía una opresión en el pecho que le llegaba hasta el abdomen, y que la perforaba. Trató de luchar contra la absurda y peligrosa excitación sexual que sentía. Un granuja como Connor McKay no tenía cabida en su vida.

—Sólo hago esto por mi hermano y mi cuñada y todas las

parejas como ellos —declaró, tanto para ellos como para sí misma —. Si ponemos fuera de circulación a una sabandija como Nollier, puede que las madres que no puedan criarlos entreguen sus hijos de forma legítima y la gente no tenga que gastarse una fortuna para adoptar.

Connor asintió con la cabeza, tratando inútilmente de apartar los ojos de ella. Otra oleada de deseo lo paralizó, dejándolo confundido. Hacía mucho que había aprendido a no prestar demasiada atención a los sentimientos y a las necesidades.

—La van a pasar muy bien los dos en aquel bucólico paraíso, Shadyside Falls —dijo Kaufman mirándolos de reojo y recordándoles su presencia.

—¿De qué hablas? —quiso saber Courtney.

—No pensamos ir a ningún sitio —añadió Connor.

—¿No conocen Shadyside Falls? —Kaufman dejó escapar un suspiro—. Pocos pueden estar a mi altura y a la de mi red de espías, supongo. El pueblo de Shadyside Falls es lo más secreto del sistema de Nollier.

Miró a Courtney y a Connor con indisimulada superioridad.

—Dejen que les explique el procedimiento habitual de Wilson Nollier. Unas semanas o meses después de la primera cita en su despacho de la ciudad, Nollier insiste en que los futuros padres vayan a un pequeño pueblo llamado Shadyside Falls en la frontera de West Virginia y Maryland.

—¿Vayan? —repitió Courtney—. ¿Nosotros dos? ¿Juntos?

Kaufman asintió con la cabeza.

—Es parte del cochino negocio. Al parecer Nollier posee gran parte de ese pueblo. Se quedan donde él les diga y allí recibirán al niño. Mientras tanto, estarán bajo observación de su red de espías, por lo que tendrán que ser convincentes. Una de las razones por las que no se ha sorprendido a Nollier, es este período de observación. Si hay la menor sospecha de que los padres no son exactamente lo que pretenden ser, no se les cobra nada, ni obtienen el niño. No hay prueba ni artículo, por supuesto, No pueden permitirse errores, jóvenes.

—Ninguna de las parejas con las que he hablado mencionó ese sitio —murmuró Connor.

En su fuero íntimo, Connor se sentía más asustado de lo que

jamás reconocería. Una cosa era hacerse pasar por esposo de Courtney Carey en el despacho de un abogado y otra muy distinta vivir con ella simulando ser marido y mujer. De pronto todo le pareció amenazador.

—Las parejas firman un documento en el que se comprometen a no hablar de la experiencia en Shadyside Falls —dijo Kaufman.

—No soy abogada, pero hasta yo sé que un documento así no tiene validez legal —dijo Courtney.

—Desde luego, mas es una prueba de lo mucho que esas parejas temen a Nollier —dijo Kaufman—. Pero todas admiten que el negocio es inmoral e ilegal y les gustaría que lo persiguieran, por lo que cooperan hasta cierto punto. Si realmente quieren detener a Nollier, tendrán que ir a Shadyside Falls para hacerlo.

—Claro que queremos detener a Nollier —dijo Courtney.

Connor la miró a los oscuros ojos y sintió una punzada de remordimiento. Las razones de ella para querer detener a Nollier eran impecables. Sabía que las de él, no. Bajo la indignación que sentía por el negocio de Nollier, yacía una animadversión personal hacia el hombre, estaba convencido de que Nollier arregló su venta a los McKay.

Connor recordó la dolorosa sensación al saber que no era lo que creía ser, que los McKay no eran sus padres, que les habían pagado para que se ocuparan de él. Aunque no le había revelado la identidad de su madre, a Dennis McKay le faltó tiempo para decirle al niño de trece años quién era su rico y destacado padre y cómo se deshizo de él.

Desde entonces, Connor leyó todo lo que cayó en sus manos sobre aquel hombre, su padre, Richard Tremaine. Sabía dónde vivía y trabajaba, sabía que tenía tres medio hermanos, Cole, dos años mayor que él, y Nathaniel y Tyler, más jóvenes. Sabía que la mujer de Tremaine, Marnie, a la que él engañó una vez, había muerto a los veintinueve años en un accidente de coche. Tremaine no se volvía casar, sino que se dedicó a criar a sus hijos, todos menores de ocho años cuando perdieron a su madre. Supuestamente, Tremaine quedó destrozado por la muerte de su joven y hermosa esposa y no se volvió a casar porque seguía enamorado de ella.

Connor no se tragaba aquel cuento de hadas, su propia existencia lo desmentía. Richard Tremaine le fue infiel a la bella y

trágicamente muerta Marnie y de su relación adúltera nació un hijo no deseado.

Era más que probable que Richard Tremaine, treinta y cuatro años atrás, hubiese llamado a su amigo y abogado Wilson Nollier, para que organizara la venta del hijo bastardo. Nollier y Tremaine habían crecido juntos, todavía salían de vez en cuando y se movían en los mismos círculos. La caída de su viejo amigo sería un gran golpe para Richard Tremaine, obsequio de su hijo bastardo sin reconocer.

—Vamos a atrapar a Nollier —dijo furioso Connor, los verdes ojos centelleantes—. Haremos lo que sea necesario, ¿verdad, Courtney?

Courtney lo contempló. Notaba la tensión que emanaba de Connor, y que era distinta a la atracción sexual que se produjo antes entre ellos. Parecía peligroso, implacable.

Pero vender niños era un delito cruel, y había que ser implacable para poder vencer a un hombre como Wilson Nollier. Si lodo aquello conducía al fin de Wilson Nollier, valdría la pena el sacrificio de resistir unos días haciéndose pasar por la esposa de Connor McKay.

—Sí, lo haremos —aseguró en voz alta, afirmando con la cabeza.

—Los tontos se atreven donde los ángeles van con tiento.

Courtney hizo una mueca. Se sentía bastante incómoda, los comentarios irónicos de Kaufman no eran de gran ayuda. Una vez más, se le fueron los ojos hacia Connor, y una vez más, lo vio mirándola. Se le aceleró el pulso.

—Tengo que irme —dijo ella de pronto—. Quedé en encontrarme con alguien dentro de veinte minutos —una mentira blanca, su cita no era hasta dos horas más tarde. Pero el instinto de conservación le decía a gritos que se fuese. Enseguida.

—Te veré esta noche —le dijo Connor cuando salía—. Alrededor de las ocho. Tenemos mucho que resolver.

—Esta noche no puedo. Llámame mañana a la oficina —dijo en tono irrefutable Courtney y se marchó.

—Vaya esposa respondona que te has buscado, McKay —comentó Rieran—. Tienes que enseñarle quién es el jefe.

Connor se quedó mirando la puerta con expresión brillante.

—Me pregunto si esta noche será demasiado pronto para

empezar.

No se habían escatimado gastos a la hora de festejar el sexagésimo cumpleaños del noble criador de caballos de Virginia, Harmon Blake «Hop». Hopwood. Courtney lanzó una mirada en torno por el salón de baile del selecto club Twin Oaks, y se quedó mirando los árboles que, en jardineras de hormigón, daban al salón el aspecto de un auténtico bosque. Hop Hopwood era un hombre amante de la naturaleza, y la decoración de la fiesta reflejaba sus gustos. De sus ramas, enjaulas, una concesión al falso escenario boscoso, colgaban pájaros exóticos vivos.

Una orquesta de veinte elementos tocaba música de la época de las grandes orquestas. Un suntuoso buffet y abundancia de bebidas constituían el marco en el que alternaban personas de todas las edades.

Courtney se sentó a la redonda mesa para ocho, todos los asientos, excepto el de ella y el de Emery Harcourt, estaban vacíos. Pobre Emery, no tenía ganas de ir aquella noche, pero su familia insistió, y él obedeció, pidiéndole a ella que lo acompañase. La preocupaba la gran depresión del hombre. La aparición de su ex novia, con su nuevo amor, acabó con el poco humor que tenía. Courtney se quedó con él tratando de consolarlo.

—Por si las cosas no fueran, ya bastante mal, aquí tenemos a Jarrell —dijo Emery con un gemido—. Viene directamente a nosotros.

Courtney también dejó escapar un gemido. El expresaba bien sus propios pensamientos. Ya habían intercambiado rutinarios saludos con Jarrell Harcourt, y la mujer no se esforzó en disimular la profunda antipatía que sentía por la acompañante de su hermano. Pero allí estaba de nuevo, alta, delgada y rubia, sin sonreír, por supuesto. Hasta donde Courtney podía recordar, Jarrell Harcourt carecía de la capacidad de sonreír.

Jarrell llegó hasta ellos, se sentó junto a su hermano y, dándole la espalda a Courtney, se puso a hablar con él. Nadie más se acercó a la mesa, y Courtney, excluida de la conversación de los Harcourt, permanecía en silencio. Pasaron diez minutos, luego quince. Suspiró.

Entonces, cuando había decidido que la interminable velada llegaba a su cenit, las cosas empeoraron.

Por un momento pensó que sufría alucinaciones. No podían ser Connor McKay y Kieran Kaufman los que, de etiqueta y mirando a todos como si pertenecieran a aquel mundo, cruzaban la amplia sala. Directamente hacia su mesa.

—Discúlpenme —murmuró Courtney poniéndose en pie. El peligroso dúo estaba todavía a unos cinco metros de la mesa. Si se daba prisa, tendría tiempo para llegar hasta ellos antes que ellos llegaran hasta los Harcourt.

—Hola, gitana. —Connor dejó resbalar la mirada sobre ella.

Courtney llevaba un elegante traje de seda azul, de líneas clásicas y nada agitanado. Echó chispas por los ojos.

—¿Qué hacen aquí?

—Me parece adivinar que no crees que nos hayan invitado. ¿No sabes que somos viejos amigos de juerga de Hop? —dijo Connor despacio.

—Me inclino a creer que no. Se han colado en la fiesta.

—¡Bingo! —exclamó Kaufman.

Courtney le lanzó una mirada demoledora, luego se volvió de nuevo hacia Connor.

—¿Por qué han hecho eso? —Se le ocurrió una espantosa idea —. ¿No habrá sido para verme a mí?

—Te dije que teníamos que hablar esta noche —contestó Connor, encogiéndose de hombros—. Puesto que insististe en venir aquí, no me quedó otro remedio que hacer lo mismo. Aunque no me gusta mucho lo que nos rodea —miró a su alrededor—. Esos pobre pájaros enjaulados para que estos memos de sociedad puedan contemplarlos… —Sacudió la cabeza—. Conozco unos ecologistas furiosos. Tal vez deba llamarlos y decirles lo que sucede aquí.

—Que vengan con sus piquetes en seguida —dijo alegre Kieran —. Yo llamaré a una emisora de televisión local que simpatiza con su causa. Podríamos verlo en las noticias de las once.

—¡No! —gritó Courtney. Pero peor incluso que un grupo de intrusos irrumpiendo en la fiesta, era el hecho de que Connor expresó exactamente lo mismo que ella llevaba toda la noche pensando sobre aquellos pobre pájaros. No le gustaba coincidir tanto con él.

—¿Cómo supieron que estaba aquí? —preguntó, nerviosa.

Los dos hombres se miraron, luego a ella.

—Es parte de mi trabajo seguirle la pista a la gente, gitana —le explicó Connor con afectada paciencia que a ella le pareció irritante —. He perseguido a famosos esquivos, protegidos por profesionales. Localizarte a ti fue un juego de niños.

—¿Oye, quién es la nena rubia que está sentada a tu mesa? —preguntó Kieran, echando una ojeada la gente.

Courtney sonrió.

—Es Jarrell Harcourt. Estoy dispuesta a apostar a que es la primera vez que alguien se refiere a ella como «nena».

Kaufman se quedó mirando a la mujer, tasándola.

—Parece tensa y malhumorada, pero sensual con esos modales afectados y aristocráticos. Necesita acostarse pronto. Tiene suerte, voy a bombardearla. No sabrá lo que pasó hasta que despierte mañana en mi cama —se dirigió hacia la mesa.

—¿Bombardearla? —repitió Courtney, mirándolo con atención.

Connor la atrapó por la muñeca, sujetándola.

—No está acostumbrado a que lo detengan, gitana. Kaufman es como un misil, una vez lanzado, nada puede apartarlo de su trayectoria.

—No pensaba detenerlo —dijo irónica Courtney—. Si hay dos personas en el mundo que merezcan conocerse, son esos dos.

—Qué malvada gitana —sonrió Connor. Siguió mirando hacia la mesa hacia la que se dirigía Kaufman—. Supongo que ese que está sentado allí es tu novio, el inefable Emery.

—Es Emery —asintió Courtney, sin molestarse en corregirlo. Le pareció más inteligente y más seguro no hacerlo.

—Está un poco pálido. ¿Es anémico?

—No, que yo sepa.

—No es exactamente el alma de la fiesta, ¿verdad? Parece tan abatido, que podría prestar sus servicios de plañidera en los entierros.

Era una observación desgraciadamente certera, pero la lealtad hacia el pobre Emery no le permitió demostrarlo.

—No pienso quedarme aquí viendo cómo destrozas a Emery. No se lo merece. Me gustaría ir por mi bolso, si no te importa —trató de soltarse, pero fue en vano. Era como tratar de quitarse unas esposas cerradas.

—Sólo estaba expresando algunos hechos sobre el maestro

Emery, no atacaba su carácter de indudable primera calidad —dijo fríamente Connor. Le soltó la mano. Le molestaba la forma en que ella salió en defensa de Harcourt. Que le molestase era aún peor. Apretó los labios—. Pero ya hemos perdido bastante tiempo… tenemos que hablar de nuestra visita mañana al despacho de Nollier.

—Mañana —repitió Courtney. Abrió mucho los ojos—. No creí que empezásemos tan pronto.

—Cuanto antes mejor —dijo él—. Llamé esta tarde al despacho de Nollier y me dieron cita para mañana. Su secretaria me pasó con él. Me dijo que nos preparáramos para salir para Shadyside Falls después de que nos reunamos mañana por la tarde.

—Mañana —repitió, incrédula, Courtney—. Pero Kaufman dijo que las parejas iban a Shadyside Falls semanas o meses después de la primera entrevista.

Connor se encogió de hombros.

—Nollier me dijo que habíamos tenido mucha suerte —sonrió—. Y así es, pero no para él.

Courtney tragó en seco.

—Tengo… tengo que hablar con mi jefe para poder faltar un tiempo a la oficina.

—¿Crees que tengas problemas?

—No —negó con la cabeza—. ¿Pero no te parece que nos estamos apresurando? Quiero decir, no hace tres horas que decidimos hacerlo y…

—Por usar las inmortales palabras de Kieran Kaufman, los tontos se atreven… etcétera. —Connor bajó la voz—. ¿Tienes miedo, gitana? Tal vez no confías en que puedas desempeñar el papel de mi esposa sin desear.

—¡No digas eso! —dijo Courtney furiosa—. Ni se te ocurra.

Connor se rió, su irritación inicial se disolvió como por ensalmo al mirar los ojos apasionados de ella. La encontraba divertida, lo excitaba como no lo hizo ninguna otra mujer. Y aquella noche, su digna de confianza alarma de soltero no sonó. Se sentía confiado y valiente, dispuesto a arriesgarse.

—Salgamos a la terraza y hablemos de lo de mañana, Courtney —dio un paso hacia ella.

Courtney dio un paso hacia atrás. Al llegar con Emery vio la

enorme terraza que rodeaba el salón de baile. Estaba a oscuras, iluminada tan sólo por la luz de la luna y las estrellas. Además quedaba aislada. Una pareja podía quedarse completamente sola allí afuera…

Dio otro paso hacia atrás. Miró a Connor a los ojos, y él esbozó una sonrisa.

—Sigue caminando, gitana —la animó caminando hacia ella—. No pares, la terraza queda a unos doscientos pasos.

Capítulo 4

Siempre le quedaba la opción de no seguir caminando, pensó Courtney, aunque no paraba. El problema era que Connor no parecía que fuese a dejar de caminar hacia ella.

—No voy a dejar que me intimides —declaró ella, mientras seguía retrocediendo a un ritmo casi peligroso.

—Estupendo. Me gustan las mujeres firmes.

No sólo la intimidaba, sino que se estaba burlando de ella. Una vez más, Courtney sintió que su carácter, por lo general sosegado, se disparaba.

—Voy a detenerme, ahora mismo —dijo en tono cortante.

Dejó de caminar. Para gran alegría suya, Connor hizo lo mismo. Orgullosa de sí misma, Courtney le lanzó una mirada triunfante.

Connor se encogió de hombros.

—También podemos hablar aquí, gitana.

Parecía tranquilo, y Courtney se habría sentido complacida si no hubiese visto un brillo inquietante en su mirada.

Pronto se le pasó la sensación de triunfo. Estaban el uno frente al otro a escasos centímetros de distancia. Miró nerviosa a su alrededor. No sabía cómo habían traspasado la barrera de los árboles.

—Pero primero es lo primero —continuó Connor, metiéndolos largos dedos en la espesa melena de la chica. Acercó su cabeza hacia él al tiempo que bajaba la
suya-Esto
ha estado latente entre nosotros todo el día.

Demos rienda suelta a nuestros deseos de una vez.

—¿Rienda suelta a nuestros deseos? —repitió ella. Su mente no funcionaba como de costumbre. Ni el resto de su cuerpo. Lo que tenía que hacer era darle una bofetada y salir de aquel rincón. Courtney sabía muy bien eso, pero por algún motivo inexplicable, siguió allí.

Mientras se preguntaba si su letargo mental y físico se debería a la copa de champaña que tomó al llegar, Connor le rozó la boca con la suya.

Al sentir los labios, cálidos y firmes contra los propios, se quedó petrificada. Echó la cabeza hacia atrás y colocó ambas manos en su pecho, en un intento de mantenerlo a raya.

Courtney dejó escapar un ronco suspiro. Era plenamente consciente del tamaño y la fuerza de él, del calor de su cuerpo. Por un instante, sintió el deseo de ceder a todo aquel empuje masculino. En seguida apartó la cabeza, volviendo la cara.

—Déjame, Connor.

Al no poder besarla en los labios, Connor buscó la larga y exquisita curva de su cuello y empezó a mordisquearla.

—Pero no quiero dejarte, Courtney.

Le molestaba que no tomase en serio su negativa. Debía estar más que molesta, reconoció lúgubre Courtney. Debería luchar furiosamente con aquel cavernícola, al menos debería tener un poco de miedo de su evidente superioridad física. Pero por razones que no alcanzaba a comprender, no se sentía furiosa ni asustada.

—¿Tratas de bombardearme? —le increpó ella.

Le sonrió de tal forma, que a ella le dio un vuelco el corazón.

—Sin bombas —dijo él con voz ronca, cerrando su boca sobre la de ella.

En cuestión de segundos Courtney cerró firmemente los labios, impidiéndole el acceso al interior de su boca. Oyó el gemido de frustración de Connor y no pudo evitar sonreír.

Connor apartó un poco la boca de la suya.

—Gitana, no juegas limpio —murmuró, acariciándole los labios con la punta de la lengua—. Pensé que esto era una guerra, no un calvario —deslizó las manos por su cuerpo.

Courtney sintió la presión de los músculos de Connor contra ella. Sus pechos amortiguaban la presión del pecho. Después de

todo, iba a tener que abrazarse a él para no caer, las piernas le temblaban demasiado.

—Abre la boca para mí, Courtney —la voz de Connor era grave y profunda.

Aquellas palabras, descaradas, íntimas y exigentes, le aceleraron el pulso.

Sintió profundos estremecimientos en su interior.

Alarmante. Estaba a un tris de dejarse llevar por la pasión cuando la impresión de dejarse someter la situó firmemente en la tierra.

Como hija de militar que iba de un lugar a otro y había cambiado de amigos constantemente, se volvió independiente y autosuficiente a corta edad. Esas características, unidas a su férrea voluntad y su enorme propensión al dominio de sí misma, no le permitían aceptar que estaba a punto de rendirse, con independencia de lo sublime que pudiera parecer.

Los ojos oscuros, entrecerrados, se le abrieron de repente. Se quedó mirando fijamente a Connor, que la observaba con expresión intensa. La deseaba. No podía negar la evidencia física de su deseo. Pero ella vio algo más que pasión en aquellos ojos, vio un reto. Y si ella se abandonaba a sus brazos y le dejaba que la besase de la forma que él quería, de la forma que ella quería, aquel reto se convertiría en simple triunfo masculino.

En aquel instante se dio cuenta de que Connor McKay tenía una voluntad tan férrea como la de ella, que en domino de sí mismo rivalizaban, quizá él superaba el suyo porque él no era el único que estaba al límite de ceder a la tentación.

Courtney se puso rígida.

—Déjalo ya, Connor —dijo ella con voz tensa—. No va a funcionar.

Sus caras estaban tan cerca la una de la otra. Sus labios casi se rozaban. Cuando Connor sonrió, a ella le pareció sentir la cálida curva de la boca de él en la de ella. Deseaba sentirla. Courtney se sorprendió de lo mucho que lo deseaba.

—¿Dejarlo ahora? ¿Por qué, gitana? Te tengo exactamente donde quiero… y donde tú quieres estar.

Courtney se puso furiosa, en parte con él pero sobre todo con ella misma, con su recién descubierta sensualidad, que estaba

demostrando ser un aliado de poco fiar.

—Tu ego debe de ser del tamaño de Júpiter si crees que me gusta que me maltraten en medio de un montón de árboles en tiestos —le espetó, ardiendo de rabia—. Además, da la casualidad que estoy aquí con otro hombre, ¿recuerdas?

Era hora de que lo recordase ella; se reprendió Courtney a sí misma. Connor frunció el entrecejo. La simple mención de su acompañante le producía celos. ¡Y no era celoso!

—Me deseas a mí —gruñó—. Sólo que eres demasiado tozuda —para reconocerlo.

—Reconozco que me has desconcertado con tus mañas seductoras. Fueron muy eficaces… por un minuto o dos. Luego me recuperé.

—¿Un minuto o dos? —repitió Connor indignado. Miró furioso el menudo rostro imperturbable y desafiante. Desgraciadamente parecía haberse recuperado, ya no era la sumisa y suave mujer de hacía unos minutos. Allí mismo, en sus mismas narices, se había convertido en una mujer de lengua afilada, en una arpía. A Connor no le gustaba la transformación.

—¿Vas a dejarme ir? —Ella tenía un hermano y dos hermanastras mayores, sabía lo suyo sobre amenazas e intimidaciones, tanto de hacerlas como de no doblegarse ante ellas.

—No —respondió Connor escueto.

Ella sabía muy bien lo siguiente que tenía que decir.

—Entonces haré que me sueltes.

—¿Y cómo va a ser eso? —se burló Connor, estrechándola más. Un error táctico de su parte, reconoció para sus adentros, porque sentir la suavidad contra él estaba haciendo que su sangre ardiente se calentase aún más—. ¿Te has diplomado en alguno de esos cursos feministas de defensa personal? —murmuró burlón.

—Siento no haberlo hecho —dijo Courtney. Evidentemente él no iba a soltarla y tenía que hacer algo, ¿pero qué?—. Si lo hubiese hecho, no tendría clemencia contigo —continuó ella—. Me cercioraría de que…

—Así que no sabes golpes de karate —la cortó él—. Tal vez debas utilizar un método menos elegante como el clásico rodillazo en la ingle —antes de que ella pudiese intentarlo, él la rodeó con los muslos, inmovilizándola… y produciendo espectaculares oleadas de

pasión en los dos.

Por un instante se quedaron quietos, inermes ante el deseo y la pasión que había entre ellos. Sus ojos se encontraron y ninguno articuló palabra.

La asió por el trasero y la acercó más a él.

—Realmente no quieres quitarme de en medio, ¿verdad, gitanilla? —le susurró al oído, recorriendo con la lengua la delicada forma de la oreja.

Courtney gimió. De nuevo volvía a sentir aquella debilidad peligrosa, que le hacía sentir pesadez en los brazos. Estando tan cerca de él, podía sentir su cuerpo tembloroso, oírla respirar profunda e irregularmente. Aunque no sabía cómo ni por qué, percibía una vulnerabilidad que coincidía con la de ella.

El no estaba solo jugando, todos sus instintos femeninos se lo decían. La deseaba de veras. ¿Y si cediera y lo besase, sólo una vez…?

Abrió los labios y él acercó la boca a la de ella.

—¡Cuidado! —La voz de alarma pareció llegar de otro mundo.

Sorprendidos a más no poder, Courtney y Connor se separaron como impelidos por un resorte. Un pájaro, gorjeando desesperado revoloteaba sobre sus cabezas, luego otro pájaro voló por allí, dejando caer algo que aterrizó peligrosamente cerca de donde ellos estaban.

—Malditos pájaros. —Kieran Kaufman se unió a ellos, mirando furioso al par de aves que se habían situado en una de las ramas más altas—. Nunca los habría dejado salir de haber sabido que eran tan aficionados a los proyectiles.

Courtney estaba temblando. No podía parar. El deseo burbujeaba en su interior, encendido, vivo. Miró a Connor, que miraba hacia las ramas de los árboles.

—¿Tú dejaste escapar a los pájaros de las jaulas? —preguntó Connor a Kaufman, frustrado por la interrupción, pero extrañamente agradecido. Estaba confundido y desconcertado, toda una nueva experiencia para él, una terrible, decidió.

Nunca se había sentido tan agitado, tan excitado, simplemente de tocar a una mujer, ante la sola idea de besarla. Cuando Courtney lo miró, accediendo con los ojos, los labios separados y húmedos, el sintió como si le dieran un mazazo. ¿Que habría sucedido si la

hubiese besado realmente?

Era hora de dar marcha atrás y reunir sus defensas. La fierecilla era zona peligrosa. Ninguna mujer lo afectó tan profundamente, y era un idiota si iba a dejar que ella acabara con él.

—Abrí todas las jaulas que pude —contestó Kieran a la ligera—. No creí que nadie se daría cuenta. Hasta que vi a ese pájaro dirigirse directo hacia ustedes, pensé que más valía que te avisase. Siento haber interrumpido algo.

Courtney por fin fue capaz de hablar.

—No —se apresuró a decir.

—No —estuvo de acuerdo Connor—. No interrumpiste nada.

Llegó un grito del otro lado de los árboles, seguido de un alarido.

—Me parece que los invitados a la fiesta acaban de darse cuenta de que la decoración anda suelta —comentó Kieran—. Decididamente es hora de marcharse. Oye, Connor, sé que te traje aquí, ¿pero podrías encontrar quién te lleve a casa? Me voy con mi última nena —sonrió elocuente—. Nos vamos a mi casa ahora —se volvió y se perdió entre los árboles.

—Es mejor que vuelva con Emery —murmuró Courtney, rehuyó la mirada de Connor, sin atreverse a verlo. Simplemente, no podía después de lo que sucedió entre ellos. Después de lo que protestó y lo amenazó para terminar cediendo…

Un gemido de mortificación se le escapó mientras se apresuraba a volver a la mesa.

Allí, para su completa incredulidad, vio a Kieran Kaufman pasarle el brazo a la elegante, austera y amenazadora Jarrell Harcourt, que no parecía nada austera ni amenazadora. Courtney parpadeó. Jarrell tenía las mejillas arreboladas, los ojos brillantes, parecía nerviosa y excitada y mucho más joven de sus veinticuatro años.

Sus ojos se encontraron con la mirada curiosa de Emery, luego los dos vieron cómo Kaufman posaba audaz la mano sobre las caderas de la joven mientras la conducía hacia afuera. Las risitas infantiles de Jarrell parecieron quedarse en el aire. Jarrell Harcourt, la mujer que nunca sonreía, estaba riéndose. Si no lo viera no lo creería.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Emery—. Era

extraordinario verle desplegar su encanto. Jarrell se derritió como la cera al sol. Nunca la había visto reaccionar así con nadie.

—¿Encanto? —repitió Courtney. Tenía que estar de broma. Dudó si decirle a Emery quién era Kaufman y decidió que no. Había sufrido ya bastante el pobre hombre aquella noche como para tener que oír que su hermana marchó con uno de los periodistas más despreciables que existían.

—¡Emery Harcourt! —El sonido de la voz de Connor, en un tono de amigos de toda la vida, desterró de la cabeza de Courtney la sorprendente alianza de Kaufman y Jarrell. Se giró en redondo y vio a Connor ofreciéndole la mano a Emery.

—Apuesto diez a uno que no te acuerdas de mí —dijo Connor agitando la mano que Emery le dio.

Emery sonrió vagamente.

—No soy jugador, pero lo siento mucho, no puedo situarte.

Courtney se puso tensa. ¿Hasta dónde pensaba llegar Connor McKay? Lo miró furiosa, pero él no le hizo caso, desplegando una amplia sonrisa que ella sabía era falsa.

—Estudiamos juntos en la preparatoria, Emery —dijo con soltura Connor—. Pero yo era uno de esos chicos callados que nadie recuerda.

Courtney se enfureció más. Después de aquel comentario falsamente humilde, qué otra cosa podía hacer el dulce Emery sino:

—Claro que me acuerdo. Pero ya me conoces, siempre he sido un desastre para los nombres.

—A McKay no le ha ido nada bien —intervino Courtney en tono gélido—. De hecho acaba de salir de la cárcel.

Colocó una mano protectora en el brazo de Emery. Era tan ingenuo y confiado. Cualquiera que pensase que Kieran Kaufman era encantador, necesitaba protección, sobre todo de una serpiente como Connor McKay.

—Vámonos, Emery —propuso ella—. Tengo una cita temprano.

—Harcourt es un buen tipo —reconoció Connor gruñendo quince minutos más tarde, cuando Courtney y él cruzaban el salón, que gracias a la idea de Kieran Kaufman de soltar los pájaros era todavía un auténtico desastre.

Todavía se preguntaba por qué permaneció en silencio mientras oía a Connor utilizar sus abundantes y sutiles recursos de

investigador para descubrir los detalles de la vida de Emery.

¿Qué tenía Connor que la obligaba a acompañarlo, cuando el sentido común le decía que se alejase de él?, se preguntó nerviosa. En vez de echarlo de su despacho aquella mañana, lo dejó quedarse. Y como decirle que se fuese al infierno, accedió a colaborar con él. Y aquella noche, en vez de informar a Emery de que no había estudiado con Connor McKay —que tampoco era el delincuente que decía ser—, permaneció sentada callada y escuchando fascinada cómo le sacaba información sobre los Harcourt con tal habilidad, que un fiscal se habría sentido orgulloso. Hasta logró que lo llevase a su casa.

Sin embargo, ella no dijo nada, permitiendo que el ingenuo Emery fuese pro el coche, dejándola sola con Connor McKay. «Tres fallos y estás fuera», se dijo, fijándose en el pelo castaño claro, todavía desordenado por el pequeño encuentro bajo los árboles, los profundos ojos verde oscuro, la boca bien formada y atractiva. Courtney tragó en seco.

—Aunque sigo sin entender por qué no te has acostado con él —continuó pensativo Connor, irrumpiendo en sus pensamientos turbulentos—. Nunca había oído a un hombre que se refiriese a su chica de forma menos romántica.

Pero Emery no estaba enamorado de ella, ni ella era su chica, y ninguno de los dos pretendía lo contrario. Hasta que ella empezó a seguir el estúpido juego de Connor. El pobre Emery estaría horrorizado por el engaño. Estuvo pensando en decirle a Connor la verdad sobre los dos, pero decidió que no. Era un hombre muy seguro de sí mismo, muy arrogante, se merecía que lo engañaran.

De pronto se acordó de Connor diciéndole a Kaufman y a ella que lo habían vendido de niño. Entonces no había parecido arrogante ni presumido. La mirada sombría, el tono apagado, tocó una cuerda sensible en el interior de ella. Apartó el sentimiento. Tenía pena por el joven que fue, pero por el Connor que ella conocía, sólo sentía animadversión.

Llegaron al espacioso vestíbulo del club. Su silenciosa y solemne atmósfera era muy distinta del ruidoso salón de baile.

—Pero sigo sin entenderlo. —Connor movió la cabeza, dándole vueltas a la supuesta relación de ella con Emery—. Eres tan sensual y Harcourt parece un hombre normal; sin embargo…

—Por si no te has dado cuenta, mi relación con Emery no es de tu incumbencia —lo interrumpió malhumorada Courtney—. Y puesto que no agradezco tus especulaciones sobre…

—¿Tu vida sexual? —Entonces fue Connor el que interrumpió, y lo hizo sin sentir el menor rubor—. Nena, no parece que tengas ninguna.

Ella sabía que estaba provocándola, ¡pero si él supiera lo atinado que estaba! Courtney recordó todas las bromas sobre su virginidad que tuvo que soportar en la universidad cuando cometió la estupidez de confesar que nunca había tenido un amante. Y así seguía.

—Estoy segura de que nadie tiene la extravagante, atlética y desenfadada vida sexual que indudablemente te permites, pero ¿qué persona selectiva quiere tenerla? —preguntó ella.

—Eres realmente mordaz, gitana. —Connor se rió alegre—. Buen golpe.

Aquella risa la enfadó más. La molestaba que no se hubiese ofendido por la descripción de su estilo de vida. Era evidente que no le importaba lo que ella pensara de él.

—¡Cállate y déjame en paz! —dijo fríamente, alejándose de él.

Connor corrió de inmediato tras ella. No podía estar lejos de ella, disfrutaba mucho provocándola, le gustaba su forma de reaccionar.

—Ya sé que no perteneces a mi club de admiradoras, Courtney —su sonrisa la sacó más de quicio—. Yo tampoco soy exactamente admirador tuyo. Pero dado que vamos a trabajar juntos, tratemos de dominar nuestra antipatía, ¿de acuerdo?

Estaba ella pensando en sus palabras cuando la expresión de Connor cambió por completo. Courtney lo observó con curiosidad. Era como si por arte de magia hubiese desaparecido el hombre despreocupado y risueño y lo hubieran sustituido por un extraño, distante y tenso.

—¿Ves a aquel hombre que viene por la arcada? —preguntó él.

Había una nota extraña en su voz, algo que la puso en guardia. Siguió su mirada y vio a un hombre alto y elegante, probablemente de unos sesenta años, de aspecto distinguido y cabeza completamente canosa.

—Es Richard Tremaine —dijo Connor en el mismo tono extraño

—. Principal accionista y presidente de Tremaine Incorporated.

Courtney asintió. ¿Quién no conocía a Tremaine Incorporated en Washington? La multimillonaria empresa familiar poseedora de una cadena de cafeterías y librerías.

—Tremaine Incorporated hizo una gran donación a la NPB este año —le dijo a Connor—. La usamos para realizar un estupendo documental sobre la vegetación de una selva tropical en Centroamérica —esperó el comentario sarcástico de él sobre el programa. Sorprendente, no hizo ninguno. Tal vez le parecía un tema interesante—. Voy a acercarme y darle las gracias —decidió Courtney impulsiva.

—¿Querrás decir que vas a hacerte la graciosa para ver si les da más dinero? —se burló Connor—. Al menos sé sincera contigo misma y confiesa tus motivos auténticos, gitana —su expresión era fría, endurecida.

Courtney se echó hacia atrás. Más que enfurecida, la acusación le dolió.

—No pienso quedarme aquí para que me insultes —dijo con voz tensa.

Evidentemente Connor tenía algún resentimiento hacia los triunfadores, a juzgar por su aversión hacia Richard Tremaine. Frunció el entrecejo. Teniendo en cuenta su estúpido trabajo no le extrañaba. Ella era una admiradora a ultranza del triunfador convencional. Con la cabeza en alto cruzó el vestíbulo y se presentó a Richard Tremaine.

El fue amable y cortés y respondió gentil a su presentación y a su gesto. Charlaron sobre la NPB y sus objetivos, y Courtney se dijo que no estaba haciéndole a la tonta con el señor Tremaine, como Connor la acusó. Era sólo cuestión de educación dar las gracias por su donativo.

Minutos después, se les unió una versión más joven, más alta y más guapa de Richard Tremaine. Le presentó a su hijo mayor, Cole, y su espectacular esposa pelirroja, Chelsea. Los hijos menores de Tremaine, Nathaniel y Tyler, dos guapísimos morenos, llegaron en seguida con sus respectivos acompañantes y de nuevo se hicieron las presentaciones de rigor.

—Me pregunto quién habrá soltado los pájaros. —Tyler sonrió a sus hermanos.

Una sonrisa que hizo que Courtney lo mirase detenidamente. Había algo en su sonrisa que…

—Hasta donde he sabido, unas quince personas dicen haberlo hecho, pero no creo a ninguna —dijo Cole, entrelazando cariñoso los dedos con su esposa—. Ninguno tiene el valor de convertir el cumpleaños de Hop en una secuencia de Los pájaros de Hitchcock.

Poco a poco se llenó el vestíbulo de personas que venían huyendo de la fiesta. Los pájaros se habían adueñado del salón de baile, echando a todo el mundo. Mientras los Tremaine seguían tratando de averiguar la identidad del liberador de los pájaros, Courtney decidió que era hora de desaparecer entre la multitud. Pasase lo que pasase, ellos nunca deberían saber quién era el culpable ni su conexión con ella. Se excusó y se alejó.

Estuvo buscando a Connor, pero no se le veía por ningún sitio. Le molestó encontrarlo fuera, hablando con una espléndida morena que se lo comía con los ojos.

—¿No ha llegado Emery? —preguntó, acercándose a Connor y su «Cleopatra».

Los dos la recibieron con escaso entusiasmo, lo que hizo que Courtney se pusiera más pesada.

—Acabo de pasar un rato estupendo con los Tremaine. Son guapísimos los cuatro, pero el hijo mediano, Tyler, es para morirse —por lo general detestaba expresiones como ésa, pero le pareció apropiada para la ocasión.

Connor dejó de prestar atención a la morena y miró a Courtney.

—Tyler Tremaine no está a tu alcance, cariño —dijo burlón.

Courtney esbozó lo que esperaba fuese una enigmática sonrisa.

—No me parece.

Vio con satisfacción cómo él le volvía la espalda a su nueva amiguita para mirarla a ella.

—¿Te invitó a salir? —quiso saber él.

—Ahí está Emery. —Courtney empezó a bajar la escalinata de piedra.

Connor la siguió pisándole los talones.

—¿Lo hizo? —insistió. El corazón le latía a un ritmo vertiginoso. ¿Tyler Tremaine, su hermanastro y Courtney? Sintió una oleada de rabia, seguida de otra de pura desesperación. Tomó a Courtney por el brazo, cuando se disponía a abrir la puerta del coche.

Ella sonreía.

—¿Has visto lo furiosa que se quedó Cleopatra? —No se molestó en averiguar por qué la hacía sentirse tan dichosa haber apartado la atención de él de la otra mujer—. Si las miradas matasen, yo estaría en la morgue.

—Mantente lejos de Tyler Tremaine. Y de todos los Tremaine —dijo Connor áspero, estrechando los dedos en torno a su brazo.

—¡Déjame!

—Hablo en serio, Courtney. No puedes tener nada con Tyler Tremaine.

La había visto hablando y sonriendo con su padre, con sus hermanos, y la visión lo estremeció. Parecía encajar con ellos, como si fuese uno de ellos. Podía imaginarla hablando de arte con su padre, quien, lo sabía, tenía una importante colección de pintura moderna. Podía imaginarla charlando de niños con Chelsea Tremaine, quien unos años atrás tuvo al pequeño Daniel Richard, el sobrino que nunca conocería, igual que nunca conoció a su padre ni a sus hermanos.

Y mientras estaba allí, viéndola con los Tremaine, imaginando toda clase de situaciones que nunca se convertirían en realidad, la intensidad de sus sentimientos fue tal que creyó que iba a volverse loco.

Pero nada de lo que sintió se podía comparar con lo que adivinó al pensar en Tyler y Courtney. Sus hermanos siempre lo tuvieron todo en la vida, incluido a su padre natural, que los reconoció y les dio su apellido. ¡Tyler Tremaine no iba a quedarse con su gitana!

¿Su? Connor sintió que se helaba. Aquel ataque de celos sin precedentes lo acobardó más que nada. Le soltó el brazo y se alejó de ella como si quemara.

Courtney lo miró con curiosidad, preguntándose qué emociones reflejaba su mirada. Se esforzaba tanto en ser frío e inescrutable, pero en aquel momento era cualquier cosa menos eso.

—Veo que sobreestimas mi atractivo —dijo irónica—. Tyler Tremaine puede aspirar a estrella de cine si quisiera, difícilmente se fijaría en mí. Eso, sin mencionar mi noviazgo con Emery, que por cierto nos espera con infinita paciencia.

Se metió en el coche, en el asiento delantero.

Instantes después, Connor se acomodó en el de atrás. No dijo ni

media palabra en todo el trayecto hasta su casa.

Capítulo 5

Su hermanastra Michelle estaba sentada en el sofá viendo la televisión cuando Courtney entró en su apartamento. Ahogó un gemido. No era que no disfrutara de la compañía de Michelle, pero habría preferido meterse en la cama sin tener que contarle lo sucedido.

—Hola. —Michelle le sonrió—. ¿Que tal la fiesta?

Su hermanastra siempre se alegraba de verla. Courtney sintió una punzada de remordimiento por haber deseado por un momento que Michelle estuviese ya de vuelta en su apartamento de Harrisburg. Se dejó caer en el sofá y esbozó una sonrisa.

—Estuvo… Interesante.

Michelle soltó una risita.

—Eso es muy amplio, puede ir desde lo sublime hasta lo espantoso. Lo sé. Yo misma he tenido muchas noches interesantes. Emery parece simpático —lo conoció cuando pasó a recoger a Courtney—. ¿Llevan mucho tiempo saliendo juntos?

—No salgo con él, Michelle. Es decir, no de la forma que tú piensas. Somos sólo amigos y nada más —de pronto se le ocurrió una idea—. ¿Te gustaría salir con Emery mientras estás aquí? Como has dicho, es simpático, y un perfecto caballero. Es bastante inteligente, un conversador nato y muy amable. No sé cómo no me di cuenta antes. Serían perfectos.

—Courtney, no sería perfecta para nadie —protestó Michelle con una breve risa—. No ahora —se levantó y salió de la habitación.

Courtney la siguió: Michelle había entrado en la cocina y

acariciaba a su gato, Burton, que estaba sobre una colchoneta. Michelle siempre viajaba con el gato de turno. Courtney recordaba cuando iba a verla de pequeña, llevando a Fluffy, el viejo gato albino de ojos rosados. Tres días antes llegó con aquel sedoso siamés adquirido años atrás.

—¿Qué quieres decir con que no ahora? —preguntó Courtney, mirando a su hermana y al gato—. ¿Pasa algo, Michelle?

Era una pregunta que debió hacer tres días atrás, cuando Michelle y Burt llegaron sin anunciarse, reconoció Courtney con pesar.

Michelle se mordió el labio inferior.

—No pasa nada, Courtney —dio un profundo suspiro—. Sólo que he estado sometida a mucha presión… en el trabajo, eso es todo.

Sonrió, pero Courtney advirtió que sus enormes ojos azules estaban tristes.

—Creí que te gustaba tu trabajo —frunciendo el entrecejo; Courtney se sentó en un taburete alto. No recordaba haber oído a Michelle quejarse nunca de su trabajo como ayudante de un senador por el estado de Pensilvania. Michelle fue una excelente estudiante, y era igualmente buena en su trabajo.

—Y me gusta. Pero ya sabes lo que pasa… a veces las cosas se complican —Michelle siguió acariciando al gato. —Te agradezco mucho que me… dejes quedarme unos días aquí, Courtney. Es estupendo poder alejarme de… todo.

—Sabes que aquí eres bien recibida siempre —dijo Courtney, sincera.

La sensación de que Michelle ocultaba algo era cada vez mayor. De pronto recordó… si la entrevista del día siguiente con Wilson Nollier salía según lo previsto, ella se marcharía por la tarde hacia Shadyside Falls.

—¡Oh, Michelle! —gritó consternada, y se puso a explicarle lo del reportaje sobre la adopción y su investigación en colaboración con Connor McKay.

Si Michelle estaba molesta por la posible partida de Courtney, lo disimulo magistralmente.

—Me alegro de que vayas a hacer algo que pueda ayudar a Mark y a Marianne a tener un niño. Lo desean mucho, y serán unos

padres estupendos —dijo ella, los ojos brillantes de sinceridad—. No te preocupes por mí, Courtney. Si no te importa, Burton y yo nos quedaremos un par de días más.

—Quédate lo que quieras, Michelle —dijo en tono cariñoso—. Aunque no te recomiendo que lleves a Burton de visita a la Casa Blanca. Al perro presidencial podría no parecerle buena idea.

—Burton no va a hacer turismo, le bastará con quedarse en tu apartamento y contemplar los pájaros por la ventana de la cocina.

El gato maulló, como asintiendo, y ambas mujeres se rieron.

—Courtney, sobre ese hombre que va a hacerse pasar por tu esposo —dijo con cautela Michelle—. ¿Cómo es él?

—¿Que cómo es? Vaya pregunta —a Courtney le centellearon los ojos—. Es el hombre más exasperante y misterioso que he conocido. Me pone furiosa, pero me hace reír, también. Es muy inteligente, aunque algunas veces se pasa de listo y me apetece matarlo.

—¿A ti? —Michelle parecía sorprendida—. Nunca te he visto hacerle daño a nadie, ni siquiera desearlo… al menos desde que te conozco, que es desde que las dos teníamos cuatro años.

—Lo sé, lo sé —Courtney levantó las manos. —Pero Connor McKay me saca de quicio.

—Ya veo.

—No de la forma que estás pensando —se apresuró a asegurar Courtney—. Quiero decir, que somos… que nuestras personalidades chocan. Somos tan distintos —se quedó sin habla. Se ruborizó.

Michelle la analizó con mirada escéptica.

—Los polos opuestos se atraen. Y a veces los resultados son explosivos.

Tanto, que Courtney se ruborizó aún más.

—Te sientes atraída por él, ¿verdad? —inquirió Michelle.

—Eso es lo de menos —insistió Courtney—. Como dice papá, no tenemos por qué darle rienda suelta a todos los pensamientos y sentimientos que tenemos.

—La ventajosa filosofía Carey —a Michelle le tembló la voz—. Yo era una ferviente convencida. Creía que no había sentimientos que no se pudiesen dominar con suficiente fuerza de voluntad.

Sacudió la cabeza, como si tratara de aclarársela.

—Ten cuidado, Courtney. Incluso aunque papá diga que no es

posible, hay ciertos sentimientos… elementos que ni siquiera la mayor fuerza de voluntad vence. El sexo es uno de ellos. Cuando el sexo entre dos personas es bueno, la mujer se puede convertir en un ser tan vulnerable y dependiente del hombre que nada, ninguna fuerza de voluntad ni el sentido común ni nada, le permitirá ser libre. Así que nunca, nunca te dejes atrapar sexualmente por un hombre que no te conviene.

Courtney abrió los ojos preocupada.

—Michelle, ¿estás hablando por experiencia propia? ¿Estás enamorada de un hombre que…?

—¡No! No, claro que no. No debes tomarme al pie de la letra, Courtney. —Michelle sonrió de forma tan deslumbrante, que Courtney parpadeó y la contempló analítica. Las espantosas palabras de su hermana le produjeron un escalofrío.

—Michelle, ¿sabes que puedes contarme lo que quieras y que haré lo que esté de mi parte para…?

—Courtney, estoy bien —le dio un ligero apretón en la mano—. Hermanita, siempre has sido tan apasionada.

Courtney le hizo caso y dejó el tema del sexo con el hombre equivocado a un lado.

—¿Hermanita? —dijo en tono alegre—. Nada más soy cinco meses menor que tú.

—Sigues siendo la niña de la familia. —Michelle tomó al gato en brazos y sonrió a Courtney—. Creo que Burton y yo vamos a acostarnos ya. Voy a abrir el sofá cama.

—Puedes dormir conmigo en el dormitorio. Hay dos camas unidas. —Courtney repitió el ofrecimiento que hizo desde la primera noche deja llegada de Michelle—. Será como en los viejos tiempos. ¿Recuerdas cuando compartíamos mi habitación cuando venías a ver a papá?

Michelle asintió.

—Eras tan dulce. Reconozco que después de que papá se casó con tu madre, las primeras veces me asustaba venir aquí. Quiero decir, que eras una niña de mi misma edad que vivía con su madre, su hermana, su hermano y mi padre y no estaba muy segura de si me sentiría desplazada.

Courtney negó con la cabeza.

—Nada habría hecho más feliz a tu padre que tenerlos a ti y a

los demás viviendo con nosotros. Recuerdo lo triste que se quedó cuando ustedes cuatro volvieron con su madre.

—Las despedidas son siempre difíciles —dijo con voz suave Michelle—. Nunca son fáciles. Nadie lo sabe mejor que nosotros los Carey.

—Wilson Nollier me pone la piel de gallina —dijo Courtney con un estremecimiento cuando Connor y ella se dirigían hacia la autopista que salía de Washington, D. C., en dirección al pueblo de Shadyside Falls—. Rezuma falsa simpatía por todos los poros.

—Eres una estupenda actriz, gitana. Desempeñas tu papel de mujer ansiosa por tener hijos a la perfección.

Connor la miró de reojo. Ella llevaba todavía en el dedo la imitación barata de alianza matrimonial que él le dio antes de entrar en el despacho de Nollier. Llevaba la misma falda color castaño y la chaqueta a juego que se puso para la entrevista. Una blusa rosa completaba el atuendo. Estaba sensual y femenina.

Connor se movió incómodo en su asiento y trató de pensar en lo que tenían entre manos. Wilson Nollier… La entrevista con el abogado a primeras horas de la tarde, su debut como marido y mujer… Courtney había actuado maravillosamente. De hecho, fue tan convincente, que hasta él estuvo a punto de creerse su historia de matrimonio sin hijos.

—¿Has estudiado actuación o algo así? —le preguntó con curiosidad.

Courtney negó con la cabeza.

—He pasado el tiempo suficiente con Mark y Marianne, como para saber lo doloroso que es querer tener un hijo y no poder —se estremeció—. Espero que no me suceda eso.

—¿Quieres tener hijos?

—Claro. Mucho. ¿Tú no?

—Supongo que sí. —Connor se encogió de hombros—. No he pensado mucho en ello.

Lo que no era cierto, pues sí había pensado mucho en ello. Le gustaban los niños, disfrutaba mucho con los hijos de sus hermanas. Pero cuando intentaba pensar en hijos propios, no podía imaginarse a su madre, la que, puesto que había algunas tradiciones que él valoraba, tendría que ser su esposa.

Además estaba la cuestión de quiénes serían sus hijos en

realidad. El era un McKay sólo de nombre, no por nacimiento, ni por adopción. ¿Era un McKay por pago en efectivo? Y al margen de eso, no podía reclamar legalmente el apellido Tremaine ni podría hacerlo su descendencia. ¿Era justo infligir semejante carga a un niño?

—Claro que para un hombre con un trabajo como el tuyo sería difícil convertirse en padre de familia. —Courtney lo miró con disimulo. Estaba más atractivo que nunca, con su camisa azul y los pantalones caqui. Apartó la mirada—. Probablemente no tienes un horario regular.

—¿Otra de tus indirectas sobre mi trabajo?

—Sólo creo que debes aprovechar tu talento y tu inteligencia en vez de desperdiciarlos como lo haces.

Connor enarco las cejas.

—¿Y si te dijera que pasé por la facultad de derecho, que soy abogado en Virginia, Maryland y el Distrito de Columbia?

—¿Y si yo te dijera que soy la hija secreta de Elvis y Marilyn Monroe? —le respondió ella.

—Llamaría a Kaufman para que le dijese a sus antiguos compañeros del Globe que detuvieran las rotativas —se rió Connor —. Tienes razón, Courtney. Es inconcebible que yo sea otra cosa más que un despreciable rebelde sin causa.

Despreciable rebelde sin causa. Eso era exactamente Connor McKay. Ella no lo habría expresado mejor. Entonces, ¿por qué sentía deseos de negarlo, ante Connor y ante sí misma?

Courtney cambió de postura en el asiento. Era hora de dejar a un lado los temas personales y hablar de lo que tenían entre manos.

—¿Crees que esa casa donde nos han dicho que nos alojemos estará bajo vigilancia?

—Más vale que contemos con ello. No podemos bajar la guardia ni por un instante, Courtney. Esa señora Mason, la que lleva la casa, tiene que creer que somos un matrimonio desesperado por tener un hijo.

El giró hacia la salida, tomando una carretera secundaria.

—Según el mapa, Shadyside Falls debe quedar a una hora de aquí.

—Empiezo a ponerme nerviosa —confesó Courtney—. ¿Y si Nollier descubre que somos unos impostores? ¿Crees que…? —hizo

una pausa y dio un hondo suspiro—. ¿Crees que pueda ser peligroso?

—Todas las ratas arrinconadas son peligrosas, gitana. Sólo tenemos que cerciorarnos de que jamás descubra que lo estamos arrinconando. Pero bueno, hablemos de otros temas para calmar los nervios. Tu compañera de apartamento, ¿también trabaja en la NPB?

—No vivo con nadie —dijo Courtney.

—¿Entonces de quién era la voz sensual que respondió anoche cuando llamé a tu casa? ¿La que me dijo que estabas en Twin Oaks Country Club con Emery Harcourt?

—Realmente fue un juego de niños encontrarme, ¿verdad? —Courtney sonrió a su pesar—. Hablaste con mi hermanastra Michelle. No vive conmigo, vive en Harrisburg, pero ha venido con su gato a verme por unos días.

—¿Hermanastra? ¿Y eso? ¿Tus padres se divorciaron y se volvieron a casar?

—Haces muchas preguntas —protestó moderadamente ella.

—¿Algún motivo por el que no quieras responderlas?

—Aparta tu sucia mente de investigador, Connor McKay. No todo el mundo tiene secretos oscuros.

—Te sorprenderías, gitana.

—Bien, yo no los tengo. Siento decepcionarte.

—Entonces, ¿por qué no hablas de tu familia? ¿Te han repudiado?

—Claro que no —farfulló ella—. ¡Adoro a mi familia!

—Ya, supongo que tienes razón —cedió él—. Después de todo tu hermanastra y tu «gatastro» se alojan en tu casa, y estás dispuesta a hacerte pasar por esposa mía para ayudar a Mark y Marianne a encontrar un niño.

Courtney empezó a relajarse un poco. Después de todo sus preguntas eran inofensivas y el viaje se iba a hacer muy largo si hacían el resto del trayecto en silencio.

—Mis padres no se divorciaron —dijo—. A mi padre lo mataron en Vietnam dos meses antes que yo naciera. Era sargento, y salvó a dos hombres cubriéndolos con su cuerpo al explotar una granada. El Congreso le concedió una Medalla de Honor por su heroísmo —añadió con orgullo.

—Así que creciste sin conocerlo —dijo Connor pensativo. Era

asombroso el parecido con su propia situación, excepto, claro, que el padre de ella era un héroe de guerra. Mientras el de él…

Connor tensó la mandíbula. Su verdadero padre estaba casado con otra mujer cuando irresponsablemente dejó embarazada a una jovencita y luego pagó para salir del embrollo.

—Me habría gustado conocer a mi padre —dijo, Courtney nostálgica—. Siempre he sentido curiosidad por él, conocer todo lo que la gente pudiera recordar de él. Sin embargo, crecí con un padre —añadió ella, con voz vibrante—. Mi madre se volvió a casar cuando yo tenía cuatro años, y mi padrastro, John Carey, me trató como si fuese su hija. Mis hermanos mayores, Mark y Ashlinn, y yo hemos llevado siempre su apellido y lo llamamos papá. El tenía cuatro hijos de su primer matrimonio, y nos visitaban a menudo. Siempre me sentí muy unida a Michelle. Papá es mayor del ejército y se retiró hace cinco años en Florida con mamá. Crecí en campamentos militares por todo Estados Unidos, Alemania Occidental y el Canal de Panamá. Nos trasladaban cada dos años.

—Realmente eres una gitana. Una afortunada. Yo he pasado toda la infancia y adolescencia en el mismo pueblo de Maryland. En cuanto terminé la secundaria, me fui a recorrer el país, para ver lo que me había perdido. Mucho, al parecer.

—Yo creo que el afortunado has sido tú —dijo en voz baja Courtney—. Odio ir de un lado a otro. Cada vez que nos íbamos de un sitio, quedaba destrozada. Nunca sentí que perteneciera a ningún sitio, y me habría gustado. Todavía me gustaría —reconoció.

—¿Es por eso por lo que te atrae tanto Emery Harcourt? Lo que está claro es que no es su atractivo físico. El bueno de Emery proviene de una familia con raíces. Los Harcourt han vivido en la misma tierra de Virginia desde el siglo dieciocho, tierra concedida por el mismísimo rey, hecho que *Sir* Emery se apresuró a informarme anoche. Eso son raíces, desde luego, pero como base de una relación…

—Ni quiero ni necesito consejo sobre relaciones. Mucho menos de alguien que espía para vivir y considera el compromiso una especie de enfermedad —interrumpió indignada Courtney.

—No me apruebas en lo más mínimo, ¿verdad, gitana? Debe de molestarte mucho ponerte al rojo vivo cuando te toco. Mientras el

refinado Emery, con sus raíces ancestrales, te deja impasible. Y no trates de negarlo. No haberte acostado con un hombre con el que llevas años saliendo, es la prueba irrefutable. Si, Dios no lo quiera, tú y yo hubiésemos salido alguna vez, nos habríamos acostado en la primera cita.

Aquel hombre no jugaba limpio. Lo miró furiosa.

—No me dignaré siquiera a responder a ese comentario.

—Muy bien hecho, Courtney. Pareces de tan alta cuna como un Harcourt o un Tremaine —al oír su apellido en sus propios labios, sintió un intenso dolor. Y de todos los sentimientos que detestaba y evitaba, el dolor encabezaba la lista. Era preferible la rabia. Así que Connor optó por ponerse furioso.

También Courtney.

—Nunca he pretendido parecer de noble cuna —dijo ella rechinando los dientes—. Soy hija de militar, criada en una familia de siete niños entre hermanos y hermanastros, donde nunca había suficiente dinero ni suficiente espacio para todos. Me siento orgullosa de mis orígenes, pero tampoco siento vergüenza por querer algo más.

—¿Y crees que lo conseguirás con Emery Harcourt? —arguyo Connor—. El rico de toda la vida, culto, arraigado a la tierra de sus antepasados, Emery. Reconócelo, Courtney. Harcourt no es lo que buscas.

—Tú sí que no lo eres —soltó ella.

—¿Quién ha dicho que yo estoy disponible? No me interesa el puesto de señor Perfecto, ni para ti ni para nadie —respondió con desdén él, como si la idea de que quisiera tener algo con ella fuera ridícula.

Courtney se enfureció de repente. Estaba harta de que él la hostigara, la hiciera blanco de sus sarcasmos y sonriese con arrogancia cuando ella caía en sus trampas verbales.

—¿No lo estás? —dijo para provocarlo—. No trates de hacerme creer que no me deseas, Connor. Además te molesta de veras que yo prefiera un hombre amable y educado como Emery en vez de alguien tan machista como tú —en su fuero interno pidió disculpas al ingenuo de Emery por usarlo de aquella manera. Afortunadamente, él nunca lo sabría.

—No me hagas reír —pero él no reía—. ¿Que prefieres al

amable y educado de Emery? ¡Ja! Da la casualidad de que cuando llegué a la fiesta con Kaufman los vi a los dos sentados a la mesa. Estabas muerta de aburrimiento, gitana. He visto gente en la sala de espera del dentista que la pasa mejor que tú con el hombre de tus sueños.

—Me niego a hablar de ese tema contigo —dijo tajante—. Es más. Me niego a hablar de ningún tema contigo.

Se quedaron callados un buen rato mientras Connor seguía las indicaciones del camino hacia Shadyside Falls. En las afueras del pueblo había un enorme mercado de artículos baratos, una tienda de muebles, unas cuantas gasolineras y un motel más bien decrépito, a unos setecientos metros unos de otros.

Las vías del tren dividían literalmente el pueblo en dos. En la plaza del pueblo, sorprendentemente circular, había un ambiente animado. El banco, el salón de belleza, la barbería, un pequeño hospital y varias tiendas estaban abiertas y llenas de gente. El amplio ventanal del restaurante
Tell's
Inn mostraba el interior atestado.

—Esto no es tan malo como me temía. —Courtney rompió el silencio con el comentario—. Quiero decir, la gente parece normal, el pueblo se parece a cualquier otro.

—Por supuesto. ¿Qué esperabas, un lugar en ruinas como los de las novelas de misterio?

—Teniendo en cuenta que aquí se compran y venden niños, sí. Esperaba algo siniestro —respondió Courtney—. Allí está
Ferrell's
Market —anunció ella—. Según las indicaciones de Nollier, tenemos que doblar a la izquierda en aquella esquina y tomar Maple Street. La casa de la señora Mason es el número 26.

—La casa de la señora Mason en Maple Street. Suena tan común y corriente —comentó Connor.

Courtney no pudo resistir la tentación.

—¿Qué esperabas, la señora Bruja en la calle Sangrienta?

Connor le lanzó una reacia sonrisa de aprecio.

—¿Podríamos establecer un alto el fuego, que empiece ahora, gitana? No creo que debamos llegar a casa de la señora Mason dando la impresión de que somos enemigos irreconciliables.

—Me parece bien. Aunque tal vez no importe mucho. —Courtney hizo una mueca—. Lo único que le interesa a Wilson Nollier es el cheque por el niño. Cuando nos dijo que la asistente social falsificaría el informe sobre la vida doméstica, creí que me atragantaba. Lo que estaba diciendo era que le entregaba el niño a cualquiera que tuviera el dinero para pagárselo, sin importarle su situación familiar o su estado mental… o moral.

Fue una doble revelación que la hizo afirmarse en su deseo de acabar con el negocio de Nollier…

Courtney asintió en silencio lúgubre. Detuvo el coche frente al 26 de Maple Street. La casa de madera blanca era de dos plantas y tenía un enorme porche que recordaba las casas del viejo sur. Los dos se quedaron mirándola fijamente por un instante. Luego Connor le tendió la mano a Courtney.

—Dejemos a un lado nuestras rencillas personales para atrapar a Nollier. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —estrechó la mano que él le ofrecía.

—Espero que se encuentren cómodos aquí —dijo la corpulenta señora Mason mientras acompañaba a Connor y a Courtney por una estrecha escalera y abría la puerta de una de las habitaciones que flanqueaban el largo y oscuro pasillo.

—Ésta es una de las mejores habitaciones, acabamos de arreglarla.

Courtney y Connor entraron y miraron a su alrededor. Aunque el recibidor y el pasillo estaban viejos y destartalados, aquella habitación en particular parecía una habitación de hotel moderno, incluido el aparato de televisión. El cuarto de baño adyacente tenía dos lavabos y un compartimiento de ducha de brillantes azulejos.

No había bañera, advirtió Courtney, pensando que Connor podría haber dormido en ella. Volvió la vista hacia la enorme cama matrimonial, la única de la habitación, con la colcha a juego con el papel de la pared. No se atrevió a mirar a Connor.

—Bienvenidos a su hogar temporal —continuó alegre la señora Mason—. Si necesitan algo, no tienen más que decírmelo. Me gusta que mis jóvenes padres se sientan cómodos y relajados, y si hace falta echar una mano con el pequeño, estaré encantada. He criado cinco hijos, así que no me asusto fácilmente. El señor Nollier me dijo que el niño estará aquí en una hora. Deben de estar

emocionados.

A Courtney se le abrió la boca. El problema de la cama quedó relegado a un segundo plano de inmediato.

—¿El niño? —Logró decir.

—¿Qué niño? —preguntó Connor.

—¿Cuál va a ser? El suyo, su nuevo hijo, por supuesto —exclamó la señora Mason. Abrió una puerta que Courtney había creído que era un armario empotrado. No lo era—. Aquí está la habitación del bebé, comunicada con la de ustedes —la habitación era pequeña, la cuna y una mesa para cambiar los pañales, la ocupaban casi por completo.

Por un instante, Courtney y Connor se quedaron sin habla. Al final, Courtney dijo:

—¿El niño llega hoy? ¿En una hora?

La señora Mason asintió.

—Me imagino que su esposo y usted querrán ir a la farmacia a comprar pañales y leche, y algo de ropa, por supuesto. No es que un recién nacido necesite mucha…

—Wilson Nollier nos dijo que nos quedáramos aquí a esperar al niño. —Connor interrumpió lo que prometía ser una perorata—. No nos dijo que llegaría hoy mismo.

Todavía no podía creerlo. Según sus investigaciones sobre la adopción, los niños eran difíciles de encontrar, las parejas esperaban años para encontrar uno. Sin embargo, Courtney y él acababan de pedirlo, por decirlo de alguna forma, tan sólo unas horas antes, y la entrega iba a ser en seguida. Por la expresión perpleja de Courtney, era evidente que se sentía igualmente confusa.

—Los niños llegan cuando ellos quieren —la señora Mason se rió entre dientes—. Ahora, vayan a comprar esas cosas. Antes que estén de vuelta, habré puesto las sábanas en la cama y en la cuna.

Courtney parecía haber echado raíces en el suelo.

—¿Hay… algún teléfono? Me parece que debemos llamar al señor Nollier y hablar con él de esto.

—El llegará pronto. Es quien trae al bebé… que va a necesitar leche y pañales —añadió con cierta impaciencia la señora Mason.

Courtney se pasó la mano por el pelo. Buscó la mirada de Connor. El parecía sentirse exactamente igual que ella.

—Había olvidado decirles que era una niña —la señora se rió de sí misma—. Qué cabeza la mía. Pues sí, es una niña. Una encantadora niña —tomó a Courtney de un brazo y a Connor del otro y empezó a caminar con la atónita pareja hacia abajo—. De tres días y perfectamente sana, según me ha dicho el señor Nollier. Qué familia más hermosa van a formar.

Capítulo 6

—Una hermosa familia —repitió Connor por tercera vez mientras volvían al centro del pueblo, a la farmacia—. Tú, yo y la niña —parecía aturdido.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Courtney. Trataba de no dejarse dominar por el pánico, pero no estaba teniendo mucho éxito—. Connor, no tenemos la menor prueba que incrimine a Nollier, excepto aquello de que la asistente social arreglaría lo del informe doméstico, y siempre podría alegar que era un comentario inocente, jerga.

—Lo sé, lo sé. —Connor trató de mantener la calma. No era fácil —. Se suponía que íbamos a pasar un tiempo aquí, atentos para reunir alguna prueba. En cambio, llevamos diez minutos en el pueblo y nos disponemos a comprar pañales.

—El plan era grabar el momento en que Nollier nos pidiese el dinero, y lo único que hemos conseguido es que nos entreguen una niña —Courtney levantó la voz. —Connor, ni siquiera estamos casados.

—Trata de no alterarte. Si perdemos la calma, estamos acabados —dijo Connor con más sensatez que convicción. Lo cierto era que él había perdido la calma en el mismo instante en que la alegre señora Mason les informó que Courtney y él iban a ser padres—. Tomémonos unos minutos para pensar con claridad.

—Lo único que sé es que desconozco qué leche comprar —gimió Courtney—. Puedo cuidar de un niño, pero no tengo la menor idea sobre leches y biberones. Mi hermanastra mayor, Cathy, tiene tres

hijos, y mis dos hermanos tienen dos cada uno, pero las tres madres le dieron el pecho a los niños, por lo que nunca he lidiado con biberones y leches infantiles. Connor, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a hacer lo que pensábamos… sólo que un poco antes —dijo Connor con súbita convicción—. Cuando Nollier llegue con la niña, nos pedirá el dinero, ¿no? Cuando nos diga la cantidad, le diremos que no la tenemos. Haremos que hable, que admita que no nos dará a la niña porque no podemos afrontar el gasto. Eso es tráfico de niños, gitana. Suficiente prueba.

Detuvo el coche en el estacionamiento de la farmacia.

—Si no vamos a darle el dinero a Nollier; se llevará a la niña —dijo Courtney lúgubre—. No tenemos necesidad de comprar nada aquí.

—Pero no podemos volver a la casa con las manos vacías. La señora Mason sospecharía. Después de todo, se supone que no sabemos que no podremos pagar por la criatura. Guardaremos las facturas y devolveremos todo mañana.

Entraron en la sección de niños y con la ayuda de un empleado, compraron varias latas de leche materna, unos cuantos biberones, pañales, camisetas, y un par de conjuntos de punto. Siguiendo un impulsó, Courtney, metió en el carrito un vestido rosa y unas botitas de punto a juego.

—Quiero que lo conserve —dijo, mirando fijamente la delicada prenda— con expresión preocupada. —Nollier puede dárselo a la persona a quien se la venda.

La sola idea hacía que se le helara la sangre. Una cosa era hablar del tráfico de niños en abstracto, y otra muy distinta estar dispuesta a comprar uno.

—Connor, ¿crees que Nollier venderá a la niña a gente que pueda maltratarla y hacerle daño? —susurró ella—. Sería responsabilidad nuestra si le devolvemos a la niña a Nollier en vez de…

—¿Comprarla? —dijo en voz muy baja Connor—. ¿Adoptarla? Courtney, eso no es posible, por el amor de Dios. Como bien has dicho, no estamos casados. ¡No podemos conservar a la niña!

—Entonces paguémosle su precio y se la damos a Mark y a Marianne —gritó Courtney—. Por favor, Connor. Podemos…

—Tranquilízate, Courtney. Si compramos a la niña, estamos

cometiendo el mismo delito que pretendemos investigar —se sacó el pañuelo del bolsillo de los pantalones y se secó la frente sudorosa—. Vaya socia que has resultado ser. Te derrumbas al menor problema.

Ella se mordió el labio.

—Lo siento —murmuró—. Tienes razón.

Parecía tan triste, que Connor, por lo general insensible, se acercó a ella. Colocó su mano sobre la de ella mientras empujaba el carrito.

—Para evitar que Nollier ponga a los niños en manos del mejor postor, es para lo que estamos aquí, Courtney. No te preocupes, nos ocuparemos de que la niña no caiga en manos desaprensivas.

—No trates de apaciguarme —dijo ella, sacando la mano de debajo de la de él—. Sabes tan bien como yo que nunca sabremos lo que le sucederá a la niña cuando Nollier se la lleve. No podemos evitar que se la venda a quien quiera.

—No me eches la bronca. —Connor estaba molesto. Para una vez que trataba de ser amable en vez de sarcástico ella le salía con aquello—. Sólo trataba de ser…

—Tomándote a la ligera el destino de la niña. Desmarcándote de ella y tratando de que yo haga lo mismo. Pues bien, no lo haré, Connor McKay. A diferencia de ti, no me asusta comprometerme y cumplir mis compromisos. Y vamos…

—Somos los próximos —la interrumpió él, sintiéndose inmerecidamente mal interpretado—. Empieza a descargar el carrito.

No hablaron mientras estuvieron en la fila, ni cuando se dirigieron al coche con las compras. Ni hablaron hasta que estuvieron de vuelta en la habitación, rodeados por el equipaje y los paquetes.

—Desabróchate la blusa —le ordenó Connor.

A ella el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué? —De pronto era plenamente consciente de que estaban los dos solos… en un dormitorio. Y de que ella no lo conocía prácticamente de nada.

Connor la miró a los ojos y vio la expresión de ansiedad.

—Vamos, no voy a violarte —dejó escapar una expresión de repugnancia—. Quiero instalarte un micrófono… para el encuentro con Nollier. ¿Recuerdas la visita de Wilson Nollier? Es por eso por

lo que estamos aquí.

—No hace falta tu sarcasmo, gracias —hizo un gesto de desprecio—. La violencia es tan insidiosa hoy día, que las mujeres no podemos evitar estas paranoias. Además, ¿por qué no llevas encima el micrófono tú?

—Porque tendrás que ponérmelo tú, y no confío en que sepas hacerlo. Además, el esparadrapo se adhiere a los pelos del pecho y es un suplicio despegarlo. Puedo fijar el micrófono en tu sujetador —añadió él, entrecerrando los ojos—. Llevarás uno, ¿no? Cualquiera lo sabe con esa chaqueta antibalas que llevas.

Courtney farfulló algo entre dientes.

Connor se puso manos a la obra. Empezó a desabrocharle el botón de la blusa con la destreza de quien lo había hecho muchas veces.

—¡Quieto! —Courtney le dio en las manos—. Me niego a dejarte…

—Tranquilízate, gitana —Connor sonrió de aquella forma cáustica que ella detestaba. —No pretendo seducirte. Te aseguro que la visión de tu sujetador no me va a hacer perder la cabeza. Sólo quiero colocar el micrófono, así que quédate quieta.

A Courtney le ardieron las mejillas. El le rozó con los dedos la suave piel del pecho cuando tomó la copa del sostén para fijar el micrófono. Ella sintió que se le endurecían los pezones. Si él movía hacia abajo un centímetro la punta del dedo, le tocaría la sensitiva areola.

Connor tampoco estaba tan impasible como pretendía. La piel de la chica era al contacto, suave como el sostén, y encima tenía que mirarla para poder colocar el micrófono. Lo que vio fue un sujetador de encaje rosa, y no pudo menos que preguntarse si llevaría braguitas a juego, unas minúsculas, de las que con sólo verlas los hombres perdían la cabeza. Dentro del sostén había unos pechos plenos y rotundos de piel nívea, que eran a la vez suaves y firmes, y tan tentadores, que él sintió una punzada de deseo, fuerte y profunda.

Se le aceleró la respiración y se le cayó el adminículo de las manos. Cayó dentro de la copa y al tomarlo, le rozó el pezón para recuperarlo. Courtney dio un respingo. El breve roce envió una sensación electrificante a sus partes más recónditas.

Connor sintió la inmediata respuesta en la ingle. No podía evitarlo, tenía que tocarla de nuevo. A propósito, dejó caer de nuevo la pieza, luego metió los dedos en misión exploratoria.

Courtney contuvo el aliento. Una sensación creciente se abría paso en su interior mientras él movía la mano. El acarició el pezón, que se le había endurecido y sensibilizado. Ella nunca sintió nada tan intenso como lo que surgía en su interior a medida que la acariciaba con la mano.

Connor se olvidó del micrófono. En reunir alguna prueba era en lo último que pensaba cuando el seductor aroma de ella le llenaba la nariz. Le temblaban los dedos de placer anticipado cuando desabrochó el cierre frontal del sujetador, pero estaba demasiado excitado para preocuparse por su falta de laconismo habitual. El sostén cayó, y cuando él rodeó los dos senos con las manos, Courtney y Connor suspiraron.

—Oh, Dios, gitana —susurró él, rozándole las sienes con los labios—. Eres tan suave, tan dulce —deslizó las manos hasta la cintura y condujo a Courtney hacia la cama, que estaba a escasos centímetros.

La acostó y se colocó junto a ella de forma que quedaron cara a cara.

El cambió de posición, hizo que aflorase la sensualidad de Courtney.

—Connor —murmuró, estremeciéndose cuando él le recorrió la curva del cuello con la boca.

Connor volvió a dedicarse a los senos, haciéndola sentir un deseo que ella nunca experimentó antes.

—No podemos —susurró ella con un gemido. Pero como si tuviesen voluntad propia, sus manos subieron por los brazos de Connor hasta los hombros. Le acarició los suaves y flexibles músculos. De pronto, la camiseta de algodón que él llevaba se convirtió en un obstáculo frustrante—. No debemos —se corrigió, sin aliento.

—Lo sé —respondió Connor, tenía la boca abierta y ardiente sobre la de ella—. Lo sé.

Le metió la lengua en la boca, sin preámbulos, demasiado ávido para detenerse en los juegos preliminares de costumbre. El deseo, urgente y fuerte, le tensó el cuerpo.

Courtney se fundió, acomodando la suavidad de su cuerpo a los duros planos del de él. Con un gemido sensual, Connor ahondó el beso, exigiendo y recibiendo una apasionada respuesta íntima que ella le dio gustosa y sin reservas.

Todos los sentidos de la joven giraban a un ritmo vertiginoso, su cuerpo buscando el de él. Explotó el deseo contenido durante los besos iniciales, acabando con las inhibiciones y su resistencia. Courtney se aferró a él. Aturdida por el desconocido pero irresistible placer que crecía en su interior, quería más y más.

A Connor se le aceleró la respiración. Sus manos se movían por el cuerpo de ella, reconociendo sus formas, las curvas y recovecos femeninos ocultos por el traje, que él quería quitarle para poder sentir el sabor de su piel desnuda.

Le pareció que iba a enloquecer. Nunca antes se sintió así, ni siquiera en la adolescencia. Supo vagamente que si se hallase en pleno dominio de sí mismo, se alejaría del poder que esa mujer ejercía sobre él. Estaba acostumbrado a ser el amo de sus pasiones, nunca perdía la cabeza; sin embargo, eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

Pero nada de eso parecía importarle en aquel momento.

Abrazando a Courtney, Connor la acostó de espaldas y se colocó encima. Ella disfrutó del excitante peso de él y lo rodeó con sus brazos, moviéndose sensual debajo.

—Dije que no iba a seducirte —dijo con voz ronca, la cabeza dándole vueltas, como si hubiese tomado demasiado alcohol—. Pero, nena, creo que eres tú la que me seduce.

Deslizó una pierna entre las de ella, subiéndole así la breve falda hasta las caderas. Le acarició la larga y sedosa piel de las piernas. Courtney se quitó uno de los zapatos. Arqueó el cuerpo hacia él, y sintió su virilidad que ejercía presión contra ella. Aquello no podía suceder, pensó confundida. Era demasiado pronto, demasiado pronto…

«Nunca te dejes atrapar por un hombre que no te conviene». Las palabras de Michelle afloraron a su mente pero fueron barridas por las olas de sensualidad en las que ella se movía. Cuando Connor le buscó la boca para otro beso largo y profundo, ella cerró extasiada los ojos y se entregó al primitivo placer.

Pasaron varios segundos antes que la llamada a la puerta se

abriese paso en sus mentes. Después, aturdidos, se separaron y se sentaron, mirándose fijamente a través de los párpados entrecerrados.

—El señor Nollier está aquí con la niña —anunció la señora Mason al otro lado de la puerta cerrada—. Los espera abajo.

Connor aspiró brusco. Courtney se cubrió el pecho con las manos. ¡La niña!

—Bajamos en seguida —dijo Connor. Tenía la voz ronca y gruesa y el sensual sonido hizo que Courtney se estremeciera.

El apremiante anuncio de la señora Mason pasó a un segundo plano. Estaba llena de Connor. Fue tan tierno, la deseaba tanto. Ella nunca respondió a un hombre con tal pasión. Todavía sentía el cuerpo pesado y lánguida y deliciosamente sensual.

A pesar del momento y los cruciales acontecimientos que se avecinaban, se moría por una caricia de él. Aunque una sonrisa o una palabra habría sido suficiente, para dejarle saber que lo que había pasado entre ellos significaba algo para él.

Connor se levantó, y se arregló la ropa.

—Tenemos que bajar —dijo inexpresivo, dirigiéndose hacia la puerta. No se volvió a mirarla. No creía ser capaz de salir si le veía los labios hinchados por los besos o los senos desnudos.

Courtney se ruborizó y trató de no parecer herida por el poco interés de él. Mientras se abrochaba con dedos temblorosos el cierre del sostén, se acordó del micrófono.

—¿Y el micrófono? —murmuró.

Connor dejó escapar un gemido de impaciencia.

—¿Puedes ponértelo tú sola?

—No, no sé cómo se pone. Ni estoy acostumbrada a micrófonos y grabadoras ocultos.

Connor no dijo nada mientras le aseguraba la pinza del micrófono al sujetador, y en seguida se apartó de ella y se fue a preparar el equipo de grabación. Los dos evitaron mirarse a los ojos.

—Te espero afuera —le indicó Connor. Tenía que alejarse de ella o volvería a tomarla entre sus brazos.

Courtney terminó de abrocharse la blusa, se miró un instante al espejo y se pasó el cepillo por el pelo. Tenía las mejillas del mismo color de la blusa, los labios sensibles e hinchados, sin rastro de carmín. Se tocó los labios con la punta de los dedos, recordando la

sensación de los labios de Connor, de su lengua…

Salió de la habitación, decidida a olvidarse del asunto con la misma facilidad y rotundidad con que Connor lo hizo.

Entraron en la soleada sala de la casa, donde la señora Mason contemplaba el envoltorio rosa y blanco que Wilson Nollier tenía en brazos.

—Connor, Courtney —los saludó el abogado con su excesiva cordialidad de costumbre—. Aquí está. Su hija —radiante, colocó el bebé dormido en brazos de Courtney.

Courtney se quedó mirando a la minúscula criatura, que tenía un mechón de pelo oscuro y lacio. El pequeño puño estaba aferrado al borde de la manta.

—Qué bonita es —susurró.

Contempló extasiada al bebé que tenía en brazos, bebiéndose cada gesto y cada rasgo infantil, la boca en capullo, las pequeñas cejas perfectamente delineadas, la delicada curva de la orejita.

—¡Es preciosa!

—Y es tu hija —dijo con voz meliflua Wilson Nollier. Le pasó el brazo a la señora Mason por los hombros—. Ver una madre que se reúne por primera vez con su hijo es uno de los espectáculos más hermosos del mundo, ¿verdad, June?

La mujer se secó los ojos con el pañuelo.

—Y una no se cansa nunca de verlo.

Connor sintió náusea. La hipocresía de aquellos dos lo enfurecía. Sabía perfectamente que el espectáculo más maravilloso del mundo para Nollier era el cheque que esperaban recibir. Y estaba seguro de que la señora Mason no se cansaba de recibir su comisión, fuese cual fuese el papel que desempeñara en aquel asqueroso negocio. ¿Y si Courtney y él fueran realmente una joven pareja ansiosa por tener un hijo? Aunque le hubiese entregado la niña a la madre, Nollier no dudaría en arrancársela de los brazos si no recibía lo que esperaba a cambió. ¿Qué cursilerías tendría reservadas para la ocasión?, se preguntó cínicamente Connor.

—¡Connor, mira. Abre los ojos! —exclamó excitada Courtney—. Son azules —miraba fascinada a la niña. Courtney tuvo una inspiración—. ¡Sarah! —dijo con voz suave.

Recordó aquella mañana de Navidad cuando encontró bajo el árbol a Sarah, una muñeca de tamaño real con ojos azules y pelo

oscuro. La primera Navidad después de que su madre se casó con John Carey, y todavía podía recordar la calidez y seguridad que sintió aquel día. Tenía cuatro años, y todos sus deseos se habían hecho realidad: tenía un padre y la muñeca que quería. Sarah pronto se convirtió en su posesión más preciada. Todavía la conservaba sobre el armario de su cuarto.

Sonriendo, Courtney miró los despiertos ojos azules de su nueva Sarah. Sintió el mismo lazo mágico de destinos unidos para siempre que sintió aquella mañana. La niña la miraba con expresión inocente y confiada, y en aquel momento tuvo la certeza de que nunca devolvería aquella niña a Wilson Nollier.

Connor no podía apartar la mirada de Courtney y de la niña. Era tan natural verlas juntas. Si hasta tenían el mismo color de pelo. Courtney había dicho que tenía sobrinos y sobrinas, y era evidente que algo sabía de niños. Estaba cómoda con un niño en brazos.

¿Cómoda?, dijo una voz en su interior. Era mucho más que eso. Estaba hermosa, la mirada tierna, la sonrisa cálida como si se hubiese establecido un misterioso vínculo entre el bebé y ella.

—La señora Mason me dijo que habían llegado, Connor —la voz de Wilson Nollier rompió el silencio que había llenado la habitación —. ¿Tienen todo lo que necesitan?

El maldito parecía solícito, pensó Connor, y sintió una oleada de furia. Decidió que no soportaba ni un minuto más la meliflua actitud de Nollier. Era hora de poner fin a aquello, de atrapar a Nollier de una vez por todas.

—No nos diste un precio esta tarde en el despacho —dijo Connor, acercándose a Courtney, deseando que Nollier se acercase también. Necesitaban que quedara al alcance del micrófono para que se grabara claramente—. Por supuesto, no esperamos… conseguir un bebé tan pronto y…

—Connor, por favor, no hablemos de eso ahora —le interrumpió Courtney, mirándolo suplicante. Sintió miedo y estrechó a la niña más entre sus brazos.

Nollier sonrió.

—Estoy de acuerdo con tu esposa, Connor. No es el momento para hablar de dinero. Toma a tu hija. ¡Conócela!

Hunde más el anzuelo, tradujo Connor con amargura. Conoce a la niña para que el dinero no sea un obstáculo cuando quieras

conservarla. ¿Conque ésa era la forma sutil con que aquel traficante de niños manipulaba los sentimientos, las mentes y los bolsillos de sus desamparados clientes? Mentalmente dirigió a Nollier todos los epítetos insultantes que le vinieron a la mente.

—Me gusta pagar mis deudas cuanto antes —dijo Connor, esperando que no se trasluciese el asco que le producía el abogado —. ¿Cuánto le debemos, señor Nollier?

—Voy a la cocina a preparar un poco de café —dijo en seguida la señora Mason—. También tengo un bizcocho de coco hecho en casa, una receta familiar —la mujer salió apresurada de la habitación.

A Connor le pareció muy apropiada su parte en los procedimientos. Café y bizcocho era un toque muy hogareño para un negocio tan impersonal como el tráfico de niños.

—Aquí tengo la factura del hospital de la madre. —Nollier metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un impreso—. Es decir, el recibo. La factura ha sido completamente pagada por mi empresa —le entregó el papel a Connor—. El cliente nos lo reembolsa.

Connor se quedó mirándolo fijamente. La factura estaba a nombre de Shadyside Falls Hospital, y parecía legítima, una detallada relación de tres días de hospitalización, que incluía la habitación, los honorarios médicos, comida y calmantes. El precio era alto, pero no desorbitado. En realidad, sabía de algunos hospitales de Washington que eran sustanciosamente más caros.

—¿Puedes pagarlo, Connor? —preguntó Nollier. La preocupación en su voz parecía sorprendentemente sincera—. No tienes que pagarlo todo de una vez, ya sabes, se puede repartir en mensualidades. Y si no pueden afrontar esto, pagaran sólo lo que sea sin arriesgar su situación económica personal.

Connor estaba seguro de que no había oído bien. No podía ser. Pagar la factura del hospital de la madre era perfectamente legal en una adopción particular, y aquella factura no había sido hinchada de ninguna forma.

Miró a Courtney, que miraba fijamente a Nollier, reflejando en su cara lo confundida que se sentía.

—¿Y sus honorarios… y las costas legales? —preguntó ella, con miedo. Ya estaba. Unos honorarios astronómicos que Connor no

podría pagar. Entonces Nollier reclamaría que le devolvieran a Sarah y…

Wilson Nollier sonrió, mostrando su pareja dentadura.

—Renuncio a mis honorarios, Courtney, y eso incluye las costas legales. Mi empresa puede absorberlas. Ella estaba desconcertada.

—Pero… ¿porqué? Nollier sonrió más ampliamente.

—Connor y tú son una joven pareja generosa que quiere compartir su vida con un niño. Esta pequeña necesita un hogar. La mujer que le dio vida es estudiante universitaria, de veintiún años y soltera. Desgraciadamente el padre de la niña, profesor de la misma universidad, ya está casado y terminó con la relación en cuanto supo lo del embarazo. La madre es una joven inteligente y responsable que desea lo mejor para su hija. Yo creo que Connor y tú lo son lo mejor. Es un placer para mí reunirlos a los tres. El dinero es irrelevante.

Parecía tan sincero. Lo que había dicho era hermoso. Courtney sintió ganas de llorar. ¿Se habrían equivocado Connor y ella al juzgar a Wilson Nollier?

«Espero que hayamos grabado esta enternecedora conversación», pensó irritado Connor, mientras una cínica sonrisa le curvaba los labios. Era evidente, que de alguna forma, Wilson Nollier se enteró de sus planes para atraparlo. En cambio, los había atrapado él a ellos, dejando un mensaje no sólo nada inculpatorio, sino incluso inspirado, en la cinta. Qué maquinador más hábil y cuánta sangre fría. Connor llegó a la conclusión de que si no lo despreciara tanto, habría admirado el aplomo del abogado.

No tenía nada que perder, así que buscaría un resquicio. Tal vez pudiese enojar a Nollier yendo más lejos.

—Usted no es conocido en este negocio por su generosidad, señor Nollier. Dígame la verdadera razón por la que de repente se ha vuelto tan altruista.

Courtney estrechó a la niña contra su pecho.

—Si me excusan —dijo con voz ansiosa, deseando alejarse del enfrentamiento que sabía se avecinaba—. Me gustaría ir arriba con la niña.

Creía que Nollier se lo iba a impedir, a exigirle que no se alejase dé allí con la niña. Pero fue Connor quien la frenó con la mano. —Quédate, Courtney— le ordenó.

—Déjala ir —intervino Wilson Nollier—. ¿No confías en mí, Connor? Muy astuto de tu parte. Yo también sería escéptico en las mismas circunstancias.

Connor le espetó.

—¿A qué juega, Nollier?

—Courtney, querida, vete. Toma a la niña y vete a tu habitación, si quieres —dijo Nollier, despidiéndola con un gesto como si fuese una niña a la que mandaba a jugar.

Courtney se sintió demasiado agradecida de poder salir con Sarah para oponerse. Se apresuró a salir de la habitación, con la niña en brazos. Estaba a punto de subir, cuando cambió de opinión y decidió quedarse en la penumbra del recibidor, mirando directamente al interior del salón. Se lo debía a Connor, a Sarah. Sería mejor que hubiese dos testigos de lo que pudiera decir Nollier.

Solos en la sala Connor miró fríamente al abogado. Sospechaba que Nollier había adivinado que Courtney llevaba un micrófono, de allí su deseo de que ella se fuera. Pero ¿por qué se había ido Courtney? ¿De qué lado estaba ella?

—De acuerdo, Nollier. Courtney ya no está aquí. ¿Va a sincerarse conmigo? —Lo más probable era que la sabandija se riese de su plan de aficionado excesivamente confiado.

Pero Wilson Nollier no se rió, en su cara había una expresión de aprobación.

—No eres nada tonto ni ingenuo, Connor —le dijo, en tono de aprobación también—. ¿Pero qué podía esperarse del hijo de Richard Tremaine? Eres tan listo como el resto de los Tremaine.

Capítulo 7

En el recibidor, Courtney se quedó rígida y estupefacta. ¿Richard Tremaine era el padre de Connor?, se acercó más al umbral, deseando verle la cara a Connor. ¿Era cierto? ¿Lo sabía él?

—Connor, tu verdadero padre es Richard Tremaine —dijo Wilson Nollier sereno—. Pensé que se te debía haber dicho la verdad hace años, pero puesto que no se hizo, siento que te la debo decir yo ahora.

Courtney recordó la expresión tensa de Connor cuando en el club le señaló a Richard Tremaine. De pronto tuvo la certeza de que entonces ya Connor sabía del verdadero parentesco.

Connor lo confirmó.

—He sabido que Richard Tremaine es mi padre desde que cumplí trece años. Mi padre adoptivo me contó toda la historia de mis orígenes.

—¿Te lo dijo? —Nollier frunció el entrecejo—. ¿Quieres decir que lo has sabido durante todos estos años?

Connor se encogió de hombros.

—Desde luego.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo McKay? —Trató de saber Nollier—. Ese hombre nunca me inspiró confianza. Dennis McKay era demasiado amable, demasiado deseoso de agradar. Lo que el instinto me decía era que ese McKay guardaba muchos sentimientos hostiles que podían terminar perjudicando tanto a ti como a tu madre. Traté de convencer a Richard.

—¡Vamos, Nollier! —Connor se rió sinceramente. La idea de

Wilson Nollier aconsejando a Richard Tremaine que no pagase a los McKay por hacerse cargo del hijo que él no deseaba, le pareció demasiado absurda. Nollier indudablemente medió en el trato, recibiendo una generosa retribución por su trabajo. ¿Pero quién habría imaginado que Nollier relacionase su nombre con aquella vieja transacción?, se lamentó Connor. Después de todo, habían pasado treinta y cuatro años, además de innumerables casos. ¡La memoria de Nollier era fuera de serie!

—Connor, eres el hijo de uno de mis amigos más antiguos. He sabido de tu existencia desde el mismo día que naciste… incluso antes. Nunca olvidaré la noche en que Richard vino a decirme que tu madre estaba embarazada. —Nollier sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se secó la frente.

—Debió ser toda una noche —dijo Connor sarcástico.

—Vaya si lo fue. —Nollier dio un hondo suspiro—. Pero le perdí el rastro con el paso de los años. Ni siquiera sabía que te habías casado. Cuando mi secretaria me dio tu nombre para fijar una cita, lo reconocí de inmediato. ¿Por qué crees que accedí a recibirte en seguida? Esta tarde, cuando entraste con tu esposa en mi despacho, ¡se me estremeció el alma! Eres tan parecido a tu padre a tu edad. Y tu parecido con el joven Tyler, tu medio hermano, es inconfundible. Diferente color de pelo, pero los mismos rasgos.

Courtney cambió de sitio para poder ver mejor. Vio a Connor, que se dejaba caer en el mullido sofá, la mirada atormentada. La niña emitió un minúsculo gemido, y cuando la miró, vio que la contemplaba fijamente, como tratando de averiguar lo que iba a pasar.

Courtney apoyó los labios en la frente de Sara. Pensó en la joven que dio a luz a aquella niña, que creería que su hija se criaría querida en un hogar seguro. «Así será», prometió en silencio Courtney a la desconocida madre. «Ahora yo soy la madre de Sarah, y siempre la querré y la protegeré».

En el salón, Connor miraba severo a Nollier.

—No sé por qué, pero le creo —tenía muchas preguntas que hacer, sobre Richard Tremaine, sobre su madre natural. ¿Era realmente la mujerzuela amoral e insensible que Dennis McKay insinuó que era?

—No hay ninguna razón para que te mienta —dijo despacio

Nollier. Miró su reloj de pulsera, un Rolex tachonado de diamantes —. Si alguna vez quieres conocer toda la historia de tu padre y tu madre que sospecho es bastante distinta a la versión que McKay te dio, me encantará contarte todo lo que sé. Pero, desgraciadamente, tengo que volver a la ciudad para otra cita. Dile a la señora Mason que siento perderme su maravilloso bizcocho.

—Nollier, ¿por qué me ha dicho todo esto? —quiso saber Connor, impidiéndole salir.

—Porque querías saber por qué estaba dispuesto a pagar la factura de la adopción —dijo Nollier—. Eres el hijo de Richard, y siempre pensé que recibiste un trato desventajoso en la vida. Cuando tu mujer me dijo los problemas que han pasado para tener un niño, luego para intentar adoptarlo, resolví ayudarlos como pudiera. No quería que tuvieran que esperar ni un día más por el niño, quería que tuviesen un final feliz de inmediato. Ya está. Tienes una esposa encantadora y una niña saludable.

Le dio una palmadita en el hombro a Connor.

—¿Por qué no me dejas hacer algo más y disponer un encuentro con tu padre? Tu verdadero padre, Richard Tremaine. Es hora de que se conozcan. Sé lo mucho que le gustaría.

—No. —Connor negó con la cabeza—. En absoluto.

Nollier suspiró.

—Te pareces más a él de lo que crees. Cauto, controlado, dispuesto a esperar… hasta que el momento oportuno haya pasado. Pero es tu decisión, Connor. No voy a insistir… por ahora. Sobre la niña…

Courtney entró en el salón, la niña en brazos. No dejaría que Connor entregara a Sarah de nuevo al abogado, ni siquiera aunque el plan hubiese fracasado.

—Aquí está la encantadora Courtney —dijo en tono amable Nollier cuando ella entró—. Estaba ya a punto de decirle a tu marido que será necesario que se queden un par de semanas en Shadyside Falis hasta que se formalice la adopción.

—¿Por qué? —preguntó Connor.

—Para poder cumplir una antigua exigencia dé residencia en el estado —Nollier levantó la mirada al cielo. —Tengo gente muy competente trabajando para mí, y han logrado reducir los plazos exigidos por los tenaces burócratas…

—¿Cómo lo ha conseguido? —le interrumpió Connor—. ¿Sobornando?

Nollier sonrió.

—Tienes el mismo sentido del humor que tu padre, por lo que veo. Continúo —siguió en tono amable—, no hemos podido persuadir a los colegas de la oficina de servicios humanos que eliminen el requisito de residencia, aunque al menos lo han reducido notablemente. Mi opinión es que a esas personas en particular, oriundos de Shadyside Falls, les gustan los ingresos que los padres adoptivos dejan en el pueblo durante su estancia aquí.

—Apostaría por eso —murmuró Connor, preguntándose cuántos más en el pueblo tendrían rentables alojamientos como la señora Mason.

Nollier se encogió de hombros.

—Sin embargo, nuestras parejas no encuentran la espera difícil de soportar. Se pasan un par de semanas de descanso aquí y se marchan con su hijo, adoptado legalmente y para siempre.

La señora Mason entró en el salón llevando una bandeja de plata con tazas de café y gruesas porciones de bizcocho.

—Lo siento mucho. Tengo que irme. —Wilson Nollier tomó el maletín y salió de la habitación antes de que nadie pudiera decir nada.

—Siempre corriendo —se quejó, reprobadora, la señora Masón —. ¿Por qué no se sientan y…?

La niña se despertó y emitió un breve, pero inconfundible gemido.

—Debe de estar mojada o hambrienta —dijo en seguida Courtney—. O tal vez ambas cosas. Iré arriba —desapareció de la habitación casi más de prisa que Wilson Nollier.

—Para ser sincero con usted, señora Mason, no podría comer nada ni aunque me fuera la vida en ello. —Connor fue el siguiente en abandonar la habitación.

La señora Mason lo vio marcharse, luego se encogió de hombros, se sentó y clavó el tenedor en un trozo de bizcocho.

Connor contempló a Courtney mientras le cambiaba el pañal a la niña, luego sentarse en la cama y darle el biberón.

—No vamos a quedarnos, gitana. En cuanto la niña haya comido se la entregaremos a la señora Mason. Hemos perdido la ocasión de

atrapar a Nollier, al menos en este caso en particular, así que no hay razón para que nos quedemos aquí.

—Yo me quedo —le contestó Courtney—. Quiero adoptar legalmente a Sarah.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Connor incrédulo—. No puedes adoptar a un niño.

—¿Por qué? Mucha gente soltera lo hace. Tengo suficiente dinero como para pagar a Nollier los gastos del hospital, y tengo un trabajo para mantener a Sarah. Espero llegar a ser una buena madre para mi Sarah —miró a la niña que chupaba con fruición. La invadió una oleada de ternura maternal.

—¿Tu Sarah? ¡Realmente te has vuelto loca, Courtney! ¿Te has olvidado a qué vinimos aquí? Vinimos…

—No he olvidado nada. El documento se hará. La verdad es que no tenemos nada que podamos usar para acusar a Wilson Nollier, pero da lo mismo.

—¿Y qué me dices de tu hermano y tu cuñada? —dijo insidioso Connor—. ¿Cómo van a sentirse cuando vuelvas a Washington con la niña adoptada? Llevan años intentando inútilmente adoptar uno y tú lo encuentras de un día para otro.

Courtney dio un respingo. El ponía el dedo en la llaga. Trató de pensar con la cabeza, no con el corazón.

—No es que Nollier hubiese permitido que Mark y Marianne la adoptasen. Sabes que la única razón porque nos ha dado a Sarah es porque eres… —se calló de pronto.

—¿Soy qué? —quiso saber Connor.

Courtney suspiró.

—Más vale que lo admita. Estuve todo el tiempo escuchando a escondidas, Connor. Sé que eres hijo de Richard Tremaine.

—Genial. —Connor se hundió en la cama junto a ella. Apoyando los codos en las rodillas, sostuvo la cabeza entre las manos.

—No te preocupes. Prometo que no diré nada a nadie.

—Ya me da lo mismo que salgas corriendo y lo publiques a los cuatro vientos. —Connor hizo una mueca—. Pero no quería que nadie más supiese… —Se detuvo a media frase.

—Éste es uno de esos dramáticos momentos de la verdad —dijo despacio Courtney—. De pronto has entendido el dolor y vergüenza que tu trabajo ha arrojado en la vida de otros. Es lo que puede

sucederle a ti y a los Tremaine si algún entrometido oportunista se entera de la verdad.

Le faltaba el aire, como si alguien le hubiese dado una patada en la boca del estómago. Pero reconocer su vulnerabilidad, especialmente delante de una mujer, de ella, le era imposible. Se levantó y empezó a jactarse.

—¿Qué más me da que un cretino como Kaufman descubra que soy un Tremaine —era una forma suave de llamarse bastardo— ilegítimo? Realmente me beneficiaría. Piensa en todas esas atractivas caza fortunas persiguiéndome, tratando de atrapar una tajada de la fortuna Tremaine. En cuanto a Richard Tremaine y sus hijos, pues…

—Connor, te puedes ahorrar la representación de tipo duro —lo interrumpió en tono cortante Courtney—. No me lo creo. Te importa mucho. Si hubieras querido avergonzar a los Tremaine, lo habrías hecho años atrás. Tampoco quieres ese tipo de fama.

Se colocó a Sarah en el hombro y le dio ligeras palmaditas en la espalda hasta que la niña soltó un sonoro eructo. La niña abrió los ojos, sorprendida por el ruido. Courtney se rió encantada.

Connor se volvió hacia la niña.

—Eructa como un marinero borracho —exclamó sorprendido—. ¿Cómo puede algo tan pequeño hacer un ruido tan grande?

—Es una cosita muy fuerte. —Courtney lo miró sonriendo—. ¿Quieres tomarla en tus brazos?

—¡No! Y no creas que puedes engañarme para hacer que me… encariñe con ella y contigo.

—No pensaba engañar a nadie. Simplemente te pregunté si querías tenerla en brazos.

—Tienes muchos recursos. Ahora te haces la ingenua. Crees que siendo sincera y franca conmigo disimularás tu intención de atraparme en «una hermosa familia» —dijo, imitando perfectamente el acento de la señora Mason.

Pensó en los padres que lo habían criado, Nina y Dennis McKay, cuya relación distante e indiferente con su fondo de hostilidad definió el matrimonio para él. Se imaginaba que los McKay se amaban al principio para llegar a casarse. Se hicieron cargo de él siendo niño y tuvieron dos hijas propias, pero no funcionó y toda la familia lo sabía. Dennis McKay hacía frecuentes chistes sobre la

trampa del matrimonio. Nina McKay nunca expresó su desdicha, pero era dolorosamente evidente para todos.

Connor observó aquello y se juró no meterse en una situación de la que no pudiera salir. Nunca había estado cerca hasta…

—No —repitió con más fuerza—. Eso no me sucederá a mí. No lo permitiré.

—¿Y dices que yo estoy loca? Eres tú el que ve complots, no yo. Ahorra tus fuerzas, Connor —dijo fríamente Courtney—. No intento meterte en ninguna jaula metafórica. Y desde luego no quiero un hombre que no me quiera.

Lo que era relativamente cierto, reconoció Courtney. Recordó los tórridos momentos en brazos de Connor, la forma en que estuvieron en la cama… Una oleada de sensualidad la recorrió.

Instintivamente levantó la cabeza y vio a Connor mirándola. Sus miradas tropezaron. Ella temió que sus ojos traslucieran sus sentimientos.

—Además, ¿qué me dices de Harcourt? —dijo Connor brusco, apartando la mirada de los ojos de ella. Había leído el mensaje y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no estrecharla en sus brazos.

Pero no lo hizo. Tenía sus principios, después de todo, y no iba a quitarle la mujer a otro de la misma forma que su madre verdadera se empeñó en el marido de otra. Estuvo a punto de hacerlo aquel mismo día, y sabía que no era justo, no estaba bien.

—¿Como va a reaccionar Harcourt ante tu maternidad instantánea?

—Me deseará lo mejor —replicó Courtney en seguida—. Porque Emery y yo somos amigos, es lo que siempre hemos sido. Tú has creído que entre nosotros había un romance, pero sólo ha sido en tu mente.

Connor tragó en seco. Era libre. Estaba disponible. Lo excitaba más y más rápido que ninguna otra mujer, y además ella lo quería. Nadie sufriría si se unían. No había razón por la que no debieran hacerlo… excepto su propio juramento de mantenerse libre de ataduras.

Luchando consigo mismo, Connor se dio la media vuelta y se marchó. Conducir era para él una forma de evasión, y recurrió a ello. Se metió en el coche, y puso el motor en marcha.

Pisó el acelerador y se alejó de la acera.

Repasó mentalmente la conversación con Wilson Nollier. Lo invadió una mezcla de vergüenza y rabia. Se sintió contento al comprobar su condición de hijo de Tremaine. Contento, después de aborrecer durante tantos años a Tremaine. ¿Acaso albergaba alguna secreta esperanza de reunirse con su padre verdadero algún día? Palideció de sólo pensarlo.

Y por si no era bastante, Wilson Nollier, el hombre al que tenía por asqueroso traficante de niños, resultó ser un hombre bueno y compasivo, deseoso de ayudar al hijo de un viejo amigo, incluso a costa de su propio bolsillo. Era casi increíble y desconcertante.

Sin embargo, la bondad de Nollier complicaba aún más las cosas. Courtney se había quedado prendada de la niña y pensaba adoptarla. Y mientras una parte de Connor despreciaba su idealismo impulsivo, la otra admiraba su generosidad y espíritu resuelto.

La deseaba. Dios, cómo la deseaba. La recordó bajo él en la cama, el cuerpo ardiente y sensible, la boca ansiosa de la de él, los pechos suaves y rotundos, los duros pezones. Tuvo que contenerse para no girar y volver junto a ella. Pondrían a la niña en la cuna y reanudarían las cosas donde las dejaron antes de la llegada de Nollier y Sarah.

¡Sarah! Ya empezaba a pensar en la niña como Sarah, el nombre que Courtney le puso. Si no se controlaba, terminaría siendo el padre adoptivo de la niña. ¿Y qué cosa más natural que casarse con la madre adoptiva?

Podía oír los golpes al cerrarse las imaginarias puertas de la jaula. Qué «hermosa familia» formarían. Esperó sentirse asqueado y furioso por semejante destino. Para gran consternación suya, no sintió nada. Nunca había estado tan inquieto, agitado y confundido.

Sin pensar en ir a ninguna parte en particular, condujo hacia el centro del pueblo, deteniéndose ante el semáforo en rojo del siguiente cruce.

La luz cambió a verde, y puso el coche en marcha, llegando al cruce en el mismo momento en que un coche marrón se saltó la luz roja a sorprendente velocidad.

—Empieza a abrir los ojos.

—Gracias a Dios. Connor, Connor, ¿estás bien?

—Connor, nos has dado un gran susto, hijo mío.

—Connor, di algo, por favor. ¿Por qué no dice nada, doctor? Nos está mirando, pero…

Connor parpadeó tratando de enfocar la vista hacia el sitio de donde provenían las voces. Le dolía oír. Le dolía parpadear, le dolía enfocar, y la necesidad de cerrar los ojos y olvidarse de todo era sobrehumana. Quería hundirse en la espesa niebla que lo rodeaba.

—¿Señora McKay? siga hablándole —dijo el médico en cuya bata había una plaquita que decía Dr. T. Standish. Estaba junto a la cama con un hombre mayor y una mujer joven—. El estímulo es muy importante para evitar que caiga en coma.

—¿Cómo? —A Courtney se le quebró la voz. Se tragó las lágrimas.

—No hay razón para asustar a la señora McKay —le dijo, enfadado, Wilson Nollier al médico—. Los rayos X muestran que no hay lesión cerebral. Me da la impresión de que su diagnóstico es lo que dijo el medico de rayos X, una contusión y nada más.

—Sabremos más desde el MRI —le contestó el doctor Standish. Se volvió hacia Courtney—. MRI son las siglas de Magnetic Resonance Imagery. La herramienta de diagnosis más avanzada que permite detectar una minúscula lesión cerebral, invisible a los rayos X. El señor McKay es el siguiente paciente que examinaremos.

—Esas máquinas no son baratas —añadió Nollier, mirando furioso al medico—. Tal vez deba recordarle que una pequeña comunidad como Shadyside Falls no tendría hospital si mi empresa no hubiese donado las tres cuartas partes de su valor.

—Soy plenamente consciente de que usted es uno de los principales benefactores del hospital, señor Nollier —dijo con voz tensa el médico.

Courtney estaba cansada de su enfrentamiento. Se inclinó hacia Connor, le tomó la mano y se la estrechó.

—Connor, por favor, despierta. Abre los ojos y mírame. ¡Por favor!

Connor abrió despacio los ojos, respondiendo a la urgencia de su voz, a la cálida presión de su mano. Ella estaba muy cerca, y pudo verle lágrimas en los enormes ojos oscuros. «Ojos de gitana», pensó, y se preguntó quién sería. Tampoco sabía quién era él. Pero se sentía demasiado atontado para preocuparse por eso.

—Connor —gritó Courtney, en su expresión se reflejó alivio

cuando él abrió los ojos—. ¿Recuerdas el accidente?

—No —reconoció, aturdido—. ¿Por eso estoy aquí? ¿Por un accidente?

—Un accidente de coche —le confirmó ella—. En cuanto te trajeron al hospital, el doctor Martin, el médico que trajo a Sarah al mundo, reconoció tu nombre y llamó por teléfono al coche de Wilson Nollier, que iba camino a Washington. El fue a recogerme a casa de la señora Mason y vinimos enseguida. Has estado inconsciente casi una hora y…

—¡Mi cabeza! —La interrumpió Connor dando un gemido. Las brumas retrocedían, pero en su cabeza surgía un punzante dolor.

—Apuesto a que tienes un enorme dolor de cabeza, Connor, hijo mío —dijo Wilson Nollier compasivo—. Fuiste a dar contra el parabrisas cuando ese animal te dio. La policía dice que si no hubieses llevado puesto el cinturón, te habrías herido seriamente.

Connor gimió.

—¿Y esto qué es? —Le dolía tanto la cabeza que quería gritar, pero no tenía fuerzas ni para eso.

—Oh, Connor —era tan propio de él que Courtney se echó a llorar, dejando correr las lágrimas tanto tiempo contenidas—. He estado muy preocupada por… ti.

Courtney miró horrorizada a Wilson Nollier. El abogado inhaló con fuerza.

—¿A qué viene eso? Claro que te llamas Connor. Connor McKay —dijo Nollier con una sonora carcajada que sonó a la vez forzada y falsa—. ¿Te estás riendo de nosotros, hijo?

El médico le levantó los párpados, primero uno, después el otro, alumbrándolos con una pequeña linterna.

—Señor McKay, ¿sabe dónde está?

Otra sacudida de dolor le hizo respingar.

—En un hospital, supongo —dijo en un murmullo.

—Se encuentra en el hospital de Shadyside Falls —le indicó el médico—. Tuvo un accidente de coche…

—El pobre Herman Meredith se apoderó de las llaves del coche de su esposa —añadió Nollier—. Tiene ochenta y nueve años, padece la enfermedad de Alzheimer y hacía más de diez años que no conducía. Nadie sabe qué idea le cruzó para hacerlo hoy, pero terminó saltándose un disco rojo y yendo a chocar contra tu coche.

—Hubo docenas de testigos —añadió Courtney—. Todos dijeron lo valiente que fuiste al no subirte a la acera. Habrías atropellado a varios peatones, incluidos muchos niños. Preferiste que te diera y salvar a esa gente.

¿Así que era una especie de héroe? Connor meditó por un instante. Pero fue incapaz de recordar nada.

—¿Sabe quién es el presidente de los Estados Unidos? —le preguntó el doctor Standish.

Connor le dio el nombre del presidente.

—¿Y el anterior? —insistió el médico.

—¿Qué más da? —exclamó Nollier—. Pregúntele algo relevante. ¿Quién es Richard Tremaine?

Connor pensó.

—No lo sé —vio la ansiedad y el miedo reflejados en la cara de la joven y del hombre mayor—. ¿Debería saberlo? —preguntó.

Nadie le respondió.

—Señor McKay, Connor, ¿sabe usted quién es ella? —intervino el doctor Standish, señalando a la preciosa joven que todavía le tenía asida la mano.

Connor se quedó mirándola fijamente, pero el esfuerzo por recordar hizo que le aumentara el dolor de cabeza. Era guapísima, pensó.

—No —dijo en voz baja.

Entonces ella pareció realmente asustada, y a él le habría gustado consolarla. Aunque no sabía mucho de sí mismo, sabía que era del tipo de mujer de la que se podría enamorar.

—Connor, ¡es tu esposa! —exclamó Wilson Nollier. Parecía realmente turbado—. Tu esposa Courtney. Llevan cinco años casados, los dos querían tener hijos, y finalmente, hoy, han sido bendecidos con una hermosa niña. Se llama… Sarah —miró a Courtney para que se lo confirmara y ella asintió en silencio—. Connor, trata de recordar —lo animó.

Connor trató pero no consiguió nada. Sentía una estrecha relación con ella, una gran atracción, pero no podía situarla como su esposa. No recordaba nada, ni lo del accidente, ni a su esposa ni a ninguna niña llamada Sarah.

—No puedo recordar nada —su voz reflejaba pánico. Miró a la mujer llamada Courtney—. ¿Has dado a luz hoy? —Aunque parecía

haberse quedado sin recuerdos, supo que estaba muy delgada para ser una mujer que acababa de dar a luz.

—No —dijo Courtney con voz serena.

—Han adoptado a la niña —añadió Wilson Nollier. Se dio un golpe en la frente con la palma de la mano—. ¡Es terrible! ¡Es una tragedia!

Angustiado, Connor trató de sentarse, pero los fuertes dolores de cabeza se lo impidieron. Sintió náusea y empezó a transpirar.

—Señor Nollier, si no puede controlarse, tendré que pedirle que salga de la habitación —dijo el doctor Standish severo—. Está alterando al paciente.

—Lo extraño sería que no estuviese alterado —replicó Nollier—. Tiene amnesia. Nunca creí que existiera la amnesia, pensé que era un recurso de malos escritores. Pero aquí tenemos al pobre Connor sin saber quién es, ni reconocer a su esposa. No sabe…

—Señora McKay, dígale a su esposo algo sobre su trabajo —intervino el medico—. Se sorprendería de cómo algunos pequeños detalles pueden ser de ayuda.

—¿Su trabajo? —Courtney estaba espantada. Si decía que Connor era investigador de revistas como Insight o programas como Inside Copy, Wilson Nollier sospecharía sus verdaderos motivos para aproximarse a él.

Con Connor amnésico en el hospital, y ella en casa de la señora Mason, la cómplice de Nollier, se convertirían en un blanco fácil. Además había que tener en cuenta a Sarah. Tal vez había visto demasiadas películas, lo que la ponía un poco paranoica, pero Courtney decidió no correr el riesgo de contar la verdad.

Recordó las bromas de Connor cuando iban camino de Shadyside Falls. «¿Y si te dijera que pasé por la facultad de derecho, que soy abogado en Virginia, Maryland y el Distrito de Columbia?».

No era cierto, por supuesto, ¿pero qué otra cosa podía decir para distraer a Nollier?

—Es… abogado —dijo de prisa, pidiéndole perdón a Connor por engañarlo al mismo tiempo.

—No sabía que Connor era abogado —dijo Nollier—. No hablamos de trabajo cuando estuvieron en el despacho.

—No, no lo hicimos —dijo Courtney. No se habló de ninguna referencia importante, como trabajo, antecedentes familiares,

amistades. Connor y ella se quedaron horrorizados, les había confirmado la creencia de que a Wilson Nollier sólo le preocupaba el dinero que pudiese cobrar de los futuros padres adoptivos.

Aquello parecía muy remoto, cuando Nollier era el enemigo. Pero desde el accidente de Connor, empezó a ver al abogado como un aliado. Parecía sinceramente preocupado por la situación de Connor.

Sin embargo, el instinto le decía que mantuviese en secreto la verdad acerca de ellos mismos. Wilson Nollier era un hombre poderoso con contactos en todas partes, sobre todo en aquel pueblo. Por la seguridad de Connor, por el bien de la pequeña Sarah, era mejor que siguiera creyendo que Connor y ella estaban realmente casados. No, Nollier no debía saber sus verdaderos motivos para ir a Shadyside Falls.

—¿Trabaja Connor para el estado? —preguntó Nollier—. ¿Tiene su propio despacho?

Courtney se mordió el labio. Apenas sabía algo de abogados, y si se equivocaba Wilson Nollier podría descubrirla fácilmente.

—Representa… clientes como la National Public Broadeasting —dijo despacio, tratando de recordar cosas vistas en televisión sobre abogados.

—Así que está relacionado con la televisión. —Nollier se aferró a aquello—. ¿Tiene alguna celebridad como cliente? ¿Hay algún caso que haya sido espacial para él?

—Preparó el acuerdo entre la NPB y Sinead Halleran, el folklorista irlandés —dijo Courtney. Al menos estaba pisando terreno más firme. Ella fue asistente de producción del concierto de Halleran, un maravilloso flautista galés, filmado por la NPB— aquello fue muy importante para él —añadió, esforzándose por hacer más verosímil su mentira—. Bueno, para los dos.

Connor la miró sin comprender.

—Lo siento, no recuerdo nada de eso.

Se sintió desgarrada al verlo tan triste, tan indefenso. Courtney luchó por no llorar. Claro que no recordaba, no había pasado. Pero no se atrevía a decírselo. No con Wilson Nollier delante.

—Nunca había oído hablar de Sinead Halleran —dijo Nollier como disculpándose.

Courtney dio un suspiro de alivio. El desconocimiento de Nollier

de la NPB sólo podía ser una ventaja para ella, sobre todo después de haber inventado todo aquello.

Entró una enfermera y se llevó al médico. Courtney y Nollier se miraron el uno al otro, luego a Connor, quien había cerrado los ojos y permanecía inmóvil en la cama.

—Courtney, quiero que sepas que haré cuanto esté en mi mano —dijo Nollier—. Puedo conseguir que la compañía de seguros de Meredith pague la factura del hospital, además insisto en hacerme cargo de tus gastos aquí en Shadyside Falls.

Courtney tragó en seco.

—¿Y Sarah? Como sabe, la señora Mason se ocupa de ella en este momento, pero… —hizo una pausa y dio un profundo suspiro —… no sé cómo decirlo, no quisiera parecer melodramática, pero ya la quiero. No quiero perderla.

—Querida mía, no vas a perderla. El papeleo seguirá su curso. Connor y tu conservarán a la niña.

El doctor Standish volvió a la habitación con la enfermera y dos ordenanzas.

—Nos lo llevamos al MRI para hacerle la exploración general —les explicó.

A Connor le dolía la cabeza, el cambio de la cama a la camilla le produjo náusea. Se sentía solo y deprimido. Su falta de recuerdos lo había sumido en profundos abismos en donde no había nada. Miró a Courtney, que tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Se sostuvieron las miradas.

De pronto Courtney se abrió paso entre los ordenanzas y llegó junto a la camilla.

—Connor, todo va a bien —dijo con fervor, tomándole la mano. Se la llevó a los labios y apretó la boca contra ella—. Te amo —dijo, impulsiva. ¿Tan en su papel de amante esposa estaba?

Connor logró esbozar una sonrisa. Las palabras de ella fueron un bálsamo para su espíritu, que disipó la profunda desesperación que estaba a punto de engullirlo. No estaba tan solo, después de todo, se consoló. Tenía una esposa que lo amaba, los dos tenían una hija.

—¿Estarás aquí cuando me traigan? —murmuró él. En aquel momento se dio cuenta de lo afortunado que era de tener a alguien que lo amase. ¿Y si hubiera tenido que soportar aquel suplicio solo sin nadie que lo amase, en un hospital desconocido, rodeado de

seres desconocidos, sin pasado ni presente, y un futuro incierto?

—Claro que estaré aquí —dijo Courtney. Se inclinó y lo besó en la mejilla.

Courtney mantuvo la compostura hasta que él salió de la habitación. Entonces enterró la cara entre las manos y lloró.

Capítulo 8

Las puertas del ascensor se abrieron y Courtney, llevando a Sarah en su sillita de coche, salió. Llevaba una gran bolsa de compras y una pañalera. La habitación de Connor quedaba a mitad del pasillo, y cuando miró al frente, lo vio caminando hacia ella.

Llevaba el pijama azul que ella encontró en su equipaje y la bata de seda azul marino que Wilson Nollier le regaló. Lucía muy varonil y no parecía en lo más mínimo un paciente de hospital. La saludó sonriendo.

Courtney contuvo el aliento. Cuando él le sonreía de aquella forma, le temblaban las piernas. Era tan guapo, tan irresistiblemente atractivo. La intensidad de sus sentimientos la estremeció.

La semana transcurrida desde el accidente de Connor era la más extraña de su vida. Vivía una farsa y siempre le repugnaron los engaños. Corría riesgos, y siempre había valorado la seguridad y el dominio de la situación. Su vida era una completa paradoja; sin embargo, aquella semana fue, de cierta forma, maravillosa.

Connor creía que ella era su esposa, y quería tenerla con él todo el tiempo. Era amante, considerado con ella y con la niña. Se aprovechaban del horario libre de visitas del hospital para pasar todo el día y parte de la noche juntos. Sarah estaba con ellos todo el tiempo, y los dos se turnaban para darle de comer. Courtney estaba convencida de que él disfrutaba tanto como ella de ocuparse de la niña. La mostraba orgulloso a las enfermeras y decía que era su hija.

La razón de su amnesia seguía siendo un misterio. Tras varios días de exhaustivos análisis y pruebas, los médicos no habían encontrado una causa física que la explicara. Aunque sufrió una contusión, no había daño visible en el cerebro. Su memoria en general funcionaba bien, recordaba la conducta social e intelectual y podía desenvolverse como un adulto normal en el mundo. Hasta los dolores de cabeza habían desaparecido.

Puesto que se descartó una lesión cerebral, el doctor Ammon, el neurosiquiatra que lo examinó, tenía otra teoría. Creía que Connor tenía amnesia selectiva, un estado disociativo producido por el golpe en la cabeza, en el que sentimientos y necesidades desconocidos y no expresados produjeron un cortocircuito temporal en su conciencia sobrecargada.

Courtney y Wilson Nollier habían intercambiado miradas cuando el doctor Ammon les dio la explicación salpicada de jerga médica.

—Déjese de perorata siquiátrica y háblenos en nuestro idioma —le dijo Nollier, brusco.

—En un estado disociativo, la mente consciente se queda en blanco-les explicó el médico, dirigiéndose a Courtney y haciendo caso omiso de la desdeñosa expresión de Nollier. —Es involuntario. Un escape momentáneo de una situación extremadamente tensa. El haber adoptado finalmente a un hijo pudo ser el desencadenante.

No era una mala teoría, pensó Courtney, excepto porque era absolutamente falsa. Sintió otra punzada de remordimiento por dejar que los médicos creyeran lo que Nollier les dijo del supuesto matrimonio. Sin embargo, cuanto más pensaba en la explicación del médico, se dio cuenta de que la teoría del estado disociativo podría encajar en otro contexto. Antes del accidente, Nollier y Connor hablaron sobre Richard Tremaine, removiendo sentimientos potencialmente explosivos. Connor no recordaba nada de sus padres.

Ella pensó que él parecía más feliz, había desaparecido la mordacidad cínica y amarga. ¿Tendría ella razón?

En cuanto a Connor, estaba ansioso por dejar el hospital. Les dijo a los médicos que estaba convencido de que le volvería la memoria cuando estuviese de nuevo viviendo con su mujer y su hija. Todas las noches, cuando se acababan las horas de visita, y

llevando a la niña en brazos, acompañaba a Courtney al ascensor, se despedía de ellas con un beso y les decía lo mucho que le gustaría irse con ellas.

Y todas las noches Courtney dormía sola en su cama en casa de la señora Mason, dando vueltas sin parar y descansando poco, preocupada de lo que sucedería cuando él recuperase la memoria. Wilson Nollier lo visitaba a diario, y ella no se atrevía a revelarle la verdad a Connor.

La noche anterior, mirando por la ventana durante las largas y solitarias horas, Courtney se obligó a enfrentarse con la vergonzosa realidad. No quería decirle la verdad a Connor porque terminaría con su «matrimonio». La amenaza de Nollier era cada vez menos peligrosa y más una excusa que usaba para prolongar su fantasía.

¿Y si Connor no recuperaba nunca la memoria? Trató de ahogar la chispa de esperanza que sintió al pensar en semejante posibilidad. Estaba mal, se reprendió, era egoísta e injusto. Connor tenía derecho a decidir su propio destino y a vivir su vida. Pero cuando recuperase la memoria, estaba segura de que las abandonaría a Sarah y a ella y volvería a su estúpido trabajo y a sus romances sin ataduras. Y no fue capaz de ahogar la tristeza que la invadió al considerar semejante posibilidad.

—Veo que has ido de compras esta mañana. —Connor la recibió a la salida del ascensor, sonriendo y dándole un beso ligero en la mejilla. Le quitó a la niña de los brazos junto con la incómoda sillita del coche, y se inclinó para depositar un beso en la frente de la nena.

Courtney buscó en las bolsas mientras caminaban hacia la habitación.

—Hay en el pueblo una tienda de ropa para niños preciosa. Compré algunas cosas para Sarah —sacó varias prendas minúsculas —. Le compré dos toallas más grandes para que le sirvan en verano.

A Courtney le dio un vuelco el corazón. ¿Estaría Connor con ellas ese verano? Probablemente no. Tragó en seco, tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Connor le quitó a la niña la manta y el mono acolchado en los que Courtney la había envuelto.

—¿No te parece que está demasiado abrigada? Podría sobrevivir en el Polo Norte —comentó irónico—. Estamos en abril, Courtney,

no en enero. Si hay algo que sé muy bien es la fecha en la que estamos. Los médicos y las enfermeras me lo recuerdan constantemente para orientarme.

Lo de las fechas se había convertido en un chiste entre ellos. Courtney sonrió.

—Ya sé que es trece de abril, pero hacía mucho aire esta mañana al salir de casa. No quiero que Sarah se resfríe.

Connor levantó a Sarah en brazos, sonriéndole.

—Pesas cinco kilos al menos ahora, ¿verdad, *Cookie*?

La niña hizo una especie de gorgojeo y Connor se rió.

—Ha dicho: «Gracias, papá».

Courtney sonrió. Le encantaba ver a Connor jugar con Sarah. La había apodado *Cookie*. Era muy propenso a poner apodos, pensó ella, recordando que a ella la llamó «gitana» desde el primer momento en que la vio. Aunque había protestado más de una vez, añoraba que la llamase así.

—Pareces triste —tomando a la niña con un solo brazo, Connor le pasó la mano a Courtney por la nuca—. ¿Qué pasa, Courtney?

Tenía que tener más cuidado, estar más en guardia, se reprendió Courtney. Cuando estaban juntos, Connor la observaba constantemente. Se daba cuenta del menor cambio de expresión o en las inflexiones de la voz.

El empezó a frotarle el cuello.

—Sé lo difícil que está siendo esto para ti, cariño. Te pasas todo el día aquí en el hospital conmigo y luego tienes que despertarte de noche por la niña.

—No me importa, Connor —protestó ella—. Estoy bien, de veras.

Pero no estaba bien, estaba peligrosamente hipersensible. Y las caricias de él le producían estimulantes sensaciones. Sabía que debía apartarse, pero no era capaz. Lo que Connor le hacía era maravilloso.

—Eres muy valiente y fuerte, Courtney —dijo Connor con voz ronca—. No sé qué habría sido de mí estas dos últimas semanas sin ti. Pero es hora de que me ocupe de ti y de la niña. Es hora de que vuelva a ser esposo y padre y no sólo un paciente.

—Oh, Connor —susurró. Si aquello fuese verdad. Con un pequeño gemido, apoyó la cabeza en el hombro fuerte y amplio,

abandonándose a la fantasía, aunque sólo fuese por un momento.

El le pasó la mano por la columna vertebral, luego por la cintura, y luego la llevó hasta el abdomen. El calor de su mano, a través de la ligera tela de la blusa, pareció irradiarse por todo su cuerpo.

—Pienso constantemente en ti —le dijo él en un susurro, besándola ligeramente en la sien, el pelo—. Te deseo… deseo abrazarte, besarte, acariciarte. Pasar los dos solos una noche aquí —se rió profundamente, y añadió con voz cálida y sensual—. Hay una parte de mí que no parece tener problemas… para recordar.

Le acercó y ella jadeó, sintiéndose maravillosamente, entre la cálida presión de su mano en el vientre y su viril firmeza por detrás.

—Estoy loco por ti, ojos gitanos —gimió tomándole el lóbulo de la oreja con los dientes en un mordisco ligero y sensual.

A ella le pareció perder el sentido, como si acabase de bajar de la montaña rusa del parque de atracciones.

—¿Qué?

—Que tienes los ojos más grandes, oscuros y hermosos que he visto —lo dijo con voz suave, moviendo la mano despacio, acercándola peligrosamente a sus pechos. Se detuvo justo bajo ellos —. Es extraño, ¿verdad? —dijo irónico—. Que pueda recordar que las gitanas tienen los ojos oscuros pero no me acuerde de mis padres. Que sepa el nombre del presidente, pero me tengan que decir el mío.

—Los médicos dicen…

—No quiero hablar de médicos. Estoy cansado de los médicos y del hospital. Quiero salir de aquí hoy mismo. Quiero volver a mi vida normal —desplazó la mano los escasos centímetros que la separaban del seno y la cerró allí—. Quiero volver con mi esposa.

Ella bajó la mirada y vio la enorme mano sobre su pecho, y la visión fue estimulante. Con pasmosa certeza, encontró el pezón y empezó a frotarlo sensualmente, hasta convertirlo en un pico punzante. Courtney se contorsionó contra él y se le escapó un gemido.

Sarah escogió aquel momento para recordarles su presencia, abriendo la boca y expresando un lamento inconfundible. Connor dejó caer la mano.

—Parece que nuestra pequeña carabina se opone —dijo,

volviéndose hacia la niña—. Hay que cambiarle el pañal.

—Yo lo haré —dijo en seguida Courtney, alejándose de él para sacar un pañal de la bolsa. Le temblaban las manos y también las rodillas—. Vamos a dar un paseo con ella por el pasillo —propuso ella cuando la niña estuvo cambiada. Se sentía muy nerviosa para quedarse a solas con Connor. Todo su cuerpo estaba encendido de deseo, y se sentía vulnerable.

Las cosas ya eran bastante complicadas, se sermoneó. Añadir sexo a todo aquel lío era un riesgo… y una locura. Como lanzar un cerilla encendida en un bidón de gasolina. Necesitaba gente alrededor. Había más seguridad y tenía más dominio de sí en una multitud.

—Vamos para que le vean su nueva ropa —dijo Courtney con voz aguda, muy distinta de su tono habitual—. Tenemos…

—Sarah está lista para dormir un rato —la interrumpió Connor. Dejó a la niña en el pequeño moisés que estaba en un rincón de la habitación. Wilson Nollier lo llevó la primera noche que Connor pasó allí.

—No tiene sueño. —Courtney fue a levantarla, pero Sarah no le ayudó nada. Ya había cerrado los ojos.

Courtney se enderezó y se volvió. Connor estaba detrás de ella, tan cerca que casi se tocaban.

—Está durmiendo —le tembló la voz—. Supongo que está cansada por el paseo de esta mañana.

—Eso parece. —Connor sonrió con pereza, con voz baja y profunda—. Ahora, vamos a seguir donde estábamos —le pasó la mano por la cintura y la acercó despacio a él.

Se miraron a los ojos y se quedaron así durante un largo rato, cargado de deseo. Se estableció entre ellos una especie de comunicación no verbal.

Courtney se acercó a él. Sabía que no debía, podía enumerar una larga lista de razones por las que no debía. Pero la razón, junto con la cautela y la resolución, se disolvía en cuanto él la miraba de esa forma. En sus ojos brillaban el deseo y la pasión, y la sonrisa de su sensual boca le cortaba la respiración.

Ningún hombre había tenido nunca semejante poder sobre ella, y eso la asustaba bastante. Pero también era terriblemente excitante. Tiró de ella ya través de la fina tela de su falda, pudo

sentir la firmeza muscular de sus muslos oprimiéndose contra los propios.

—Courtney —dijo besándola en la frente.

Ella cerró los ojos, y sintió los ligeros besos que le daba en los párpados, en las mejillas, a lo largo de la mandíbula. Como en un sueño, le pasó los brazos por el cuello. Lo acarició con los dedos, metiéndolos en la espesura color castaño de su pelo. Era tan maravilloso abrazarlo, estar en sus brazos.

Entonces Connor le rozó la boca con la suya, cálida, firme y exigente. Courtney separó los labios al contacto, y él metió la lengua en la suave y húmeda cavidad, frotándola con la de ella, en un movimiento rítmico y seductor.

La pasión surgió en su interior y se aferró a él, estrechando aún más el abrazo, y moviéndose provocativa. Sentía los pezones tensos y sensibles que rozaban con la tela de la ropa. Tenía el imperioso deseo de desnudar sus pechos y sentir en la piel la mano, la boca de él.

Temblando de deseo, le pasó las manos por la espalda, deleitándose en la firme piel masculina. Era embriagador acariciarlo de aquella forma, saber que la deseaba. Como ella lo deseaba a él.

Connor dio un hondo y tembloroso suspiro e intensificó el beso, sacándole la blusa de la cintura para meter las manos por debajo. Posesiva, ardientemente, le rodeó un seno con la mano, y le acarició el botón del pezón. Cuando metió el muslo entre los de ella y empujó firme y seductor, ella gimió ante el exquisito placer que sintió.

—Eres tan dulce —dijo con voz ronca Connor, mordisqueándole el cuello y con las manos acercándola aún más a él—. Tan sensual y apasionada. Y eres mía —añadió posesivo—. Querida mía, mi esposa.

Ella quería fundirse con él, quería acostarse en la cama y hacer el amor.

Pero las palabras que Connor dijo, encendieron sus alarmas. Estaba tan metida en el papel que representaba, que el límite entre la fantasía y la realidad era peligrosamente difuso. Deseó que sus palabras hubieran sido tan ciertas como su pasión.

Pero no lo eran. No podían serlo. Ella desde luego no era su esposa. El verdadero Connor McKay no quería esposa, era alérgico

al compromiso. Y cuando recuperara la memoria y se supiese de sus días como esposo y padre amante y cariñoso, no la llamaría querida. Probablemente tratara de demandarla por fraude.

Nerviosa, Courtney se arrancó de su abrazo. Le volvió la espalda y se arregló la ropa con dedos temblorosos.

—Connor, yo… nosotros…

—No pasa nada, cariño —la asió por los hombros y le depositó un beso ligero en la nuca—. Sé que no es el sitio ni el momento. Me he dejado llevar —cruzó los brazos a la altura de la cintura de ella y la abrazó estrechamente—. Tienes ese efecto en mí, Courtney. Todos mis instintos me dicen que siempre lo tendrás, amor mío.

Aquellas palabras, tan cariñosas y estimulantes, la animaron y la hicieron suspirar. Se permitió la dicha de permanecer en sus brazos unos minutos más antes de alejarse de él.

—Compré algo más cuando estuve en el pueblo —dijo ella con alegría un tanto forzada. Trataba desesperadamente de orientar sus pensamientos en algo distinto de lo mucho que deseaba estar en sus brazos.

Sacó un tablero de damas de la bolsa.

—Como te has convertido en un tahúr con las cartas y me vences siempre, pensé que debíamos probar con otro juego, uno al que pudiera ganarte. Tengo que advertirte que de niña era campeona en las damas.

La terapeuta ocupacional le había dado a Connor unos naipes. El jugaba muy bien a un montón de juegos de cartas que no recordaba haber aprendido. Courtney y él solían jugar, y siempre ganaba él con considerable ventaja.

—¿Vas a aprovecharte de un pobre amnésico para asegurarte una victoria? —dijo retador, recordando tanto al antiguo Connor que Courtney se sorprendió—. No lo creo. Empecemos.

Jugaron dos partidas, él ganó una y ella otra, y cuando estaban en medio del desempate, entró el equipo de médicos y enfermeras a la habitación. Wilson Nollier capitaneaba el grupo.

Courtney se tensó. Siempre se sentía así en presencia de Nollier, aunque Connor lo aceptaba sin reparos, considerándolo el abogado amigo que él decía ser. Nollier siempre hacía preguntas sobre el pasado de Connor sobre su infancia, su trabajo, su matrimonio, para darle «un empujoncito» a la memoria de Connor. Ella le respondía

lo mejor que podía, tratando de disimular los vacíos que eran tantos, puesto que ella sabía muy poco de la vida de Connor anterior a cuando se conocieron.

Y, por supuesto, todo lo que decía de su matrimonio, era pura ficción. Odiaba mentir y temía caer en la misma red que ella tejió. Era extraño, pero en las muchas horas pasadas con Connor, no había tensión y no tenía necesidad de mentir. Era como si la vida hubiese empezado para él en la habitación del hospital y no le interesara lo sucedido anteriormente.

Sin embargo, Connor tenía interés en saber de ella, y Courtney le habló de su familia, de su infancia errante, de su trabajo en la NPB, incluso sobre la desesperada búsqueda de un hijo para Mark y Marianne. El la escuchaba atento y recordaba todo lo que ella le contaba, volviendo a sacar a menudo el tema después.

Pero allí estaba Wilson Nollier con el equipo médico para entrometerse en sus vidas una vez más. Courtney apenas pudo contener un suspiro de disgusto.

Wilson Nollier no se dio cuenta del poco entusiasta recibimiento de ella, nunca se la daba.

—¡Buenas noticias! —exclamó con más animación que de costumbre—. ¡Te van a mandar a casa hoy, Connor!

—Sí, Connor. Hoy es el día —corroboró el doctor Standish—. Trece de abril. Esta tarde lo darán de alta.

—Claro que se quedarán una semana más aquí en Shadyside Falls, mientras, se terminan los trámites de adopción de Sarah —intervino Nollier—. Además, al doctor Standish le gustaría verte un par de veces más antes de pasar tu caso a un médico de la ciudad de Washington.

—¿Puedo salir ya del hospital? —repitió Connor. Tomó a Courtney de la mano y tiró de ella—. Es la mejor noticia que he oído en mi vida… bueno es difícil asegurarlo cuando se tiene una semana de vida.

Nollier se rió encantado.

—Has conservado tu sentido del humor. Has sido todo un campeón, Connor. Me siento orgulloso de ti. Tu padre también. Lo he mantenido informado de tu mejoría. Le gustaría venir a verte. ¿Estás de acuerdo, Connor?

Connor encogió los hombros.

—Sí, ¿por qué no?

—Le habría gustado venir en cuanto le dije que sufriste el accidente, pero supuse que preferirías haber salido del hospital —continuó Wilson—. Irá a verte a casa de la señora Mason mañana a las diez, si te parece bien.

Connor asintió.

—Por mí, de acuerdo.

—No creo que sea buena idea —intervino Courtney, lanzando a Nollier una mirada furiosa. Le preocupaba el bienestar de Connor. No era conveniente que conociera a Richard Tremaine en un estado tan vulnerable. Si contase con su memoria, nunca accedería y Nollier lo sabía.

Sintió la mirada de todos, incluido Connor, encima de ella. Tendría que encontrar una explicación razonable de por qué no le parecía buena idea que su esposo viera a su padre.

—No lo habíamos dicho, pero ha habido cierta tensión en el pasado entre Connor y su padre —eso era verdad, en cierta medida, ¿no? ¡Dios santo, cómo aborrecía mentir!—. Creo que debería posponerse hasta que Connor esté… más repuesto.

—Estoy bastante repuesto, Courtney. Lo que quieres decir es hasta que recupere la memoria —la corrigió Connor—. Cariño, está bien. Ya me había figurado que algo no iba bien entre mi familia y yo. Me he fijado en lo tensa que te pones cuando Wilson te pregunta por ellos. Me he contenido de sacar el tema a propósito, y tú tampoco lo has sacado voluntariamente. Por ahorrarme sufrimiento, supongo.

—Oh, Connor —gimió Courtney. El había interpretado erróneamente todo.

—Te agradezco que trates de protegerme, cariño —la abrazó—. Pero no es necesario. Quiero ver a mi padre. Puesto que no tengo recuerdos de lo sucedido antes, me gustaría aprovechar para empezar de nuevo.

No estaría diciendo aquello si recordase la verdad. Courtney estaba segura. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Connor, creo que debes saber que los problemas habidos entre tu padre y tú son un poco más serios de lo habitual. Ustedes dos…

—Lo que Connor dice de empezar una nueva relación es muy sensato —intervino Nollier—. Es un ser adulto cabal y razonable,

Courtney. Puede tomar sus propias decisiones y lo hace.

—¿Hasta qué punto puede ser cabal cuando no puede recordar sino lo ocurrido la semana pasada? —saltó Courtney.

—Eres muy protectora con tu marido, y eso es bueno —dijo Nollier en tono tranquilizador—. Me alegro de que Connor tenga una esposa que se preocupa con tanta pasión por él. Pero esta vez estás siendo demasiado protectora, Courtney. Richard desea ver a su hijo con desesperación. Va a suceder.

—Connor no…

—¡Ah, casi lo olvido! —dijo Nollier, interrumpiéndola—. También tengo noticias para ti, Courtney —sonrió ampliamente—. ¿Recuerdas cuando Connor y tú hablaban de tu hermano y tu cuñada y lo mucho que deseaban adoptar un niño? Pues bien, se me quedó grabado porque ustedes dos se han convertido en gente muy querida y quiero ayudarlos, tanto a ustedes como a los seres que les importan. Así que llama a tu hermano y dile que va a ser padre dentro de un mes. Hay una joven que se presentó en mi despacho en busca de una familia adoptiva para su hijo…

—¿Sigues enfadada con Wilson? —le preguntó Connor.

La expresión de Courtney era bastante elocuente.

—¡Sí!

—Fue un intento de soborno descarado por parte de Wilson. —Connor sonrió al recordárselo—. No llegó a decirlo, pero estaba en el aire: «tu hermano podrá adoptar el niño que tanto desea si dejas de armar tanto alboroto sobre la visita del padre de Connor».

—Fue excesivo —exclamó Courtney.

Estaban cenando en
Tell’s
Inn, el restaurante más popular de Shadyside Falls, celebrando la primera comida de Connor desde que salió del hospital.

La señora Mason insistió en quedarse a cuidar a la niña mientras ellos salían a cenar.

Connor le cubrió la mano con la suya.

—Cariño, deja de preocuparte. Te prometo que no perderé la calma cuando mi padre llegue mañana —sonrió torvo—. ¿Cómo podría? No recuerdo nada de él.

Nunca se había dicho verdad mayor, pensó Courtney lúgubre. Y la amnesia nada tenía que ver con la falta de recuerdos de Connor

sobre su padre. Desde que Wilson Nollier anunció la visita inminente de Richard Tremaine, Courtney se debatía entre si decirle o no a Connor lo que sabía sobre que no conocía al hombre que lo procreó, que fue educado por otro hombre. Pero la descripción de la amnesia disociativa la detuvo.

Supuso que en su subconsciente Connor deseaba conocer a Richard Tremaine y reconocerlo como su padre. El golpe en la cabeza y la amnesia posterior le daban la ocasión ideal para hacerlo, sin que lo impidiese la amargura del pasado.

¿Sería bueno para Connor —establecer algún tipo de relación con Richard Tremaine? El parecía desear ver a su padre. ¿Estaría ella haciéndole más daño que bien al interferir en ese asunto? ¿O era una forma de aliviar su conciencia mientras continuaba la farsa entre ellos?

—Es tan complicado —dijo ella, más para sí que para él—. Me gustaría hacer lo correcto…

Se quedó sin habla. Allí estaba ella, en una mesa para dos, tomados de las manos, representando su papel de esposa, engañándolo para que representase su papel de esposo, ¿y todavía tenía la osadía de mencionar lo correcto?

—Connor, no sé qué hacer. Siempre he sido directa y sincera. Nunca…

—Quiero que dejes de preocuparte —la interrumpió Connor. Se llevó la mano de ella a los labios y le besó la punta de los dedos—. Estás haciendo lo que debes hacer. Deja de atormentarte, nena.

Ella deseaba con toda su alma creer sus palabras. Pero por supuesto, no podía.

—Desconozco muchas cosas —dijo pesarosa ella—. Hay circunstancias…

—Se supone que esto es una celebración. No vamos a hablar de nada más serio que la elección de los platos —volvió a interrumpirla Connor—. Y en lo contento que me siento de haber salido del hospital.

—Pero, Connor, yo…

El le dio un apretón en la mano y cortó todos sus intentos de conversación seria.

Cuando terminaron de cenar, Connor propuso dar un paseo por el pueblo antes de volver a casa de la señora Mason en el coche que

Wilson Nollier alquiló para Courtney después del accidente.

Asidos de la mano, caminaron por la calle principal de Shadyside Falls, deteniéndose frente a los escaparates de los comercios. Connor estaba encantador, ocurrente y atento, y Courtney no pudo evitar corresponderle.

Fue como si él estuviera cortejándola y ella estuviera dispuesta a ser cortejada. Cuando caminaban juntos hablando y riéndose tomados de la mano, Courtney lo miró a los ojos y al fin reconoció la verdad: estaba profundamente enamorada de Connor McKay.

Capítulo 9

—La pequeña no ha dado ninguna lata —les aseguró la señora Mason cuando volvieron a la casa una hora después—. Se tomó el último biberón hace unos cuarenta minutos y se quedó dormida. ¿La pasaron bien?

Connor sonrió cariñoso a Courtney.

—La hemos pasado estupendamente —sacó un billete de diez dólares y se lo entregó a la señora Mason—. Espero que no sea demasiado tarde para usted.

—No, en absoluto —la señora Mason guardó el dinero en el bolsillo—. Voy a acostarme, pero si quieren usar la cocina o quedarse en la sala, siéntanse como en su casa.

—Gracias, pero también vamos a acostarnos —dijo Connor tomando a Courtney del brazo y dirigiéndose hacia la escalera.

A Courtney le dio un vuelco el corazón. Le temblaban tanto las rodillas, que se le hacía difícil caminar, mucho más seguirle el paso.

Connor creía que era su esposo, creía que eran un matrimonio normal, un buen matrimonio. Tenía toda la intención de compartir con ella la cama matrimonial del dormitorio, y ella no encontraba una excusa válida para decirle que no.

Las razones médicas que habría podido alegar quedaron demolidas cuando Connor salió del hospital aquella tarde.

—No hay ningún motivo por el que no puedan reanudar sus relaciones sexuales en cuanto quieran —dijo el doctor Standish categórico mientras a Courtney se le aceleraba el pulso.

Connor había dejado en claro que quería. Ella también lo

deseaba tanto como él, reconoció Courtney con escalofríos. La excitación sexual o la fantasía o lo que quiera que fuesen sus sentimientos iniciales hacia él, se habían transformado y ahondado. Estaba enamorada. Y era virgen.

Así que había otra complicación que añadir a la ya de por sí complicada situación. ¿Cómo podía una mujer enamorada mantener al hombre que amaba, el hombre cuyas caricias deseaba, fuera de la cama?

Además, ¿quería hacerlo?

—Vamos a ver a la niña —propuso Connor, conduciéndola hacia la habitación contigua a la de ellos. Sarah dormía plácidamente boca abajo, los pequeños bracitos por encima de la cabeza.

—Es tan hermosa, tan preciosa —susurró Courtney, de pie junto a la cuna—. Parece un querubín, ¿verdad?

—Nuestra niña —murmuró Connor, con admiración reverente.

Se sintió inmensamente privilegiado de participar en aquella transmisión de vida y amor. Sintió una oleada de absoluta dicha en su interior, y rodeó a Courtney por la cintura, apoyando las manos en el estómago de ella.

—Me siento el hombre más afortunado del mundo —dijo con voz ronca, acariciándole el cuello con la nariz.

Courtney había entrelazado los dedos con los de él y se apoyaba en él, el corazón rebosante de amor. Los ojos arrasados de lágrimas.

—Oh, Connor, si al menos…

—Nada de eso —la interrumpió suavemente él—. Nos tenemos y a nuestra preciosa niña. No necesito tener memoria para saber lo afortunados que somos.

Courtney soltó un sollozo tembloroso y él la abrazó con más fuerza. Y entonces sucedió. Tuvo un recuerdo.

Había tenido algunos en el hospital y se los había mencionado a los médicos, pero se los ocultó a ella deliberadamente. No tenía sentido hacerle concebir esperanzas, y cosa extraña, los recuerdos no tenían que ver con ella. Eran retazos de su infancia, de los años de universidad. Recordaba su graduación en la Escuela de Derecho de la Universidad de Maryland y su regocijo cuando supo que había terminado la carrera. No recordaba lo que hizo con el título, ni su vida profesional, pero los médicos le aseguraron que terminaría recordándolo todo.

En el recuerdo que acababa de tener, se veía a sí mismo conduciendo, incluso podía oír la canción que sonaba en la radio. El corazón le dio un vuelco. ¿Iba a recordar el accidente? Lo había oído tantas veces que casi esperaba ver el enorme coche marrón saltándose el semáforo a vertiginosa velocidad.

Pero lo único que recordó era que se sentía abrumado de rabia y confusión. «Una hermosa familia». Las palabras resonaron en su mente, pero la voz que las pronunciaba era cínica y despreciativa. Connor se espantó. ¡No podía haber sido él!

Miró a la minúscula Sarah durmiendo en su cuna y a Courtney, que temblaba en sus brazos, la cara enterrada en su pecho, oculta a sus ojos. El la amaba. Era tan afortunado de contar con ellas.

Sin embargo, no podía apartar el recuerdo de un Connor despegado y cínico, que llevaba una vida superficial y egoísta, que vivía el presente *sir* preocuparse del futuro, al que le gustaba la compañía de las mujeres pero no comprometerse con una.

¿Era así antes de conocer a Courtney y casarse con ella? No quería ni pensar que pudiera ser esa clase de esposo, hostil y distante. Que la hubiese engañado. ¿Era posible que su matrimonio no fuera el matrimonio feliz que resultó durante la última semana?

Sintió un frío gélido que le congelaba el alma.

—Te amo, Courtney —dijo ronco, mirándolo a los enormes ojos oscuros.

Courtney estaba a punto de llorar.

—Connor, en este momento puede que creas que me amas, pero…

Le puso los dedos sobre la boca. Entonces tenía razón. Algo iba mal antes del accidente, algo que la hacía dudar que él pudiera decir aquello antes.

—Sé que te amo —dijo con pasión—. Courtney, la realidad es ésta. Lo pasado, pasado está. Empiezo a creer que es mejor olvidarlo. Lo real es lo que tenemos ahora, tú, Sarah y yo. Nuestra familia.

La intensidad de sus palabras, hizo que ella se sintiese débil. El amor que sentía por él la hacía débil. Lo amaba y lo deseaba, y deseaba complacerlo. Courtney supo, cuando la tomó en brazos y la sacó del cuarto de la niña, que iba a hacer el amor con él.

—Cariño, créeme —susurró Connor. La dejó de pie junto a la

cama, mirándola a los ojos.

—Oh, Connor. Y… Yo… —Tomó aire. Tenía que creerle, lo deseaba con toda su alma.

El cerró la boca en la de ella, firme, ávida, y Courtney separó los labios emitiendo un suave gemido. Se abrió paso en su boca con la lengua, apropiándose con osada maestría de la cálida suavidad. Courtney se estremeció por la sacudida de placer que recorrió su cuerpo.

Se besaron una y otra vez, apasionada, profundamente hasta que el deseo los abrasaba.

En algún momento de aquellos tempestuosos besos, ella supo que le había desabrochado la blusa cuando sintió las manos en sus senos desnudos.

—Eres tan sensible, tan apasionada —murmuró él sobre sus labios—. Eres la mujer más deseable del mundo, y eres mía.

La besó de nuevo, tomando su boca con ardiente posesión. Aferrada a él, sintió el poder viril de su excitación y por instinto se balanceó hacia él, en un ritmo femenino e intemporal.

Despacio, la acostó en la cama, y Courtney tuvo la vaga noción de que le quitaba la blusa y hacía lo mismo con el sostén. Abrió los ojos y lo vio contemplándole los senos, los ojos llenos de deseo. Y amor.

Se olvidó de sus inhibiciones, se olvidó de que era la primera vez que un hombre le veía los pechos. Había desaparecido cualquier temor que pudiera haber albergado alguna vez. Se sintió sensual, libre, orgullosa de ser mujer, de ser amada y deseada por aquel hombre.

Connor siguió besándola, acariciándola. Disfrutaba contemplando su placer, aumentando su pasión. Quería que ella experimentase un rapto tal, qué el vínculo entre ellos no pudiera romperse nunca. Quería que el acto de hacer el amor entre ellos borrase todo lo que pudiera separarlos en el pasado y los uniera para siempre.

—Te amo, Courtney —dijo con voz tan acariciadora como sus manos. Courtney contuvo el aliento cuando sintió que él le pasaba los dedos por el muslo.

Cuando Connor apartó la boca, ella lo miraba fijamente con ojos rebosantes de amor. Le acarició la cara, la fuerte línea de la

mandíbula y la sensual curva de la boca con la punta de los dedos.

—Te amo tanto, Connor. Quiero… Quiero que lo recuerdes en cualquier caso.

Se miraron uno al otro durante un largo y callado momento. Connor sintió algo intangible pero absolutamente real y estimulante entre ellos y se dio cuenta de que compartían un momento muy especial, uno que nunca olvidarían.

Se preguntó por otros momentos, momentos pasados, entre ellos. Estaban enamorados y llevaban cinco años casados. Era obvio que había tenido que compartir muchos momentos como aquél. Entonces, ¿por qué tenía la fuerte sensación de que era la primera vez que estaban juntos de esa forma, en una unión perfecta de cuerpo, mente y alma?

Entonces Courtney susurró su nombre y se acercó más, acercó sus labios a los de él, y Connor no pudo pensar en otra cosa sino en lo mucho que la deseaba. Ahondó el beso, prologándolo, hasta que simultáneamente se separaron, jadeantes y sin aliento.

Courtney le metió los dedos temblorosos bajo la camisa, que le había liberado de la cintura. Le frotó la superficie áspera del pecho con la palma abierta, pero la camisa le restringía los movimientos. Emitió un pequeño gemido de frustración.

—Llevamos mucha ropa puesta —dijo Connor con risa ronca—. Vamos a ponerle remedio —le quitó la falda y la combinación de medio cuerpo con pocos movimientos diestros. Luego le bajó las medias con tal pericia que Courtney se detuvo inquieta. Era muy aficionado a desnudar mujeres.

—¿Qué te pasa, nena? —preguntó Connor y ella se dio cuenta de que la observaba—. Esos ojos gitanos tuyos son tan redondos como platos —entonces entrecerró los ojos. Ojos gitanos—. Gitana —dijo de pronto—. ¿Te llamaba gitana?

Ella dio un respingo y asintió.

—¿Vuelves a recordar?

—Recuerdo que te llamaba gitana —la besó lenta y apasionadamente—. Recuerdo lo mucho que te amo, lo mucho que te deseo. Sólo a ti, Courtney. No lo olvides nunca.

—No lo haré —le prometió Courtney con fervor. No podría. Siempre recordaría aquel hermoso momento, no importaba lo que sucediera—. Connor, yo… yo siempre lo recordaré.

Se le quebró la voz cuando él deslizó los dedos audaz bajo las bragas. Instintivamente, ella separó las piernas cuando los dedos de él se enredaron en los suaves rizos en medio de sus muslos. Le daba vueltas la cabeza. ¿Qué iba a decir? No lo sabía, no podía pensar, no quería. El curvó la mano sobre su centro, haciéndola gemir con sus hábiles dedos.

—Quítate las bragas mientras yo me desnudo —le ordenó Connor, con voz profunda y seductora.

Courtney se ruborizó, pero obedeció, sin apartar los ojos de él, que se desvestía. Se le secó la boca ante la visión del hombre desnudo completamente excitado. Era tan grande, tan fuerte, tan poderosamente viril. Se le quedó mirando, como en trance.

—Ven aquí, cariño —dijo con voz enronquecida Connor, abrazándola. Se acostaron uno al lado del otro, besándose apasionados, acariciándose, frotándose. Por un largo rato, los únicos sonidos fueron los suaves suspiros entremezclados con hondos gemidos de placer.

—Te quiero ya, Courtney —gruñó Connor—. Estás lista para mí, amor mío —la besó con áspera urgencia—. Lista.

—Sí, Connor, sí —susurró Courtney, casi llorando de la tensión desgarradora.

Lo vio colocarse entre sus muslos. Se sentía la mujer más deseable del mundo. Era de él, le pertenecía. Le sonrió, y lo rodeó con sus brazos.

—Courtney —no apartó los ojos de los de ella cuando la penetró lenta y cuidadosamente, hasta que la llenó con su punzante masculinidad—. Eres tan pequeña, tan ardiente y estrecha.

Courtney apretó los dientes.

—Estoy un poco nerviosa. Tensa —la principal imprecisión, si alguna vez hubo alguna, pensó ella lúgubre. Connor creía que llevaban cinco años casados. Si supiese que era virgen… ¿Cómo iba a explicárselo? Apretó los ojos cerrados para contener las lágrimas. ¿Y si se enfurecía con ella al descubrir la verdad? ¿Y si la odiaba y no quería verla de nuevo?

—Sé que estás nerviosa, cariño —dijo Connor, tranquilizador, acariciándola en la mejilla—. Relájate, nena, relájate —le habló con voz suave mientras le pasaba la mano por el pelo.

Algo estaba sucediendo allí, había algo que se le escapaba, pero

estaba demasiado obnubilado por la pasión para razonar. Por instinto tranquilizó a Courtney, comprendiendo que ella necesitaba que él la ayudase a disipar el miedo y la tensión.

A medida que le hablaba, la acariciaba y la besaba, Courtney sintió que empezaba a disolverse su ansiedad. Su cuerpo se fue acostumbrando paulatinamente a la presencia de él. Una sensación líquida la invadió, se sintió plena. Se aferró a él, disfrutando de las voluptuosas y nuevas sensaciones que creían en su interior. Entonces Connor se movió dentro de ella, una y otra vez, cada vez más profundo, hasta que ella empezó a moverse con él y boqueaba de puro placer.

Se oyó emitir sonidos incomprensibles, profundos, y poco a poco fue entrando en una sublime sensación de olvido. La pasión de los dos empezó a aumentar y se movieron al unísono, pasaron a ser uno, y sus cuerpos se estremecieron con una descarga, enviándolos a los reinos del éxtasis.

No fue sino hasta un rato después, cuando hubieron saciado su pasión, cuando Connor tuvo la cabeza lo bastante despejada para pensar. Courtney dormía en sus brazos, la cabeza sobre su hombro, una pierna sobre la de él. Exhausta y saciada, había caído en un sueño profundo y relajado. El estaba alerta y despierto, el cuerpo revitalizado por la explosiva descarga sexual.

Empezó a percibir un torrente de recuerdos, como una sucesión de imágenes. Recordó otras mujeres y otras camas. Nunca compartió con nadie lo que compartió con Courtney aquella noche. Sólo había una mancha en aquella idílica noche de amor. Courtney era virgen. Lo fue hasta que él se convirtió en su primer amante. Y se suponía que llevaban cinco años casados.

Connor miró a la mujer que descansaba a su lado. Era a la vez ingenua y sensual. Y así fue esa noche, una cautivadora virgen que se transformó en una amante apasionada. Por él.

¿Y llevaban cinco años casados? No hacía falta decir que una mujer no podía quedar embarazada si no mantenía relaciones sexuales.

Entonces supo que no llevaban cinco años casados. Estaba completamente seguro, aunque los recuerdos de su vida se le escapaban. Pero había un hecho innegable. No podía llevar cinco años casado con Courtney y no haber hecho el amor antes. Era

demasiada la pasión, la intensidad entre ellos como para que el celibato hubiera durado cinco años.

¿Y si no estaban casados? Inmediatamente rechazó aquella idea. Courtney y Sarah eran suyas, le pertenecían. Se negó a considerar siquiera cualquier otra posibilidad. Estrechó el abrazo alrededor de Courtney. Pensó en la semana pasada, todas las horas que pasaron juntos con la niña. Las amaba a las dos. Eran una familia y seguirían siéndolo, pasase lo que pasase.

Afirmar su compromiso de cierta forma resolvió el problema. Connor cerró los ojos y pronto estuvo tan profundamente dormido como Courtney.

Cuando el llanto de la niña rompió el silencio de la noche, Connor se incorporó de inmediato en la cama. Adormilado miró el reloj de la mesilla y dejó escapar un callado gemido. Eran las cuatro de la mañana.

La niña volvió a llorar. Courtney no se movía. Evidentemente estaba agotada por la vigorosa experiencia. Connor sonrió cariñoso y la besó en la frente. Además llevaba toda la semana despertándose de noche por la niña.

Se merecía descansar.

Salió de debajo de las sábanas, se puso la bata y se acercó al cuarto de la niña. Había una pequeña y tenue luz para poder llegar hasta la cuna. Sarah apretaba los puños y tenía las piernas levantadas, como si de la furia quisiera saltar. O tenía hambre, o había que cambiarla, o las dos cosas, y dejaba saber al mundo entero que esperaba que solucionaran su problema al instante.

Connor la levantó y la llevó hasta la mesa para cambiarle el pañal. Aunque por lo general era Courtney quien se ocupaba de los pañales, había cambiado a la niña varias veces en aquella semana, así que sabía lo que tenía que hacer. Sarah había dejado de llorar y lo miraba con sus enormes ojos azules.

—Papá está aquí —dijo con voz baja, tomándola en brazos. Se sentía protector y paternal—. Papá estará siempre contigo.

Sarah se chupaba ávida el puño, y él sabía que eso significaba hambre.

—¿Quieres desayunar, en? ¿Qué clase de horario es el tuyo, *Cookie*? Ni siquiera los marinos en campos de maniobras se levantan a estas horas de la madrugada.

Calentó el biberón, luego se sentó en la mecedora, niña y biberón en mano. Sarah emitió un ruidito de alegría cuando la minúscula boca se cerró alrededor de la tetilla. Chupaba vigorosa, mirando fijamente a Connor a la cara.

—Eres mi pequeña —le dijo con voz suave aunque intensa—. No sé muy bien lo siguiente que pasará, pero te aseguro que todo va a ir bien para nosotros, *Cookie*. Te lo prometo.

Oyó que Courtney lo llamaba en voz baja al principio. Luego la voz subió de tono por el miedo.

—¿Connor, en dónde estás?

—Estoy en el cuarto de la niña.

Courtney apareció, desnuda y despeinada, y se detuvo en la puerta.

—Pensé… que te habías ido —susurró ronca.

El le tendió la mano.

—Ven aquí.

—No estoy vestida —avergonzada, se puso el recatado camisón rosa y blanco que no se había puesto aquella noche. Cuando entró al cuarto de Sarah, Connor sonrió.

—Pareces una virgen sacada de un convento —dijo en tono de guasa él. Era una introducción perfecta, por si ella se sentía con ganas de confesar algo.

A Courtney se le secó la boca.

—Desde luego no lo soy —se apresuró a decir tratando de parecer tan desenfadada como él. Pensó en cómo hicieron el amor antes, el abandono erótico, los clímax abrasadores, cada vez más intensos. Le respondió de una forma impensable en una virgen inhibida como ella.

Cuando se despertó y vio que no estaba en la cama, sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Connor se había dado cuenta de que ella era virgen, le gritó su mente, supo que no estaban casados. Se vio atrapado en la jaula del compromiso que tanto aborrecía y se fue.

Courtney se estremeció.

—Ven y siéntate en mi regazo —le ordenó Connor.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Ya está ocupado. No quepo —pero caminó hacia la mecedora donde él estaba sentado con Sarah.

Con una mano tiró de ella y la sentó en su rodilla. Luego movió a la niña de forma que con sus brazos las rodeaba a las dos a la vez.

—No voy a irme a ningún sitio, Courtney —le dijo, ahuyentando su primer temor.

Ella se acercó más a él, acurrucándose en su regazo mientras acunaba a la niña en sus brazos. Nunca en su vida se sintió más a salvo ni más satisfecha, quería saborear la seguridad del momento.

—¿Por qué tienes miedo de que te deje? —le preguntó él.

Courtney se tensó al oír la pregunta.

—Nunca me han gustado las despedidas —respondió evasiva—. Durante todos aquellos años que papá estuvo en el ejército y teníamos que mudarnos constantemente, nos despedimos muchas veces… y siempre quedaba destrozada.

Pero ella sabía que nada era comparable al dolor que sentiría si Connor se iba… y lo haría, se recordó con aspereza. A menos que, por algún extraño milagro, no recuperase la memoria junto con su horror por el comentario, la familia y el compromiso.

No iba a decir la verdad, se dio cuenta Connor. Por alguna razón… ¿miedo?… No iba a decirle por qué dijo que llevaban casados cinco años, por qué permaneció virgen hasta esa noche, ni por qué le contó a Wilson Nollier esas historias sobre la esterilidad que les impedía concebir.

Lo que lo condujo a otra importante cuestión. Aquella supuesta esterilidad era evidentemente falsa. Y él no usó ningún control de embarazo aquella noche. A menos que ella tuviese alguno, y tenía la fuerte convicción de que no, podría haberla dejado embarazada.

Miró a Courtney cuya cabeza descansaba cómodamente en su hombro, a la pequeña Sarah, cuyos párpados se cerraban de sueño. ¿Otro niño?

La idea le pareció demasiado atractiva.

—No va a haber despedidas —dijo él, con voz ronca y ásperamente tierna.

Le tapó la boca con la suya y le dio un beso profundo, largo y lento, un beso de posesión y compromiso. Se separaron a su pesar cuando la niña se removió inquieta.

—La pondré en la cuna —dijo Courtney sin aliento, levantándose con Sarah en brazos. Sarah se quedó profundamente dormida casi al instante.

—Es una niña que da pocos problemas —comentó Connor.

—No siempre. Hace unas cuantas noches le dio por quedarse despierta después del biberón, con ganas de juerga. —Courtney sonrió al recordarlo—. Yo apenas podía mantener los ojos abiertos, pero ella me obligaba a seguir.

—¿Y ahora? —Connor la cogió en brazos y la llevó de vuelta al dormitorio—. ¿Somnolienta?

Le hizo la pregunta mientras le sacaba el recatado camisón por la cabeza. Se quedó desnuda ante él, sintiéndose sensual y excitada, y más despierta que nunca.

—No —contestó ella, levantándose, y poniéndose de puntillas, le pasó los brazos por el cuello. Le sonrió a los ojos.

—¿Tienes alguna idea?

Connor se rió a gusto.

—Tal vez un poco de mimo —con las palmas de las manos le rodeó los pechos, deleitándose y acariciando la suave y cálida redondez. Con el pulgar jugueteó con los pezones erectos—. Por encima de la cintura.

Un gemido sin casi aliento escapó de la garganta de ella.

—Y por abajo —añadió él, pasándole las manos por la curva de la cintura hasta más abajo de las caderas. Hundió los dedos en la pletórica suavidad del trasero, apretando, frotando y explorando.

Courtney gimió. El tiró de ella hacia la cama, encima de él.

—También nos besaremos un poco —continuó él, y le poseyó la boca con la suya, apasionada y fuerte y profunda.

Courtney enroscó los brazos y las piernas alrededor de él y le correspondió a los besos, completamente rendida a las fieras exigencias de la boca y del cuerpo de él. Cuando él la giró para acostarla de espaldas y se puso encima de ella, Courtney se arqueó, gimió y se aferró a él. Lo deseaba, lo deseaba desesperadamente.

—Eso era lo que yo quería, nena —le susurró al oído, conteniéndose para esperarla.

—No me dejes —le rogaba suavemente Courtney. Lo aferró fuertemente con los dedos.

—Nunca —entró en ella y sus cuerpos se fundieron una vez más. El le susurró palabras de amor, y oscuras y excitantes palabras de pasión, y en respuesta, ella le dijo cosas que jamás imaginó que diría, cosas que lo excitaban y le complacían.

Capítulo 10

La mañana siguiente era soleada y especialmente cálida para abril, perfecta para dar un paseo por la arboleda de Maple Street. La señora Mason les prestó un antiguo cochecito a Connor y Courtney para Sarah que, bien abrigada, se pasó todo el paseo durmiendo.

—Son casi las diez —comentó Connor, mirando su reloj de pulsera—. Debemos volver. Wilson y… mi padre deben estar a punto de llegar.

Courtney se sobresaltó. No podía evitar el sentimiento de que la visita que esperaban de Richard Tremaine fuese para ellos portadora de desgracias. ¿Sería Tremaine tan astuto y manipulador como su viejo amigo Nollier?

A pesar de todo su dinero y su éxito en el mundo de los negocios, el carácter de Richard Tremaine no parecía muy recto: una relación adúltera, un hijo fuera del matrimonio por cuya adopción pagó a una pareja. Y vaya pareja que escogió, el desdichado matrimonio McKay, en palabras del propio Connor, un jugador y su hosca esposa.

Desgraciadamente estaba convencida de que era la amnesia de Connor la que animaba a Tremaine a buscar al hijo abandonado después de tantos años. ¿Cómo iba a dejar que el confiado Connor conociese a ese hombre del que apenas sabía algo? ¿Y si inspirado por algún sádico capricho Tremaine se embarcaba en mentiras y juegos que Connor no estaba preparado para manejar?

—Connor, hay algo que quiero que sepas —empezó, pero se calló en seguida.

—Cariño, ya sé que no te agrada que venga a verme mi padre. Sin embargo…

—Connor, no lo conoces, nunca lo has tratado —dijo ella—. Es simplemente tu padre biológico, nunca se casó con tu madre, te crió otra pareja. Hoy se verán por vez primera Richard Tremaine y tú. Creciste creyendo que Dennis McKay era tu padre, y… él murió hace seis meses.

Esperó que él diese indicios de impacto, de decepción, de cualquier cosa. En cambio permaneció sereno y calmado, todo lo contrario que ella.

—Courtney, agradezco tu interés, pero no veo qué daño puede haber en que conozca a Richard Tremaine —no quedaba nada de la tensión y hostilidad que emanaba de él en el pasado cuando hablaba del hombre que pagó por deshacerse de él. Se encogió de hombros—. Creo que es un encuentro que tal vez debió producirse mucho tiempo atrás.

Aceleró el paso, dirigiendo el cochecito de niños hacia la casa de la señora Mason. Courtney lo siguió a la zaga, hasta que él se detuvo a esperarla. Le pasó el brazo por los hombros.

—No tienes que preocuparte por nada, cariño.

¿Por nada? No podía librarse de la desconocida pero intensa necesidad de llorar. Todo sucedía tan de prisa, se sentía impotente mientras el tiempo y los acontecimientos escapaban de su control. Desde que se levantó aquella mañana, no podía dejar de tocarlo, no podía perderlo de vista ni por un momento. Le dolía el cuerpo en sitios que la hacían ruborizarse de sólo pensar en ellos. Era dependiente y pegajosa, algo completamente impropio de su naturaleza fuerte y valiente. Amaba mucho a Connor, y no podía evitar la terrible premonición de que iba a perderlo para siempre.

Se frotó la cara contra su pecho, abrazándose con fuerza a él, deseando no tener que soltarlo nunca. El le pasó la mano por la cintura.

—Te amo —le dijo, con voz enronquecida—. Me gustaría que ya hubiera terminado esta visita y Sarah estuviese durmiendo, y nosotros… —le murmuró al oído algo tan descaradamente sexual, que ella volvió a ruborizarse.

Se le aceleró la respiración y se le tensaron los senos hasta dolerle. Tenía tal poder sobre ella, que con unas simples palabras la

ponía en aquel estado. Pensó en la pasión de la noche anterior y tembló.

Lo miró, sorprendida y temblorosa. El enarcó las cejas, con una sonrisa decididamente perversa.

—Yo también me acuerdo, gitana.

A ella se le desbocó el corazón. La forma en que él la miró, la forma burlona y seductora en que la llamó gitana… ¿Sería posible…?

El se inclinó y le dio un largo y apasionado beso en la boca. Durante el resto del camino de regreso, imágenes sensuales, recuerdos de su recio cuerpo contra el de ella, moviéndose en su interior, se sucedieron en su mente impidiendo cualquier pensamiento coherente.

Wilson Nollier y Richard Tremaine estaban en la sala cuando ellos llegaron a casa de la señora Mason. Courtney se quedó paralizada al verlos.

Pero no Connor. Con calma, sacó a la niña del cochecito y se la entregó a Courtney antes de dirigirse hacia los dos hombres.

—Connor. —Wilson Nollier rompió el silencio—. Éste es Richard Tremaine. Tu padre.

Courtney contuvo la respiración. Todo aquello le pareció que se desarrollaba en cámara lenta. Vio a Richard Tremaine extenderle la mano a Connor, vio cómo intercambiaban un firme apretón de manos. Y luego, para gran desconcierto de ella, Richard Tremaine, la imagen misma de la riqueza y el éxito empresarial, con su aire de ejecutivo mesurado y su impecable traje, de pronto rodeó a Connor con los brazos y lo estrechó con fuerza.

A ella se le abrió la boca de la sorpresa. Había lágrimas en los ojos verdes de Tremaine. Ojos tan parecidos a los de Connor en el color y la forma que no entendía cómo no se dio cuenta la primera vez que lo vio. Claro, entonces no sabía que era el padre de Connor. Pero Connor, sí.

No apartó la mirada, preguntándose qué sería lo siguiente. De cierta forma esperaba que Connor dijera de pronto que había recuperado la memoria y empezase a maldecir a Richard Tremaine por haberlo entregado a los McKay.

Pero no sucedió. Y aunque Connor no correspondió al abrazo de Tremaine, tampoco se apartó.

—Hijo mío —dijo el mayor de los hombres con voz estrangulada por la emoción—. Connor, he deseado durante tanto tiempo que llegara este día. Treinta y cuatro años de espera. Pero nunca perdí las esperanzas de que sucediera.

Courtney pensó que era demasiado efusivo, y por un momento deseó que reapareciera el antiguo y áspero Connor para decírselo. Se removió inquieta en la silla, contemplando cómo Tremaine volvía a abrazar a Connor y declaraba su dicha por aquella reunión tanto tiempo esperada. Finalmente no pudo contenerse más.

—¿Si deseaba tanto ver a Connor, por qué no lo buscó antes, señor Tremaine? —preguntó en tono frío.

—Lo deseaba desesperadamente —intervino en seguida Wilson Nollier—. Pero la madre de Connor se negó a permitir ningún tipo de contacto con su hijo. Cuando se casó con Dennis McKay, le dijo a Richard Tremaine que había terminado todo entre ellos y que nunca formaría parte de la vida de su hijo. Ella pretendía criar a Connor como hijo legítimo de McKay. Richard sintió que debía respetar sus deseos. Me quedé sin habla cuando supe que Connor sabía quién era su padre. No eran ésos los planes de Nina cuando rompió con Richard. Me puse en contacto de inmediato con Richard, antes incluso de saber nada del accidente. El quería conocer a Connor en seguida pero… creí prudente esperar unos días.

—Eso no tiene ningún sentido —visiblemente confundida, Courtney se quedó mirando a los tres hombres—. Connor me dijo que Dennis McKay le había dicho que su madre era una amiguita de Richard Tremaine que le entregó el niño a los McKay después de que el señor Tremaine les pagara una sustanciosa cantidad por ocuparse de él.

—¿Qué dices? —dijo brusco Nollier—. Su madre nunca se lo entregó a nadie. Se casó, desoyendo mi consejo, debo añadir, con Dennis McKay porque quería conservar su niño. Hace treinta y cuatro años, una joven soltera no se atrevía a criar abiertamente a un hijo ilegítimo. No es que ella tuviera que hacerlo. Richard quería…

—Por eso los McKay no adoptaron legalmente a Connor —lo interrumpió Courtney, recordando el comentario hecho de pasada por Connor en la oficina de Kaufman.

—Nina dio a luz a su hijo, así que no necesitaba adoptarlo —dijo

Nollier con condescendencia—. Además, en la mayoría de los estados, un niño nacido dentro de un matrimonio se considera hijo legítimo del marido. Desde luego en el estado de Maryland.

Courtney y él se miraron el uno al otro, como si acabasen de darse cuenta de que ellos eran los únicos que hablaban. Ni Connor ni Richard Tremaine habían dicho una palabra.

—Nunca le pagué a nadie para que se hiciese cargo de ti —dijo Richard, sin apartar los ojos de su hijo—. Yo quería formar parte de tu vida, pero tu madre no lo permitió. Enviaba dinero mensualmente a Dennis McKay porque tu madre dejó muy claro que no quería nada de mí. Se negó a tener nada que ver conmigo, ni siquiera me hablaba. Me dijeron que creías que eras hijo de los McKay y pensé que decirte lo contrario, habría sido egoísta de mi parte y traumático para ti. Pero envié cheques a Dennis y él me mandaba periódicamente noticias y fotos tuyas.

—Y Dennis McKay cobraba los cheques todos los meses y se los jugaba —exclamó indignada Courtney, recordando la enigmática versión de Connor de la historia de su familia—. Connor nunca supo nada de ese dinero y estoy segura de que tampoco la señora McKay. Tuvo que trabajar mucho para sacar adelante a su familia durante todos esos años mientras que jugador empedernido tiraba el dinero de Connor y encima le mentía sobre sus padres.

Estaba indignada por las dos cosas. A Connor lo estafaron y le envenenaron la mente desde niño. Saberlo la enfurecía.

—Siempre tuve la sospecha de que Dennis McKay era un sinvergüenza de cuidado —intervino Nollier, igualmente indignado —. Traté de advertírselo a Nina, pero era tan terca. No quiso escucharme, me dijo que Dennis había accedido a casarse con ella y reconocer al niño como si fuera propio. No quiso que Richard siguiera adelante con sus planes de divorcio, insistió en que siguiera con su esposa Marnie y…

—Nina, no soportaba los remordimientos por nuestra relación. —Richard miró a Connor—. Verás, yo estaba casado cuando conocí a tu madre…

—Pero no era una de esas relaciones de baja calaña —lo interrumpió Nollier con su habitual exaltación—. Yo estaba con tu padre cuando se conocieron, Connor. Richard se había cortado la mano en el club y necesitaba que le dieran unos puntos. Lo lleve al

hospital donde tu madre era la enfermera de guardia en urgencias. Se miraron y se produjo el flechazo. ¿Recuerdas esas viejas películas en la que se ven fuegos artificiales cuando la pareja se encuentra? Así fue lo de ellos, Connor, te lo juro. No pudieron evitarlo, se enamoraron locamente.

—Entiendo —dijo Connor en tono guasón.

Courtney lo miró con ansiedad creciente. Estaba muy calmado y parecía tomarse todo aquello terriblemente bien. Pero ya su mente estaba libre de los amargos recuerdos plantados y alimentados por Dennis McKay. Ella estaba más afectada emocionalmente por la nueva versión de la historia que él.

—Fuegos artificiales —repitió ella, girando los ojos hacia arriba. Las imágenes de las viejas películas estaban muy manidas, pero utilizarlas como defensa era bastante novedoso. Respondió en consonancia—. ¿Una de esas «atracciones más fuerte que nosotros»?

—Fue exactamente así, pero eso no disculpa que engañase a mi esposa —dijo con tristeza Richard Tremaine—. Fui deshonesto, actué mal y he pagado por ello cada día de mi vida. Le hice daño a Nina, y los perdí a los dos, a ella y a mi hijo.

Aquel pesar inconfundible le llegó a Courtney. Había esperado arrogancia y orgullo, no sincero remordimiento.

—Richard, no debes ser tan duro contigo mismo —exclamó Wilson Nollier—. Déjame añadir algunas pinceladas para estos chicos. Estabas atrapado en un matrimonio desdichado. Tu mujer no te comprendía.

Courtney frunció el entrecejo. Puede que Richard Tremaine no hubiese recurrido a los argumentos habituales, pero Wilson Nollier acababa de hacerlo plenamente. ¿O era aquello una actuación perfectamente sincronizada, del tipo policía bueno policía malo con algún fin infame y oculto?

Lanzó una mirada disimulada hacia Connor y descubrió que la miraba. Se apartó de su padre para acercarse a ella.

—¿Por qué no llevas a la niña a acostar? —le propuso en voz baja—. Luego descansa un poco —le pasó el pulgar por las ojeras—. Estás cansada, necesitas una siesta —bajó más la voz—. No dormiste mucho anoche.

Courtney se estremeció. No era muy justo por su parte recordar lo sucedido la noche anterior cuando ella trataba de mantenerse

serena delante de Nollier y Tremaine.

El le dedicó una sonrisa lánguida que prometía… sexo. Hacer el amor de la misma forma lenta y prolongada como lo hicieron aquella mañana antes de levantarse. Pensó en la íntima penumbra, los besos eternos, las caricias lentas y profundas. La absoluta explosión de placer, la grata sensación posterior.

—Subiré en seguida —le prometió él, mirando el suave sofoco que reflejaban sus mejillas. Sonrió.

Pero si la pasión le obnubilaba el cerebro, no la atontaba del todo.

—Quieres que me vaya para hablar con… él —miró sombría a Richard Tremaine. El le sostuvo la mirada tranquilo, pero su expresión era enigmática, indescifrable.

Tenía miedo de él, se dio cuenta Courtney. Tremaine era un hombre rico y poderoso con todo tipo de relaciones, con amigos en las altas esferas. Y uno de sus amigos era Wilson Nollier, el traficante de niños a quien ella y Connor habían descubierto. El hecho de que Nollier hubiese sido maravilloso con los dos, con Connor y con ella durante su estancia en Shadyside Falls, hacía más difícil, no más fácil, confiar en Richard Tremaine.

—Anda, nena —pasándole el brazo por los hombros, Connor la condujo fuera del salón. Le dio un ligero beso en la frente—. Deja de preocuparte. ¿No te prometí que todo saldría bien?

Incluso entonces, ella habría insistido en quedarse, pero de pronto Sarah abrió los ojos y parecía como si fuera a llorar.

—De un momento a otro pedirá su comida —observó Connor, pasándole un dedo por la mejilla a la niña. Sarah instintivamente buscó el dedo con la boca.

—Courtney se dirigió hacia las escaleras. No tenía más elección que marcharse y atender a la niña. Pero antes de subir pudo oír a Richard Tremaine decir:

—Connor, sé que eres abogado, y quiero ofrecerte el puesto indicado o Tremaine Incorporated…

Courtney subió casi corriendo las escaleras, sintiendo pánico. «Creía que Connor era abogado». Porque ella le había dicho a Wilson Nollier, cuando tuvo que inventar una profesión que no tuviera nada que ver con la revista Insight ni con los programas de chismes de la televisión. Necesitaban ayuda.

Mientras Sarah dormía plácidamente en su cuna y Connor hablaba abajo con su padre y con Nollier, Courtney marcó el número de las oficinas de la revista Insight en la ciudad de Washington.

Kieran Kaufman no se alegró de oírla…

—Tengo tres artículos a medio hacer y un plazo de entrega que puede terminar matándome —tronó él—. Encima, toda mi vida es un infierno. ¿Qué quieres?

Courtney tragó en seco. No iba a ser fácil. Kaufman no le recordaba en lo más mínimo al tipo benevolente y amable que inspiraba confidencias. Imposible.

—Connor tiene amnesia —le soltó de sopetón, a pesar de que se preguntaba por dónde debía empezar.

Kaufman soltó una carcajada.

—Has visto demasiados culebrones, chiquilla. ¿Qué otra cosa va a hacerse allí en Shadyside Falls?

—¡Hablo en serio! —exclamó ella, subiendo la voz de nerviosa que estaba—. Connor cree que es abogado y…

—Es abogado —la interrumpió Kieran—. Y si crees que tiene amnesia, eres una ingenua de marca mayor. Evidentemente lo está simulando… ¿para llevarte a la cama, tal vez? ¿Ha funcionado?

Courtney estaba demasiado impresionada para responder nada. ¿Connor era de veras abogado? ¿Qué le dijo camino de Shadyside Falls?: «¿Y si te dijera que pasé por la facultad de derecho, que soy abogado en Virginia, Maryland y el Distrito de Columbia?».

En vez de escuchar, ella asumió que le estaba tomando el pelo.

Kaufman rompió el silencio.

—¿Algo más? ¿O quieres que nos quedemos así desperdiciando mi tiempo?

—Si Connor es abogado, ¿por qué no ejerce? —quiso saber ella —. ¿Por qué trabaja de…?

—Bueno, basta de preguntas tontas. Tengo que dejarte.

—Estás de un humor de perros —dijo bruscamente ella antes de que él cortase.

—Sí, es culpa tuya. Eres quien me presentó a Jarrell Harcourt y arruinó mi vida.

Courtney fue tomada por sorpresa, primero por el cambio de tema, y luego por el tema mismo.

—Yo no. Te presentaste tú solito.

—Maldita sea, nunca creí que pudiera pasarme a mí —tronaba Kaufman—. No soy la clase de tipo del que se enamoran las mujeres… y mucho menos que piensen en casarse.

—No vamos a discutir por eso ahora. Pero siempre me pareció que Jarrell era… pues, extraña. Puede que no quieras reconocerlo, pero estás colgado, Kaufman —afirmó Courtney—. Estás enamorado de ella. Si no fuera así, te habrías deshecho de ella en cuanto empezase a usar palabras aterradoras como amor y matrimonio. Espero que me invites a la boda —añadió con malicioso regocijo.

Kaufman soltó una maldición y colgó con tanta fuerza, que a ella le siguió retumbando en el oído. ¿Kieran Kaufman y Jarrell Harcourt? Courtney sonrió ampliamente. Qué pareja más espantosa. Le habría gustado que Connor hubiera recuperado la memoria para que se rieran juntos.

De pronto se puso seria. Cuando Connor recuperase la memoria, no querría saber nada de ella. Estaría furioso, la acusaría de manipularlo, de aprovecharse de él, de atraparlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella hizo todo eso, ¿no? Tenía la terrible sensación de que sus razones, su miedo y su aturdimiento, y la más importante de todas, que lo amaba, no la excusarían ante sus ojos.

Inquieta caminó de un lado a otro de la habitación. Atormentada por sus pensamientos, miró una y otra vez a la niña dormida y hasta que, incapaz de seguir sola ni un segundo más, bajó.

El salón estaba vacío, y fue corriendo a la puerta principal, el pulso acelerado, imaginando toda clase de desastres que explicasen la ausencia de Connor.

Todos desaparecieron cuando lo vio junto al bordillo despidiendo a Richard Tremaine y Wilson Nollier. Sintió un gran alivio, pero el corazón seguía latiéndole con fuerza, los brazos y las piernas flácidos.

Connor volvió a entrar en la casa y la miró.

—¿Qué pasa, cariño? —Su voz, su expresión, llenas de preocupación.

—No estabas cuando bajé —sacudió ligeramente la cabeza—. Pensé… Imagino que tuve miedo de que te hubiesen secuestrado o algo así —dijo en voz baja, mofándose de sí misma.

El la envolvió entre sus brazos. Ella se apoyó en él, se colgó de

su cuello, a punto de pedirle que le dijera que no la dejaría nunca.

Cuando supiera la verdad, se iría.

—¿Qué tal la reunión? —preguntó, la voz amortiguada en el pecho de Connor.

—Muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo Connor —. El… Richard Tremaine… mi padre… me ofreció un trabajo en la empresa familiar. Quiere reconocerme legalmente como hijo, quiere que conozca a mis hermanos y forme parte de la familia.

Courtney levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Me habló un poco de su esposa, Marnie —siguió Connor—. Me dijo que era una mujer encantadora y hermosa, pero que nunca se amaron, eran demasiado jóvenes cuando se casaron cediendo a presiones familiares. Fue un matrimonio de conveniencia para los dos. Nunca fueron felices, aunque Marnie tuvo a Cole durante el primer año de casados. Entonces mi padre conoció a mi madre.

—¡Fuegos artificiales! —dijo Courtney, recordando las palabras de Nollier.

—Exactamente. El quiso divorciarse de su mujer y casarse con mi madre cuando quedó embarazada, pero ella no quiso oír hablar de eso. Estaba convencida de que era el castigo por sus pecados, y si su matrimonio terminaba, los dos arderían eternamente en el infierno —se encogió de hombros—. Así que prefirió el infierno en este mundo con Dennis McKay, y Richard siguió con su esposa y tuvo dos hijos más. Entonces Marnie murió en un accidente. Poco tiempo después, buscó a mi madre y le pidió que se divorciara de McKay. Ella se negó.

—¿Más castigo? —conjeturó Courtney.

Connor suspiró.

—Supongo que sí. Le dijo a Richard que no amaba a Dennis McKay, pero se sentía en deuda con él, además tenía dos hijos con él. Dijo que era un padre aceptable y no podía romper el hogar de sus hijos. Mi padre no volvió a casarse. Me dijo que si no podía tener a mi madre, no quería a nadie más.

—Qué triste —susurró Courtney—. Cuánto desperdicio.

—Dijo que alimentó la ficción de viudo inconsolable por sus hijos, pero que quería decirles toda la verdad. —Connor se aclaró la garganta—. Quiere que me haga cargo de una cartera de acciones y un fideicomiso que creó hace años a mi nombre. Esta noche va a

llamar a mi madre para decirle lo que ha pasado.

—¿Decirle que piensa reconocerte? —dijo Courtney, tragando en seco—. Me pregunto cómo lo tomará.

—Me interesa más saber cómo lo vas a tomar tú. Esto nos afectará, Courtney. A ti, a mí y a Sarah, y a quien quiera que venga —le colocó una mano en el vientre. ¿Admitiría ella al menos el engaño de la supuesta esterilidad?

Pero impresionada por las consecuencias de la llamada de Richard Tremaine a la madre de Connor, Courtney no relacionó el comentario. En lo único que podía pensar era en que Nina McKay sabía que su hijo no estaba casado y no vacilaría en decírselo a Tremaine.

Entonces todo se derrumbaría. Había estado viviendo un mundo irreal, reconoció sombría. Contaba que viviría más tiempo con Connor y Sarah como una familia. Siempre pensó que sería hasta que él recuperase la memoria. Una parte de ella esperanzada y completamente fantasiosa deseaba que durara para siempre.

Y de pronto sólo tenía hasta que se hiciera de noche.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el pecho de él, ocultando la cara, para que no viera su angustia. Un dolor desgarrador se abrió paso en su interior, con tanta fuerza que tuvo que contener el aliento para no gritar. Otra partida, otro adiós. Había pasado por tantos, pero sin la menor duda, aquél sería el más difícil.

—¿La niña está durmiendo? —preguntó con voz ronca Connor.

La abrazó más estrechamente, haciéndola arquearse. Hundió la nariz en su pelo, en la oreja, en la curva del cuello, aspirando el aroma de su piel, saboreándolo. Con un ronco gemido, le cubrió el seno con la mano, frotándoselo lenta y sensualmente.

La firmeza del cuerpo de él no dejaba ninguna duda de lo que deseaba. Estaba muy excitado. Connor dejó escapar un tembloroso suspiro. Su recién conocida faceta de mujer apasionada quería gozar de todas las sensaciones que sentía en su interior. Pasar aquellas últimas horas haciendo el amor con él, porque eso sería lo único que le quedaría después de aquella fatídica llamada telefónica.

Pero todas las habilidades desarrolladas a lo largo de años de dolorosas despedidas se agolparon en su mente. Cada vez que la familia Carey recibía órdenes de traslado, Courtney había superado el dolor de las separaciones, retrayéndose en sí misma, apartándose

suave e irrevocablemente de aquéllos a quienes tenía que dejar atrás.

Era lo que tenía que hacer ya. Aquella llamada sería el equivalente de una orden de traslado del Tío Sam.

Cuando Connor estaba a punto de levantarla en brazos y llevarla a la habitación, se desasió del abrazo.

—Es un día precioso —dijo componiendo una radiante sonrisa.

Connor no estaba interesado en el tiempo. Trató de atraparla, de volver a abrazarla. Pero aunque fue rápido, Courtney lo fue aún más. Se le escurrió y se fue al otro extremo de la habitación, sonriendo cada vez más.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer hoy! —dijo con entusiasmo—. Iremos a comer al campo. Es un día perfecto y a Sarah le hará bien un poco de aire fresco. Y a nosotros también…, Hemos estado mucho tiempo encerrados en el hospital. La señora Mason me ha hablado de un parque en las afueras del pueblo. El río Shadyside pasa por el parque y hasta hay una cascada. De allí le viene el nombre al pueblo.

Connor hizo una mueca. Estaba tan interesado en la geografía de la zona como lo estaba del tiempo, o lo que era lo mismo, nada en absoluto. Su cuerpo ardía en deseo. La deseaba tan desesperadamente que apenas podía contenerse y cruzar la habitación, echársela al hombro y subirla al dormitorio.

—No quiero salir al campo —reconoció él—. Courtney, quiero…

—Pero Sarah y yo sí, y vamos a ir —tarareó Courtney alegre y salió corriendo de la habitación.

Su partida fue tan rápida e inesperada, que Connor no tuvo tiempo de actuar. La oyó llamar a la señora Mason, que estaba en la cocina preparando algo de repostería. El delicioso aroma que venía de allí no le tentó en lo más mínimo.

¿Una comida campestre? ¿Qué le pasaba a ella? Entrecerró los ojos pensativo. Courtney tenía que saber lo mucho que la deseaba. Su cuerpo se lo demostró. ¿Se habría enfriado por el evidente deseo de él? ¿Trataba de enmascarar algo, las consecuencias de la pasión de la noche anterior?

Pensar en la noche pasada hizo renacer el deseo con mayor fuerza. Lo revivió todo, la urgencia, las febriles notas de placer, la fuerte y casi primitiva necesidad de unirse a ella, de marcarla

indeleblemente como suya.

¿Habría sido excesivo para ella? Empezó a sudar frío de sólo pensar en que podía haberle hecho daño. Al recordar la reacción de ella, sus suaves gemidos de placer, la forma maravillosa en que se aferraba a él…

Sin embargo, ella era virgen, y tal vez se sentía un tanto avergonzada y abrumada por las apasionadas exigencias que él le hacía. Connor frunció el ceño. Debería haberla perseguido escaleras arriba, donde en seguida habría puesto fin a sus temores virginales haciéndole el amor y satisfaciéndola de tal forma, que nunca volviera a sentirse inhibida con él.

Pero lo tomó desprevenido, y perdió la ocasión. Le latía el cuerpo de tensión sexual que fácilmente se convertiría en lujuria con un poco de ánimo por parte de ella. Tal vez si lo intentaba de nuevo…

Se fue a la cocina y encontró a la señora Mason metiendo una bandeja de galletas en el horno mientras Courtney cortaba rebanadas de pan.

—Connor, ¿cuántos emparedados puedes comerte? —le preguntó alegre.

Le sonrió de la forma que le sonreía a todo el mundo, lo que le sentó fatal, porque estaba acostumbrado a recibir su sonrisa más íntima, especial, una reservada exclusivamente para él.

—¿Quieres pan blanco, integral o de centeno? —le preguntó con el mismo tono impersonal con que se dirigiría a un conocido o a un camarero en una barra.

Connor aspiró profundo. Aquello no se parecía en nada a lo que le hubiera gustado que le preguntara. Y con la inefable señora Mason firmemente atrincherada, no había forma de iniciar una campaña sexual que la hiciera cambiar de opinión.

Dejó escapar un suspiro de frustración.

—No soy melindroso en el comer. Lo que prepares estará bien.

Así que había comida campestre. Se volvió y salió a grandes pasos de la cocina, asimilando el increíble fenómeno de Connor McKay acatando los deseos de una mujer.

Capítulo 11

—Reconócelo, no es tan malo —insistió Courtney entregándole a Connor otro emparedado. Los dos llevaban vaqueros y suéteres de algodón, el de ella amarillo y el de él verde, y estaban sentados sobre la gruesa manta que la señora Mason les prestó para la ocasión.

Courtney y Connor habían hecho caso omiso de las mesas y prefirieron sentarse a la sombra de un viejo y añoso roble. Sarah, en su pequeña cunita portátil colocada al otro lado de la manta, parecía no darse cuenta del cambio de entorno y dormía plácidamente.

—Ya sé que no te morías precisamente por venir, pero la estás pasando bien después de todo, ¿verdad, Connor? —Courtney rebuscó en la cesta de mimbre, otro préstamo de la señora Mason. Sacó dos manzanas, dos naranjas, unos bizcochos de chocolate envueltos en papel encerado, y una pila de galletas con trocitos de chocolate.

Connor mordió el bocadillo de pavo, jamón, queso, lechuga y tomate; el tercero que se comía.

—Me parece que tu amiga la señora Mason metió comida para un regimiento en esa cesta.

—Fui yo la que preparó la cesta —lo corrigió Courtney—. Pagándole la comida a la señora Mason, por supuesto.

—Por supuesto. La señora Mason sabe siempre cómo ganarse unos dólares. Bajo ese aspecto dulce y maternal, se halla una fiera mujer de negocios.

—¿Qué quieres decir? —Courtney le lanzó una rápida mirada. El comentario era muy propio del viejo Connor.

El estiró las piernas.

—¿No puedo hacer un simple comentario sin que me analices y escrutes? Pronto estarás diciéndome la fecha para mantenerme orientado como el bienintencionado personal del hospital.

Courtney se dedicó a desenvolver los bizcochos y las galletas. Y se los ofreció.

—Toma algo de postre.

Connor enarcó las cejas.

—¿Tratando de endulzarme el humor?

—Puede ser. Has estado muy irritable desde que…

—Decidiste que preferías una merienda campestre rodeados de los honestos ciudadanos de Shadyside Falls —hizo un gesto que abarcó a las familias sentadas a las mesas—… en vez de estar a solas conmigo.

A Courtney se le pusieron rojas las mejillas. La furia, ese excelente medio de distanciarse y evitar el dolor, surgió en su interior.

—Y como no quise tener sexo contigo, estás tratando de castigarme. En vez de disfrutar del hermoso día, del encantador parque y la deliciosa comida estás… estás malhumorado.

—Si lo estoy, al menos soy sincero. Esa ingenua alegría tuya es más falsa que… —De pronto dejó de hablar y cerró los labios con fuerza, como si quisiera poner un freno físico a las palabras que estaba a punto de pronunciar.

«Más falsa que nuestro matrimonio». Las palabras sonaron en la mente de Courtney. Aunque él no lo supiera, era una comparación terriblemente apropiada. Pero efímera, puesto que a aquel falso matrimonio le quedaban pocas horas de vida.

Ella se puso de rodillas y comenzó a guardar las cosas en la cesta.

—No debí irme a la cama contigo anoche —murmuró, furiosa consigo misma, con él y con la crueldad del destino que la tentó con lo que habría podido ser y se lo quitaba de pronto—. La hemos pasado muy juntos la semana pasada, nunca tuvimos una palabra más alta que otra, pero en cuanto hubo sexo…

—En tiempo presente, gitana —él se arrodilló, acercándose a

ella—. Hay sexo, mucho —la asió por ambas muñecas y se llevó las manos al pecho. Automáticamente ella apoyó las palmas sobre el suave tejido del suéter.

El la miró a los ojos oscuros y aterciopelados.

—Eres mía —dijo con pasión, en un susurro—. No voy a dejar que te vayas y no voy a dejar que me alejes de ti.

Con el pulgar, le recorrió el contorno de los labios temblorosos y abiertos para el. Le pasó la mano por la espalda, y la acarició hasta que ella exhaló un trémulo suspiro de excitación. Separó las rodillas para mantenerse más firme y la acercó más a él, envolviéndola con su cuerpo.

Courtney sintió la fuerza de su excitación oprimiéndole la parte más íntima y femenina de su cuerpo, haciendo que se sintiese plena y apasionada en seguida. Cuando él se frotó contra ella, sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Connor —susurró sin aliento cuando la boca de él se cerró sobre la suya.

—Lo sé, nena, lo sé —le metió las manos por debajo del suéter, deslizándolas por la piel desnuda de su espalda mientras ahondaba con su lengua en la boca de ella. La besó, un beso profundo y embriagador al que ella correspondió a plenitud, entregándose a todo el amor y la pasión que sentía por él.

—Vámonos de aquí —murmuró Connor con urgencia al oído—. Quiero estar a solas contigo. Quiero mostrarte lo mucho… lo bueno… —Las palabras le fallaron y hundió la boca en la suave curva de su cuello.

Una ligera brisa agitó las ramas, y Courtney agradeció el refrescante efecto sobre la piel acalorada de su cara. Aquello le hizo recuperar la cordura. Cuando sintió que él buscaba el cierre del sostén, le clavó las uñas en los brazos y lo apartó.

—Connor, estamos en medio del parque —tenía la voz ronca y él sonrió al oírla.

—Tienes razón —se apartó un poco—. No queremos escandalizar a los vecinos con una demostración de afecto. Pueden sentirse animados a detenernos.

El sonreía, había recuperado el buen humor, se dio cuenta con preocupación Courtney. Había estado malhumorado y hosco desde que ella lo rechazó, pero cuando, por la respuesta sin disimulo ni

reservas de ella, creía que pronto se saldría con la suya, tenía un humor estupendo.

Pero ella no era su mujer, y esa noche, después de que Richard Tremaine informase a Connor de la farsa de su matrimonio, no tendría la menor ocasión de convertirse legalmente en la esposa de Connor. Sintió una punzada en el corazón. Tomó la cesta y se dirigió hacia el coche, pisándole los talones a Connor. Lo contempló sacar a Sarah con cuidado de la cuna portátil y colocarla en la sillita de coche que estaba entre los dos asientos delanteros.

A Courtney se le llenaron los ojos de lágrimas. Connor era bueno para Sarah, tan cariñoso y preocupado. La niña lo necesitaba como padre tanto como ella lo necesitaba como esposo. Eran una familia. Pero después de esa noche…

¡Sarah! El corazón le dio un vuelco. Hasta ese momento, había partido de la base de que Sarah se quedaría con ella, aunque Connor se fuera. De pronto se le ocurrió que después de llamar a Nina McKay y a su hijo Connor, Richard Tremaine llamaría a su viejo amigo Wilson Nollier.

Tremaine le diría al abogado que no había matrimonio alguno. Courtney sintió que se ahogaba. Las dos posibilidades que le parecían probables eran intolerables. En la primera Connor conservaba a Sarah y la cuidaba como padre solo; en la segunda, entregaban la niña a una tercera pareja para que Connor pudiera iniciar su vida de Tremaine sin la constante molestia de las exigencias de un bebé. Ninguna de las dos opciones la incluía a ella.

Estuvo tan preocupada durante el corto trayecto de vuelta a casa de la señora Mason, que no articuló palabra. Connor iba igualmente callado, absorto en sus propios pensamientos. Y a juzgar por la sonrisa de satisfacción que había en su cara, sus pensamientos estaban relacionados con el dormitorio, pensó ella.

No podía seguir con Connor. Aunque había aceptado la realidad intelectualmente, no lo había hecho emocionalmente. Era su forma de asimilar las cosas. Pasaría mucho tiempo antes que su corazón aceptara la dolorosa realidad.

La cabeza le decía que era hora de alejarse de Shadyside Falls.

Courtney miró que la niña dormía tranquila. Con un poco de suerte, dormiría unas cuantas horas antes de despertarse y pedir su comida. La pañalera estaba en el asiento trasero, llena de pañales,

cremas, biberones preparados, mantas y dos mudas, completas de ropa. En la época de visitas diarias al hospital, aprendió la importancia de llevar de todo a mano.

Jugueteó con la cremallera del bolso que llevaba en el regazo. Tenía dinero, tarjetas de crédito, todo lo que necesitaba para irse. Por supuesto su ropa se quedaba en casa de la señora Mason, pero la casera podría mandársela llegado el caso, siempre y cuando se le compensara por tomarse la molestia.

Estaba decidido. Una oleada de profunda tristeza se apoderó de ella. No tenía sentido prolongar más aquella agonía, mucho menos cuando haciéndolo ponía en peligro el conservar a Sarah. El vinculó que se había establecido entre ellas era indestructible. No podía renunciar a ella.

¿Y Connor? Courtney tragó en seco tratando de deshacer el nudo que sentía en la garganta. No quería abandonarlo, tampoco, pero la elección no dependía de ella. El era un Tremaine, estaba fuera de su alcance y en unas horas sabría la verdad sobre aquel matrimonio ficticio. No se atrevía a correr el riesgo de lo que pudiera suceder ante la revelación, no con el bienestar de Sarah en juego.

Connor puso el freno de mano al coche frente a la casa de la señora Mason.

—Guardaré la llave para que no se pierda —dijo Courtney, sacando las llaves de la ranura de encendido.

Connor, preparado para tomarla en brazos y llevarla escaleras arriba para finalizar lo que habían iniciado en el parque, no advirtió el temblor nervioso de su voz ni la sonrisa forzada. Salió del coche y lo rodeó. Para dirigirse a la otra puerta y ayudarla a ella con la niña.

Antes que pudiese abrir la puerta, Courtney, se colocó de un salto al volante. Metió la llave y arrancó, haciendo chirriar los neumáticos.

Vislumbró a Connor, de pie en la acera, estupefacto. No quiso imaginarse lo que estaría pensando. Se sentía herido y decepcionado… al menos hasta que oyese la versión de Richard Tremaine.

La señal de la carretera indicaba la salida hacia la ciudad de Washington, y Courtney estaba a punto de tomarla cuando se le ocurrió que no podía ir a su casa. Podían estar esperándola allí.

Nollier sabía que ella trabajaba en la NPB y si sabía preguntar, sus compañeros le darían su dirección sin sospechar nada.

Courtney miró a Sarah, que, a Dios gracias, había decidido dormir de más aquel día. ¿Adonde irían? Mark y Marianne vivían en las afueras de Baltimore, pero tanto Connor como Nollier sabían de su existencia y podrían seguirla hasta allí. Había otra razón, una más intensa, para no refugiarse en casa de su hermano y su cuñada, reconoció con tristeza. No estaba preparada para enfrentarse a ellos con la niña, no después de los años que ellos llevaban buscando inútilmente un hijo.

Repasó mentalmente sus posibilidades, eliminando a los amigos, pues era del tipo de situaciones con las que sólo se podía molestar a la familia. Después de pensar en sus padres, su elegante hermana Ashlinn y su hermanastra Cathy, se decidió por Michelle. Ella podía ser su hermanastra, pero era a quien se sentía más unida. Se dirigió hacia Harrisburg.

Sarah despertó cuando llegaban a la ciudad y empezó a quejarse. Para cuando Courtney detuvo el coche en un estacionamiento cercano al edificio de su hermana, la niña lloraba con voz infantil.

—Tranquila, cariño —le dijo Courtney con voz tranquilizadora mientras subía el primer piso por las escaleras—, mamá pronto va a darte de comer. Sólo un segundo más, *Cookie*.

El apelativo de Connor salió espontáneo y las lágrimas le nublaron la vista. En medio del pasillo, con la niña llorando en brazos, se sintió más sola que nunca. Echó de menos a Connor con tal intensidad, que le dolió el pecho.

Llamó al timbre, una, dos, tres veces, sin obtener respuesta. Cuando iba a pensar en alguna solución para aquella noche se abrió la puerta.

—Michelle, gracias a Dios que estás aquí —gritó Courtney, entrando en la casa. Entonces se sobresaltó.

No era Michelle quien abrió la puerta, era un hombre. Un hombre que permanecía de pie, mirando con expresión incrédula a la niña y a ella, con una mirada similar a la que Courtney le dedicaba a él.

—¿Quién es usted? —Courtney estaba demasiado desconcertada para preocuparse de los buenos modales. Miró escéptica al hombre,

cuya camisa llevaba desabrochada y por fuera del pantalón, iba descalzo, y era tan abrumadoramente guapo, que al instante ella se puso en guardia.

—Soy Steve Saraceni, amigo de Michelle —el guapo desconocido sonrió, duplicando, triplicando su atractivo—. Y sé quién eres tú. Eres Courtney, la hermana de Michelle. Te he visto en fotos.

¿Era tan amable y encantador como maravilloso?, Courtney frunció el entrecejo.

—¿En dónde está Michelle? —preguntó.

—En un momento se reunirá con nosotros —dijo en tono suave Steve Saraceni—. Déjame que te ayude con la bolsa —cosa que hizo y permitió a Courtney cambiar de posición a la niña para que estuviese más cómoda. Pero Sarah no dejó de llorar.

—Tiene hambre y hay que cambiarle el pañal. —Dijo Courtney, colocando a la niña sobre el sofá.

—¿Cuánto tiempo tiene? ¿Dos semanas? —dijo Steve amable—. Mi hermana tiene un niño de cuatro meses —añadió—. Aún recuerdo sus primeras semanas.

—¡Courtney! —Michelle entró de prisa en la habitación, el pelo despeinado, evidentemente vestida a toda prisa, y Courtney tuvo la certeza de haber llegado en el peor momento.

—Michelle, siento llegar de esta forma…

—¿Y ese bebé? —La interrumpió Michelle, mirando consternada a Sarah—. ¿Has encontrado un bebé para Mark y Marianne? Es increíble. Has estado perdida. No sabes nada.

—¿Saber qué? —preguntó Courtney, estaba ganando tiempo, pues no estaba del todo preparada para decirle a Michelle que Sarah era de ella. Acunó a la niña en brazos y le dio el biberón.

—Las buenas nuevas de Mark y Marianne y los niños que han adoptado —le explicó Michelle, sentándose en el sofá—. Lo llamaron la semana pasada, inmediatamente después de que tú te fueras de la ciudad —aunque se dirigía a Courtney, Michelle no apartaba la vista de Steve Saraceni, quien como sin darle importancia, se arreglaba la ropa—. Tres niños, una de cuatro, otro de tres y otra de uno quedaron huérfanos en un accidente de coche el mes pasado. Decidieron quedarse con los tres. Pasado mañana los llevan a vivir con ellos.

Courtney dio un salto de sorpresa y alegría.

—Así que finalmente tienen familia. ¡Eso es fantástico! Serán unos padres estupendos, Michelle —sonrió, temblorosa—. Me siento tan dichosa por ellos, que tengo ganas de llorar.

Y se puso a llorar, meciendo a Sarah mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Lo que empezó siendo una reacción alegre se convirtió en lágrimas de pena y añoranza por su propia pérdida. Michelle trató de consolarla, alternando palabras tranquilizadoras con discretas preguntas relativas a Sarah.

Steve Saraceni abandonó la habitación, reapareciendo minutos después completamente vestido y acicalado.

—Michelle, como estás ocupada —dijo con su tono suave de voz —, me despido…

—¡No, espera! Por favor, no te vayas, Steve. —Michelle se puso en pie de un salto.

Su desesperación, tan palpable, tan poco disimulada, sacó a Courtney de las profundidades de su propia tristeza. A su hermana le brillaban los ojos de amor por aquel hombre cuyas ganas de marcharse eran tan inequívocas, como el deseo de Michelle de que se quedase.

«Oh, Michelle, cuando hay que separarse hay que separarse», la animó mentalmente Courtney. Esa misma tarde tuvo que recordar esa vieja y dura lección.

—Ninguno de los tres hemos cenado —continuó Michelle casi sin aliento—. Tengo enchiladas de pollo en el congelador. Puedo…

El sonido insistente del timbre la interrumpió.

—Yo atenderé —se apresuró a decir Steve.

Courtney casi esperó que saliese corriendo en cuanto abriese la puerta. Pero no lo hizo, pues en el umbral había dos hombres que impedían el paso, uno de ellos en traje azul marino, el otro, más joven, en vaqueros y suéter de algodón verde.

Courtney ahogó un grito y empezó a temblar. ¡No podía ser! Palideció. Estaba tan segura de que Sarah y ella se encontraban a salvo en el apartamento de Michelle.

A Saraceni se le iluminó la cara con una beatífica sonrisa.

—Vaya, usted es Richard Tremaine —exclamó, dirigiéndose al mayor de los hombres—. Lo reconozco por las fotos de las revistas económicas —añadió en tono reverente, extendiendo la mano para

saludarlo—. Querida, no me habías dicho que conocías a Richard Tremaine.

Michelle se quedó mirando a los dos hombres que estaban ante su entrada.

—No lo conozco —dijo, sorprendida.

Connor dio un paso al frente y entró en el apartamento. La mirada fija en los ojos de Courtney, y ella desvió la vista que dirigió hacia la niña que tenía en brazos.

—Richard, ¿por qué no invitas a Michelle y a… Steve a cenar por allí, mientras Courtney y yo hablamos? —dijo Connor, con voz baja y tensa que hizo temblar a Courtney. Siguiendo un impulso, empezó a caminar despacio, con la niña en brazos, hacia el interior del apartamento.

—Estupenda idea —le secundó Richard Tremaine—. Michelle, Steve, estoy seguro de que sabrán recomendarme un buen restaurante.

—Sí, señor, desde luego que puedo. —Steve Saraceni estaba radiante—. Dígame su especialidad preferida y le diré el mejor lugar. Michelle, vamos, cariño —extendió la mano, y ella vaciló un instante antes de tomarla—. ¿Qué le trae por aquí, señor Tremaine? —preguntó Steve, dirigiendo de nuevo todo su encanto a Richard Tremaine—. Espero que disfrute de…

Los tres abandonaron el apartamento, Saraceni manteniendo el peso de la conversación.

Connor y Courtney se quedaron solos. Ella continuó el sutil avance hacía el dormitorio, demasiado asustada como para intentar nada más.

—¿Quién es ese pico de oro que adula a mi padre? —preguntó Connor, acercándose despacio a ella.

—Yo… acabo de conocerlo —hasta a ella misma le pareció que la voz le salía estridente y antinatural—. Creo que tiene algo que ver con Michelle.

—Puede que Michelle tenga algo con él, pero él sólo tiene algo consigo mismo —observó Connor—. Conozco al tipo.

—¿Cómo supiste…? —murmuró Courtney, con el alma en un hilo.

—Porque era uno de ésos. —Connor no hizo caso de su pregunta y respondió algo completamente distinto—. Y se vive bien. Eres

absolutamente libre y no tienes que dar explicaciones a nadie. Evitas las obligaciones y responsabilidades. Tu dinero y tu tiempo te pertenecen. Hasta que de pronto llega un momento cuando todo empieza a perder interés, descubres que no tienes realmente amigos, que no hay una mujer en la que puedas confiar y a la que te sientas unido. De pronto, ni el sexo tiene sentido, ni te produce placer. Se convierte en algo mecánico, una forma de aliviar tensiones.

—Connor —lo interrumpió Courtney nerviosa.

—Ya tienes suficiente de mi examen de conciencia monologado, ¿no? —sonrió sin ganas.

—¡Has recordado! —exclamó ella. De pronto todas las piezas parecieron encajar. Al menos algunas—. Has tenido que recuperar la memoria y recordar que mencioné a Michelle para poderme seguir hasta aquí.

—Sí —el asintió con la cabeza. Ella no pudo adivinar nada en su enigmática expresión—. Lo recuerdo todo, gitana.

Courtney sintió que se acaloraba. No entendía y no se atrevía a alimentar esperanzas.

—¿Cuándo? —preguntó con voz temblorosa.

—Anoche. Fue poco a poco. Primero me di cuenta de que tú no podías haberte mantenido virgen si hubiésemos estado casados los últimos cinco años.

Ella dio un respingo, y un fuerte rubor le tiñó las mejillas.

—Pero no fue sino hasta que hicimos de nuevo el amor, después del biberón de la niña de las cuatro y media, cuando lo vi todo. Todo. El reportaje sobre la adopción, nuestro falso matrimonio para engañar a Wilson. El único vacío es el tiempo que medió entre el choque y cuando desperté en el hospital.

—Entonces, esta mañana, cuando salimos a dar el paseo, cuando conociste a tu padre… cuando estábamos en el parque… ¿ya lo sabías todo? —dijo ella en un susurro.

El asintió en silencio.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó ella—. Me…

—Lo intenté —dijo brusco—. Bueno, de cierta forma —reconoció al ver la mirada de incredulidad que ella le lanzó—. Te dije que no te preocuparas, que todo saldría bien. Te dije que eras mía y que nunca te dejaría ir.

—Has dicho esas cosas antes de recuperar la memoria —le recordó Courtney—. ¿Cómo iba yo a saber…?

—Lo cierto es que no sabía muy bien cómo decírtelo —volvió a interrumpirla él, los labios curvados en una sonrisa tensa, sardónica —. Tal vez me preocupaba que te asustaras y te fueras.

Habían llegado hasta el dormitorio de Michelle. Courtney temblaba tanto, que apenas podía tenerse en pie. Vio la cama deshecha y enrojeció aún más. Desde luego que no llegó en el mejor momento. Y entonces Burton, el gato siamés de Michelle, salió de debajo de la cama, la saludó con un maullido y se subió a la almohada. Courtney se quedó mirando fijamente al gato, quien, con expresión inescrutable, la contemplaba a ella.

—Vámonos de aquí —propuso irónico Connor—. Me siento incapaz de competir con ése por tu atención —tendió los brazos hacia Sarah—. Déjame abrazarla.

Courtney tenía los ojos arrasados en llanto.

—No puedo renunciar a ella, Connor —susurró.

El le dedicó una mirada contenida, luego retiró a la niña de sus brazos y la llevó hasta el salón. Courtney lo siguió, contemplando cómo sacaba la manta de la pañalera y la extendía sobre el sofá. Con cuidado depositó a Sarah boca abajo.

Luego se enderezó y se enfrentó a Courtney.

—¿Por qué me abandonaste? No, déjame corregirme. ¿Por qué escapaste de mí? Porque eso fue exactamente lo que hiciste, Courtney.

—Tenía que hacerlo —ella ahogó un sollozo—. Lo que había entre nosotros no era real, además, cuando tu padre llamara a tu madre, todo habría terminado.

—Es la cosa más estúpida que he oído —los ojos le centellearon, el tono era furioso—. Te dije que te amaba, dijiste que también me amabas. No hay nada más real que eso.

—Pero tú lo dijiste bajo falsas convicciones. Pensabas que estábamos casados.

A él se le suavizó la expresión.

—¿Y pensaste que no te querría si recordara que no estábamos casados? —Se acercó más a ella y metió los dedos en la espesa melena. Bajó la voz—. Así que mi gitanita tomó sus cosas y se marchó.

—Tenía que hacerlo —repitió ella, parpadeando para disipar las lágrimas que le enturbiaban la mirada—. Antes del accidente, lo menos que deseabas era estar casado. Insististe en que le devolviera la niña a Nollier, me acusaste de tratar de cazarte…

—Eso fue antes de que el sentido común me golpeara —sonrió de pronto—. En sentido literal.

—No hagas chistes con eso —se estremeció Courtney—. Fue espantoso verte inconsciente en el hospital.

—Lo que nos lleva al esotérico concepto de la amnesia disociativa del doctor Ammon. —Connor utilizó el brazo libre para tirar de ella—. El conflicto interno en el que yo me debatía eras tú, nena. Tú eras todo lo qué yo deseaba, todo cuanto necesitaba…

—Todo lo que te habías pasado la vida evitando —terminó ella por él, mirándolo fijamente con aquellos enormes ojos aterciopelados. Era tan grato sentir el cuerpo fuerte y viril de Connor contra el suyo. Le pasó la mano por la cintura, atreviéndose a apoyarse en él.

—Era un imbécil. Aquel accidente de coche fue una bendición disfrazada que me permitió saber lo que era ser tu esposo y el padre de Sarah —estrechó el abrazo, acariciándola. La besó con ternura en la sien, en la mejilla, la curva del cuello.

—Fue maravilloso. Cásate conmigo, gitana. Quiero sustituir aquel anillo de bodas falso por uno verdadero —le sonrió a los ojos —. Quiero reírme contigo, luchar contigo, jugar contigo y hacer estúpidas excursiones contigo… Anda, gitana, dime que sí.

—Sí, sí, Connor —se colgó de él, mirándolo a la cara, riendo con los ojos llenos de lágrimas—. Es como si un sueño maravilloso se hiciera realidad. Te amo tanto. Quiero ser tu esposa y criar a nuestros hijos…

—Lo que me recuerda que tenemos que casarnos cuanto antes puesto que ya tenemos nuestra primera hija. —Connor se puso serio —. Courtney, tenemos que cerciorarnos de que la adopción de Sarah sea completamente legal.

—No renunciaremos a ella, ¿verdad, Connor? —le preguntó ansiosa Courtney—. Por favor, ni siquiera por un instante.

—Tranquila, gitana, no lo haremos —sonrió ampliamente—. Mi padre ya ha hecho los contactos necesarios. Tenemos un abogado de primera, ocupándose del caso.

—Lo que nos lleva a Wilson Nollier. —Courtney hizo una mueca.

—Le conté todo, sobre él a mi padre. Estaba indignado y llamó a Nollier de inmediato. De ahora en adelante Wilson va a reconducir el ejercicio de su profesión y no se ocupará de más adopciones. Nunca. Mi padre tiene sus «perros guardianes» que se cerciorarán de que no lo haga.

—Así que el negocio ilegal de Nollier se ha terminado —dijo Courtney pensativa—. No saldrá en Insight ni en el documental de la NPB, pero no se dedicará más a las adopciones. ¿Nos odiará?

—No lo creo. Wilson no es tonto. Sabe que es mejor tener a los Tremaine de amigos, que de enemigos.

—Los Tremaine —repitió ella en tono suave—. Por fin has hecho las paces con tu padre, tu verdadero padre —lo estrechó más—. Me alegro por los dos, Connor.

—Todavía —no he decidido si utilizaré el apellido Tremaine o seguiré con McKay. ¿Tú qué prefieres?

Courtney sonrió.

—Que tomes tu decisión y te sientas satisfecho con ella.

—Voy a aceptar el puesto que mi padre me ha ofrecido en la empresa Tremaine. Si no funciona, trabajaré en otra cosa… como abogado —añadió breve.

—¿Tus días de sabueso periodístico han terminado?

—Definitivamente. Tengo mujer e hija de las que ocuparme —le pasó la mano por el vientre—. Tal vez venga otro en camino. Yo no usé ninguna protección, gitana. La primera vez pensé que no teníamos necesidad.

—¿Y las demás veces, cuando ya lo sabías todo? —le preguntó ella provocativa, mirándolo con expresión seductora.

—Quería dejarte embarazada —reconoció descarado—. Voy a hacerlo, gitana.

—¿No oyes la puerta de la metafórica jaula que se cierra para siempre? —se burló ella.

—No, cariño, es al revés. La puerta se ha abierto. Me has liberado de la espantosa jaula de la soledad y la desconfianza.

—Te amo, Connor —dijo ella, mirándolo, con expresión de adoración.

El tomó su boca en un apasionado beso, sellando el compromiso.

FIN

BARBARA
BOSWELL
siempre ha sido una fiel seguidora de las novelas de Harlequín de los años 70, pasando ratos maravillosos cuando estaba en casa en compañía de sus tres hijas. Cuando, en 1983, la menor de ellas alcanzó la edad escolar, Barbara quiso hacer algo con su tiempo libre. Pensó volver a su antiguo trabajo de cuidadora, pero no le agradaba la idea de volver a entrar en un hospital.

A menudo creaba en su cabeza historias que le gustaría leer, por lo que le pareció buena idea escribir ella su propia historia. Por supuesto, le llevó más esfuerzo y organización que cuando se las imaginaba, pero el resultado fue una obra que sabía que gustaría a la gente. Así vio publicada su primera obra, inspirada, según ella, en todo lo que leyó con anterioridad y un poco de imaginación.

Otro seudónimo que usa es Betsy Osborne.